

M U S A S L E J A N A S

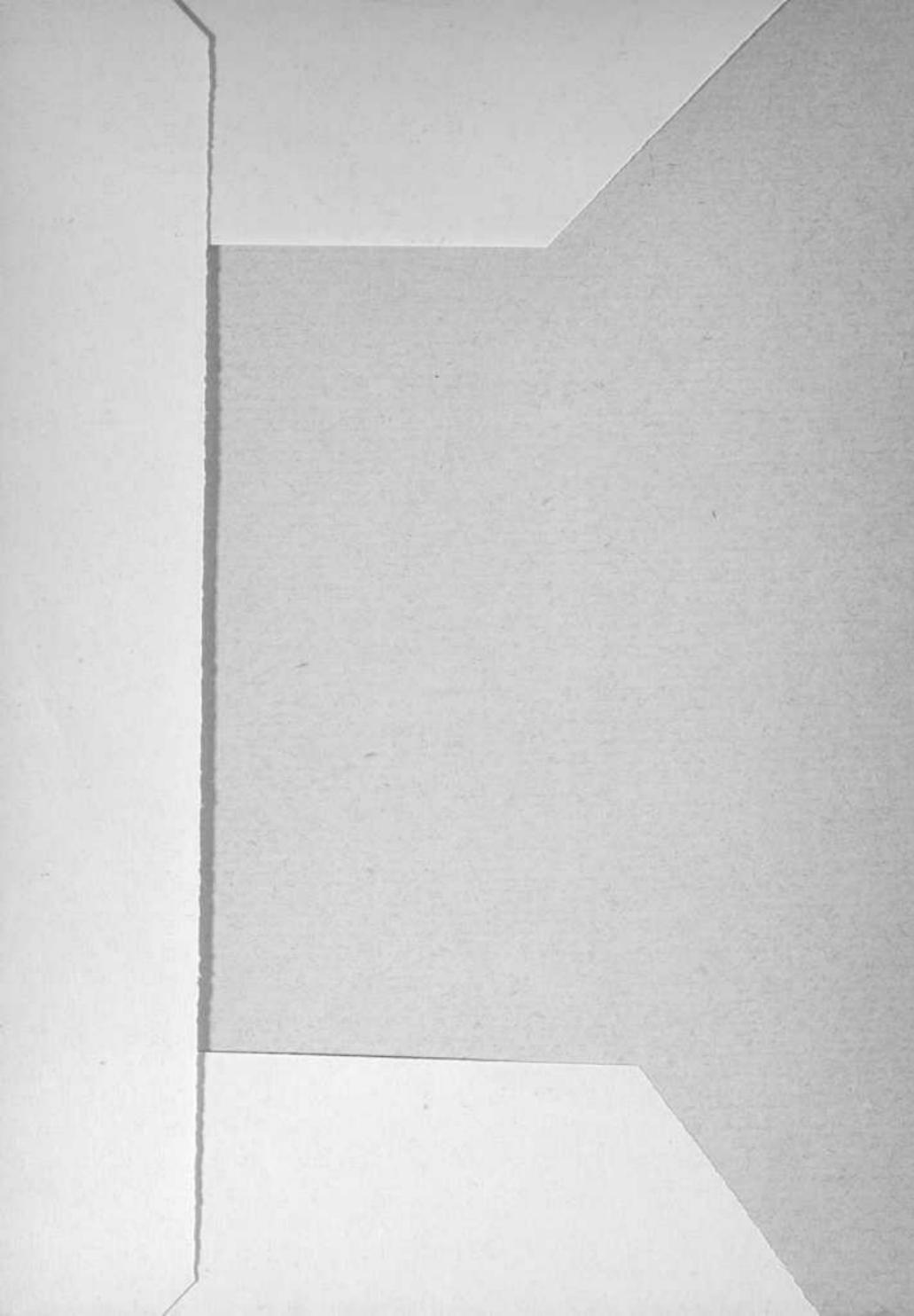
Mitos Cuentos Leyendas

CHUNG-KUEI

DOMADOR DE DEMONIOS



REVISTA DE OCCIDENTE / MADRID



CHUNG-KUEI,
DOMADOR DE DEMONIOS

1168696
OR
2176

BIBLIOTECA DE LA REVISTA DE OCCIDENTE

O B R A S P U B L I C A D A S

- Lord Dunsany: *Cuentos de un soñador* * 5 ptas.
Jorge Simmel: *Filosofía de la coquetería* * 5 ptas.
A. Wegener: *La génesis de los continentes y océanos* * 7,50 ptas.
A. Schulten: *Tartessos* * 12 ptas.
G. Worringer: *La esencia del estilo gótico* * 10 ptas.
Bernard Shaw: *Santa Juana. Crónica dramática en seis escenas y un epílogo* * 6 ptas.
Eduardo Schwart: *Figuras del mundo antiguo* (1.^a serie) * 6 ptas.
» » » » » (2.^a serie) * 5 ptas.
K. Dieterich: *Figuras bizantinas* * 5 ptas.
Fernando Crommelynck: *El estupendo cornudo. Farsa en tres actos* * 4 ptas.
Gerardo Hauptmann: *La prodigiosa Isla de las Damas. (Historia de un archipiélago imaginario.)* * 8 ptas.
José Ortega y Gasset: *El Espectador*, núm. IV * 5 ptas.
» » » núm. V * 5 ptas.
» » » núm. VI * 5 ptas.
» *La deshumanización del arte* * 5 ptas.
» *Las Atlántidas. (Suplemento número 2 a la Revista de Occidente.)* * 10 ptas.
» *Espíritu de la letra* * 5 ptas.
» *Tríptico. I. Mirabeau o el Político* * 3 ptas.
» » II. *Dinámica del tiempo* (en prensa).
» » III. *Paisaje con una corza al fondo* (en prensa).
Vsevolod Ivanov: *El tren blindado No. 14-69* * 3,50 ptas.
Lidia Seifulina: *Caminantes* * 4 ptas.
Leónidas Leonov: *Los Tejones* (novela) * 10 ptas.
Alfonso Paquet: *Roma o Moscú* * 4 ptas.
E. Zamiatin: *El farol* * 4 ptas.
A. von Salis: *El arte de los griegos* (con 65 fotograbados) * 20 ptas.
Franz Roh: *Realismo mágico (Post-expresionismo)* * 12 ptas.
E. Zamiatin: *De cómo se curó el doncel Erasmo* * 3 ptas.
G. Cunninghame Graham: *Santa Teresa* * 30 ptas.
Waldo Franck: *España virgen* * 9 ptas.
G. Worringer: *El arte egipcio* (con 29 láminas), en rústica, 10; en tela, 13 ptas.
G. Pittaluga: *El vicio, la voluntad, la ironía* * 4 ptas.

BIBLIOTECA DE LA REVISTA DE OCCIDENTE

NUEVOS HECHOS / NUEVAS IDEAS

- I. Hermann Weyl: *¿Qué es la materia?* (Con un prólogo de Blas Cabrera.) * 5 ptas.
- II. Rodolfo Otto: *Lo Santo*. (Lo racional y lo irracional en la idea de Dios.) * 8 ptas.
- III. H. A. Kramers y H. Holst: *El Átomo y su estructura, según la teoría de N. Bohr* * 11 ptas.
- IV. P. L. Landsberg: *La Edad Media y nosotros* * 6 ptas.
- V. J. Von Uexküll: *Cartas biológicas a una dama* * 5 ptas.
- VI. F. Graebner: *El mundo del hombre primitivo* * 7 ptas.
- VII. Otto Gründler: *Elementos para una filosofía de la religión, sobre base fenomenológica* * 6 ptas.
- VIII. P. L. Landsberg: *La Academia Platónica* * 5 ptas.
- IX. Max Scheler: *El Saber y la Cultura* * 3 ptas.
- X. K. Koffka: *Bases de la evolución psíquica* * 11 ptas.
- XI. Conde Hermann Keyserling: *El mundo que nace* * 5 ptas.
- XII. F. Bendixen: *La esencia del dinero* * 4 ptas.
- XIII. Francisco Brentano: *Psicología* * 5 ptas.
- XIV. Lothrop Stoddard: *La rebeldía contra la civilización* * 7 ptas.
- XV. Jorge Simmel: *Sociología*. Tomo I * 5 ptas.
» » » Tomo II * 3,50 ptas.
» » » Tomo III * 5 ptas.
» » » Tomo IV * 3,50 ptas.
» » » Tomo V * 4 ptas.
» » » Tomo VI * 5 ptas.
- XVI. F. Brentano: *El origen del conocimiento moral* * 3,50 ptas.
- XVII. Max Scheler: *El resentimiento en la moral* * 6 ptas.
- XVIII. Hans Driesch: *La teoría de la relatividad y la filosofía* * 3.
- XIX. A. Messer: *El realismo crítico* * 3,50 ptas.
- XX. C. G. Yung: *Lo inconsciente* * 6 ptas.
- XXI. Profesor Dr. Fr. Nölke: *La evolución del Universo* * 7,50.
- XXII. H. Leininger: *La herencia biológica* * 4 pesetas.
- XXIII. Karl Haeberlin: *Fundamentos de Psicoanálisis* * 4 ptas.
- XXIV. Ernst Kretschmer: *La histeria* * 5 ptas.
- XXV. A. S. Eddington: *Estrellas y átomos* * 6 ptas.
- XXVI. W. Sombart: *Lujo y capitalismo* * 7 ptas.
- XXVII. H. Heimsoeth: *Los seis temas de la metafísica occidental* * 12,50 ptas.
- XXVIII. Bertrand Russell: *Análisis de la materia*.
- XXIX. Eduardo Spranger: *Psicología de la edad juvenil* * 13 ptas.

BIBLIOTECA DE LA REVISTA DE OCCIDENTE

MUSAS LEJANAS: MITOS / CUENTOS / LEYENDAS

- I. León Frobenius: *El Decamerón Negro* * 6 ptas.
- II. *Cantos y Cuentos del Antiguo Egipto*. (Con unas Notas sobre el alma egipcia, por José Ortega y Gasset.) * 5 ptas.
- III. *Cuentos populares de China* * 5 ptas.
- IV. Pablo Tuffrau: *La leyenda de Guillermo de Orange* * 5 ptas.
- V. P. Walters y C. Petersen: *Leyendas heroicas de los germanos* * 5 ptas.
- VI. *El cantar de Roldán* * 5 ptas.
- VII. *Veinte cuentos de la India* * 5 ptas.
- VIII. Pedro Salinas: *Poema de Mio Cid* * 5 ptas.
- IX. *Cuentos Malayos* * 5 ptas.
- X. *Cuentos de la Edad Media* * 5 ptas.
- XI. *Trece fabliaux franceses* * 4 ptas.
- XII. *Cuentos y leyendas de la vieja Rusia* * 5 ptas.
- XIII. *Leyendas polacas* * 4 ptas.

LOS GRANDES PENSADORES

- I. *La filosofía presocrática. Sócrates y los sofistas* * 5 ptas.
- II. *Platón, Aristóteles* * 5 ptas.
- III. *San Agustín, Santo Tomás, Giordano Bruno* * 5 ptas.
- IV. *Descartes, Spinoza, Leibnitz* * 5 ptas.
- V. *Locke y Hume, Kant, Fichte* * 5 ptas.
- VI. *Hegel, Schopenhauer, Nietzsche* * 5 ptas.

- R. Wilhelm: *Laotsé y el Taoísmo* * 5 ptas.
R. Wilhelm: *Kungtsé (Confucio)* * 5 ptas.
R. Pischel: *Vida y doctrina de Buddha* * 6 ptas.

HISTORIA DE LA FILOSOFÍA

POR EL PROFESOR A. MESSER

- I. *Filosofía antigua y medieval* * 6 ptas.
- II. *Filosofía moderna (Del Renacimiento a Kant)* * 5 ptas.
- III. *Filosofía moderna (De Kant a Hegel)* * 6 ptas.
- IV. *La filosofía en el siglo XIX (Empirismo y naturalismo)* * 6 ptas.
- V. *La filosofía actual* * 7,50 ptas.

BIBLIOTECA DE LA REVISTA DE OCCIDENTE

MANUALES DE FILOSOFÍA

I. A. Pfänder: *Lógica* * 12,50 ptas.

COLECCIÓN «HOY Y MAÑANA»

- I. F. C. S. Schiller: *Tántalo o el futuro del hombre* * 2 ptas.
- II. Anthony M. Ludovici: *Lysistrata* * 3 ptas.
- III. J. B. S. Haldane: *Calínico* * 2 ptas.

HISTORIA BREVE

- I. Ludo Moritz Hartmann: *La decadencia del mundo antiguo* * 5 ptas.
- II. Arturo Rosenberg: *Historia de la República romana* * 6 ptas.
- III. Enrique Finke: *La mujer en la Edad Media* * 5 ptas.
- IV. Eduardo Schwartz: *El emperador Constantino y la Iglesia cristiana* * 6 ptas.
- V. Harold Lamb: *Genghis Khan, emperador de todos los hombres* * 8 ptas.

NOVA NOVORUM

- Pedro Salinas: *Vispera del gozo* * 3,50 ptas.
Benjamín Jarnés: *El Profesor inútil* * 3,50 ptas.
Antonio Espina: *Pájaro pinto* * 3,50 ptas.

LOS POETAS

- F. García Lorca: *Primer Romancero Gitano* * 3 ptas.
Jorge Guillén: *Cántico* * 5 ptas.
Pedro Salinas: *Seguro azar* * 5 ptas.

BIBLIOTECA DE HISTORIOLOGÍA

- Hegel: *Lecciones sobre la filosofía de la Historia Universal*.
Dos tomos * 13 pesetas cada tomo.

BIBLIOTECA DE LA REVISTA DE OCCIDENTE

CENTENARIO DE GÓNGORA

- I. *Soledades*. (Editada por Dámaso Alonso, con prólogo y versión prosificada) * 5 ptas.
- II. *Romances*. (Editados por J. M. de Cossío) * 5 ptas.
- III. *Antología poética en honor de Góngora*, recogida por Gerardo Diego * 5 ptas.

A los suscriptores de la REVISTA DE OCCIDENTE se les enviarán los libros, francos de porte, con un 20 por 100 de descuento.

MUSAS LEJANAS

Mitos Cuentos Leyendas

XIV

Chung-Kuei, domador de demonios

NARRACIÓN
POPULAR CHINA

Fondo bibliográfico
Dionisio Adruéjo
Biblioteca Pública de Soria

2176

Revista de Occidente

Avenida Pi y Margall, 7

Madrid

Copyright by
Revista de Occidente
Madrid / 1929

Imp. G. Hernández y Galo Sáez / Mesón de Paños, 8 / Madrid.

La narración de las aventuras de Chung-Kuei, domador de demonios, forma parte de la colección llamada «Obras maestras», que se formó en China hace más de doscientos años. Lleva el título de «Obra maestra novena» y los subtítulos de «Cabezas de demonios» y «Castigo y expulsión de los demonios». El héroe de las narraciones, Chung-Kuei, es una figura mitológica muy popular en China, reproducida con profusión en dibujos, pinturas, imágenes de bulto, bajo la forma de un hombre feo, barbudo, armado de un gran sable y acompañado por un murciélago. Las hazañas de Chung-Kuei constituyen una serie de aventuras unidas entre sí por el hilo tenue del principal personaje y sus dos acompañantes, que van por las tierras de China «venciendo demonios», esto es, castigando maldades y enderezando entuertos. El autor, en realidad, nos ofrece en éstas describir narraciones, comarcas, escenas y tipos copiados de la vida misma, con intención manifiestamente satírica. En trazos finos unas veces, y otras bastante gruesos, nos pinta al labrador, al funcionario, al confuciano, al budista, al taoísta, al comerciante, al sabio escritor, sin perdonar de pasada ni al emperador ni a las deidades mismas. Vagamente hace pensar en el Gargantúa y Pantagruel, de Rabelais, o en Don Quijote, de Cervantes. El autor no es conocido más que por su pseudónimo literario «Chiao-Yün-Chan-Yen» (el hombre de la montaña de las nubes de carbón). La obra parece ser de mediados del siglo XVII. Pero la veneración casi religiosa del personaje es, seguramen-

te, mucho más antigua. La imagen de Chung-Kuei está en todos los hogares, sirviendo de amuleto y protección contra las embestidas de los demonios. De esta obra no existe más traducción a idioma europeo que la alemana de A. Du Bois Reymond, publicada en la editorial G. Kiepenheuer, de Potsdam.

PRIMERA NARRACIÓN

EN EL PALACIO DEL CARRO ÁUREO SE BUSCA LA GLO-
RIA Y SE ENCUENTRA LA DESGRACIA. EN LA CASA DE
FENG-TU SE CASTIGA A LOS DEMONIOS Y SE AYUDA
A LOS HOMBRES

En el tiempo de la dinastía Tang, había un talentado bachiller, llamado Chung y apellidado Kuei. Su nombre de escritor era Chen-Nan. De nacimiento tenía una cabeza de leopardo, ojos redondos, rostro duro, barba ondulante; era muy feo e infundía espanto a las gentes. ¿Quién hubiera creído que, con un exterior tan imperfecto, poseía en abundancia dotes interiores?

Cuando ponía el pincel sobre el papel, sus escritos eran como brocado y encaje; y los caracteres que trazaba, como perlas. Además sus palabras fueron sinceras en todo el curso de su vida. No le preocupaban los espíritus perversos.

Y aconteció que en el año en que subió al trono el emperador De-Sung, de la dinastía

Tang, iban a celebrarse los exámenes del Estado. Chung-Kuei abandonó a sus padres y amigos y emprendió el viaje para presentarse a los exámenes. Durante el viaje, no pudo evitar que le acometiesen el hambre y la sed. Al atardecer buscaba albergue y al romper el día seguía caminando. Por fin un día llegó a Chang-An (antigua capital del imperio). El sitio era verdaderamente apropiado para levantar en él una capital.

Chung-Kuei no se saciaba de contemplar tanta magnificencia. La ciudad abundaba en cosas agradables. Llegó a la puerta de la hostería de Siao-Er. Al verle, el hostelero sintió que se le paralizaban los miembros de espanto; y le dijo: «He visto innumerables señores entrar y salir. ¿Cómo es posible que este noble caballero sea tan feo de cuerpo?» Chung-Kuei se echó a reír, y respondió: «No te preocupes. Si mi rostro es feo, mi corazón es bueno. Busco una habitación limpia. Necesito descansar para presentarme luego al examen.»

Chung-Kuei había dado ya todas sus órdenes. El hostelero Siao-Er dispuso la cena. Chung-Kuei comió. Ya se ponía el sol. En esto apareció el bedel Chao Ting-Yuan, que venía a notificarle: «Mañana se ponen a la venta los cuadernos. Cuestan dos lotos de plata.» Chung-Kuei dijo: «¿Cómo tienen un precio tan alto?» Chao, el bedel, respondió: «En la clase Ko (la de los dos

grados de exámenes superiores) cuesta cada cuaderno según una antigua ley un lot y dos décimos. La inscripción del nombre en la primera página cuesta un décimo de moneda de plata. Por la entrega del cuaderno, hay que pagar cinco décimos. El certificado cuesta dos décimos. Todo junto importa dos lotos de plata y no puede darse por menos.» Chung-Kuei dijo entonces: «Está bien, está bien. La cosa es sencilla y pronto se arregla.» Y dicho esto, abrió su equipaje. Pesó dos lotos de plata, blanca como la nieve o como la flor de los árboles, y se los dió al bedel. Chao Ting-Yuan dijo entonces: «Mañana se presentan las matrículas. Pasado mañana prepárate para presentarte al examen. No se consienten demoras.»

Chung-Kuei contestó con una señal de asentimiento. Con esto quedan referidos los acontecimientos de la tarde y de la noche.

A la mañana siguiente se levantó y presentó sus documentos. Luego se encaminó al sitio en que se cruzaban las dos calles principales. Al poco rato se fijó en una aglomeración de gente, que rodeaba a un hombre que adivinaba el porvenir leyendo en las caras. Chung-Kuei se detuvo y se abrió paso por entre el gentío. Alzó la cabeza, para ver qué aspecto ofrecía aquel hombre. Lo que vió fué lo siguiente:

«Los ojos lucían como la luna clara, la boca

era como una corriente despeñada. Los ojos, como la luna clara, distinguían en seguida a los buenos de los bribones. La boca, como una corriente despeñada, al hablar y reír infundía pavor a los espíritus y demonios. Sobre la cabeza llevaba un sombrero, casi igual que el de Kuo-Lin-Sung (1). Tenía puestas un par de zapatillas, semejantes a las de Chang Kuo-Lao (2). Con un abanico blanco de plumas indicaba el Oriente y señalaba a Occidente. Del talle le pendía un cinturón de seda amarilla, sujeto por detrás. Antes había examinado guerreros y funcionarios por todo el Imperio. Había venido aquí en busca de hombres buenos y capaces.

Por su casta, este hombre era biznieto de Yuan Tien-Kang (3), uno de los cuatro reyes del cielo. Su nombre era Yuan-Yu-Chuan. En esta época de exámenes se dedicaba a leer en los rostros. Chung-Kuei vió que el hombre había examinado ya todas las caras que le rodeaban y descansaba un poco. Habló así: «Siento molestar al señor con mi rostro. Pero no sé cómo será su respetable opinión.» El hombre levantó súbitamente la vista y se encontró con la cara espantable de

(1) Famoso maestro en el arte de leer el porvenir en los trazos del rostro.

(2) Uno de los ocho inmortales. Famoso hechicero.

(3) Uno de los cuatro reyes del cielo, avocados en la constelación de la Osa Mayor.

Chung-Kuei, que le miraba seria y respetuosamente. Se estremeció de espanto. Murmurando, habló así consigo mismo: «Llevo mediodía viendo caras a cuál más vulgar y grosera. Ninguna he visto formada de una substancia que sobresalga sobre el rebaño o que destaque entre la muchedumbre. Pero este hombre es extraordinario en todos sentidos.» Le miró otra vez con fijeza y lo estudió con detenimiento. Luego dijo: «¡Soy vuestro humilde siervo! Decidme vuestro ilustre nombre y vuestro insigne apellido.» Chung-Kuei dijo: «Me llamo Chung y mi apellido es Kuei. He venido únicamente para que me adoctrinéis.» El mago dijo: «Vuestra frente es amplia y espaciosa. La barbilla, redondeada uniformemente. Además las dos sienes son abombadas hacia fuera. No hay defecto en vuestra cabeza elevada. Por consiguiente, vuestro rostro promete venturas. Únicamente en vuestro entrecejo hay algo oscuro. Para dentro de diez días os amenaza una gran desgracia. Vuestro humilde siervo espera que cuando llegue el caso, sepáis salir con bien, a fuerza de prudencia y vigilancia.» Chung-Kuei respondió: «El noble no pide venturas ni desventuras. El hombre valeroso sólo desea obrar conforme a la honra y la razón. Sólo el cielo decide lo que se refiere a la muerte y a la vida, a la salud y a la desgracia. ¿A qué temer, pues?» Alzó las manos y dió gracias al adivino.

A la mañana siguiente fué al aula de los exámenes. Uno a uno iban entrando los examinandos. Según el uso antiguo, en la época Tang, la selección no se hacía como en la época Han. En la época Han se elegía a los funcionarios por su amor a sus padres y por su fama de insobornables. En la época Tang, se les elegía por sus versos y poesías. Chung-Kuei recibió un papel con el tema. El tema decía así: «Solemnidades usuales en Ying-Chau (1) en las recepciones imperiales. Cinco partes. Sobre el papagayo. Una página en verso libre.» Chung-Kuei había adquirido desde muy temprana edad abundantes conocimientos. Al coger el pincel, no necesitaba forzar los pensamientos para que acudiesen. Su poesía era oro puro y nefrita tallada. En un momento estuvo resuelto el tema. Ni un punto hubiera podido añadirse al escrito. Contento y satisfecho interiormente, entregó el cuaderno y salió.

¿Quién diréis que por entonces desempeñaba el cargo de maestro de exámenes? El maestro de los exámenes propiamente dicho era el presidente sustituto del Ministerio del Interior, Han-Yu. Auxiliar suyo era el gran secretario Lu-Che. Los dos hombres, unidas sus fuerzas, buscaban con el mismo criterio verdaderas capacidades para el gobierno imperial. Desalentados iban examinan-

(1) Una de las tres islas maravillosas en el mar de Oriente.

do los trabajos. Los escritos que no resultaban vulgares, ramplones, repugnantes, carecían de solidez o eran inmorales y desenfrenados. Además algunos pecaban por la rima o el ritmo, y en otros la expresión no respondía claramente al pensamiento y ni un solo signo era acertado. Muy pocos, uno o dos, parecían pasables; pero no contenían más que vulgaridades presuntuosas. Los dos hombres suspiraban desalentados y se decían: «Es difícil descubrir de esta manera los talentos verdaderos. Pero ¿qué otro camino nos queda?» Justamente, cuando prorrumpan en estas amargas quejas, le tocó la vez al trabajo de Chung-Kuei. Satisfechos, golpearon con sus manos la mesa y exclamaron a coro: «¡Maravilloso talento! ¡Maravilloso talento! Este hombre viene en saber inmediatamente después de Li Tai-Pe y Tu Ze-Mei. Aires puros nos traen la prueba de una capacidad deliciosa, de un talento verdaderamente grande. Aquí vuelve a florecer la cumbre espiritual más alta de la época Tang.» Los dos hombres leyeron y releieron el trabajo, elogiándolo una y mil veces, y finalmente lo eligieron para concederle el rango supremo de Chuang-Yuan (1), con la esperanza de que el emperador De-Sung confirmaría su decisión en el palacio de oro.

Cuando llegó la hora de los cinco redobles de

(1) Título honorífico de «primero» en los exámenes.

tambor (las ocho de la mañana), hora señalada para la recepción en la corte, Chung-Kuei, en las escaleras de oro, hundió su rostro en la tierra, sin atreverse a levantar la cabeza. Sólo oyó a Hung Lu-Se, el heraldo mayor, proclamar: «Primera clase, primer nombre: ¡Chung-Kuei!» Chung-Kuei lo oyó con alborozo y cayó de rodillas en el palacio de oro. El emperador De-Sung alzó, como un relámpago, los ojos de dragón y arrojó una mirada a Chung-Kuei. El emperador, entonces, se estremeció de espanto. Descontento en su corazón, dijo: «Nuestra dinastía escoge a los hombres que son irreprochables en sus escritos y en su aspecto. ¿Cómo es posible que este hombre, tan extraordinariamente feo, ocupe el puesto de Chuang-Yuan?» Al ver Han-Yu que el rostro del dragón no estaba contento, inclinó la cabeza y dijo, suplicante: «Los hombres de Estado, que desempeñan el cargo de examinar los escritos, sólo juzgan por los escritos que leen; no conocen ni ven a los autores. Este hombre ha escrito una poesía. Cada uno de sus caracteres es una joya, un coral, y cada hoja es un brocado, un encaje. Por consiguiente, no podíamos rechazar su talento a causa del hombre. Pero además, la altura y la bajeza del valer en los hombres, no depende del aspecto exterior. Yeng-Ying, a pesar de su pequeña estatura, fué un buen canciller en el Estado de Tsin. Chou-Chang, que era tartamudo,

ha sido un gran auxiliar de los Han. Si tuviésemos que escoger a los hombres por su apariencia exterior, ¿no serían espejos brillantes, hombres como Chang Y-Chi y Chan Liu-Lang?» Confucio, el varón sagrado, ha dicho: «Si hubiera escogido a los hombres por su aspecto exterior, se me hubiera escapado Ze-Yu. ¿Cómo, pues, rechazar a este hombre talentado, por su aspecto exterior?» De-Sung habló: «Las palabras, que ha pronunciado el honorable funcionario, están bien fundadas. Pero en los tiempos de nuestro emperador Tai-Sung han ascendido al rango supremo diez y ocho sabios, después de Ying-Chau. Ha llegado hasta hoy la tradición de que se decía que todos eran hermosos. Si recibiese este hombre el puesto de Chuang-Yuan, temo que los cuatro mares, que rodean al Imperio, y los trescientos apellidos de sus familias, se riesen de lo mal que yo, indigno, desempeño la tarea de conocer el talento de los hombres. ¿Qué hemos de hacer entonces?»

No había terminado de hablar cuando se vió que de entre los funcionarios del grado supremo salía rápidamente el canciller Lu-Chi, con el gorro en la cabeza, la tablilla de marfil, el cinturón de nefrita y el sello de oro, y que daba con el rostro en tierra, diciendo suplicante: «Las palabras de Vuestra Majestad son justas. Un Chuang-Yuan tiene que ser perfecto por dentro y por fue-

ra. Entre los trescientos apellidos del Imperio, ¿cómo van a faltar hombres? ¿Por qué no se elige a otro hombre, sin perturbar el ánimo imperial con dudas e incertidumbres?» Chung-Kuei oyó estas palabras con gran ira. Arrojó la tablilla de marfil y gritó: «¡Las gentes llaman a Lu-Chi traidor y renegado! ¡Hoy ha demostrado que es verdad!» Estas palabras produjeron gran agitación en la sala. Todo fué confusión y espanto. De-Sung, lleno de cólera, dió la orden de que los guardias armados prendiesen a Chung-Kuei y se lo llevasen. Furioso brincó Chung-Kuei, súbito como un rayo. Se precipitó por las escaleras de oro, le quitó de la cintura la espada de dos filos a uno de los guardias palatinos, la desenvainó y se cortó de un tajo el cuello, falleciendo allí mismo.

De-Sung se estremeció de horror. Sus ojos quedaron inmóviles, y sin expresión su boca. Los funcionarios hablaban asustados, con gran confusión; las caras estaban del color de la tierra. Entonces se vió a Lu-Chi, lleno de cólera el pecho, romper a hablar, dirigiéndose suplicante al emperador: «El canciller no sabe apreciar las buenas cualidades. Acaba de aniquilar a un hombre de dotes extraordinarias. Ha dicho que porque Chung-Kuei era feo y mal formado no podía ser Chuang-Yuan. Ahora a él se le llamará traidor y rebelde. ¿Cómo va a seguir siendo canciller? Un traidor y renegado, que daña al Imperio con sus

errores, ¿cabe algo peor? Espero que Vuestra Majestad estudie el caso detenidamente.» En este momento De-Sung experimentó un arrepentimiento tardío y vano. Habló así: «Las palabras del estimado funcionario son excelentes. Prended a Lu-Chi y que sea desterrado al otro lado de las montañas, en castigo de su envidia culpable y de sus celos. Con Chung-Kuei se ha cometido una injusticia. Le damos, pues, nuestro encargo de perseguir a los demonios. Conviértase en gran divinidad y viaje por toda la extensión que hay debajo del cielo y venga y decapite a los malos espíritus. Tendrá el título y rango de Chuang-Yuan y será enterrado con ese traje.» Todos los funcionarios se pusieron alborozados y contentos, y todos gritaron: «¡Diez mil años!» De-Sung se retiró...

Refiérese también que el alma ofendida de Chung-Kuei no se desmenuzó. Voló cada vez más lejos, llevando en la mano la preciada espada de dos filos y la tablilla de marfil. Anduvo todo derecho largo tiempo. Mirando a lo lejos descubrió una ciudad amurallada, con fosos de agua. Era una ciudad peligrosa y perversa. Y vió lo siguiente:

«En el infierno sopla un viento espantable. En la oscuridad hay una niebla infinita. En el viento del infierno suenan clamores confusos, que parecen quejidos y sollozos. En la niebla oscura se

ven siluetas esfumadas como fantasmas u ogros. Se ven ahorcados, otros cargados de cadenas y ninguno sabe el día en que escapará de la montaña infernal. Los hay tronchados por la sierra, machacados en el mortero. Ninguno sabe el tiempo en que podrá abandonar su prisión. Entre los hombres no se ve esta raza de traidores y pecadores. En el infierno viven muchedumbres de hombres que reciben su castigo.»

Estaba Chung-Kuei mirando atentamente, cuando vió a un Pan-Kuan (1) que llegaba corriendo con dos soldados infernales, y que gritó: «¿De dónde vienes, alma trashumante, a nuestra ciudad infernal, morada de condenados? ¡Di la verdad, si no quieres que te prendamos!» Chung-Kuei vió que aquel Pan-Kuan se le parecía mucho. Llevaba en la cabeza una gorra como la suya, un cuello rojo como el suyo y un cinturón con un valioso cuerno de rinoceronte. Gastaba asimismo botas negras, de puntas dobladas. Tenía también barba y bigote y dos ojos redondos como lámparas encendidas. En la mano izquierda llevaba el libro del bien y del mal y en la derecha el libro de la vida y de la muerte. Lo único que no llevaba era espada valiosa. Chung-Kuei dijo: «¡Qué extraño! Dijérase que este hombre es tam-

(1) Empleado que en el infierno lleva libros donde registra las buenas y malas acciones de los hombres.

bién uno que ha muerto a consecuencia de haber sufrido una injusticia.» Luego habló así al Pan-Kuan: «Me llamo Chung y me apellido Kuei y he sido Chuang-Yuan en la corte del Tang. Pero como el Hijo del Cielo sólo juzgaba por la apariencia exterior, no le agradó mi trabajo escrito. Y Lu-Chi, envidioso de mi valer, quería que me prendiesen. Viendo esto, no pude dominar mi cólera, me corté el cuello y he muerto. El Hijo del Cielo, sintiendo la injusticia que se me había hecho, me ha convertido en gran divinidad, con el encargo de recorrer toda la extensión que hay debajo del cielo, para vencer y decapitar a los malos espíritus. Pensé que en Feng-Tu, la capital del infierno, podría encontrar espíritus perversos en gran cantidad. Por eso he venido aquí, para matarlos. Te ruego que le hagas saber esto al príncipe de los infiernos, Yen, y le preguntes dónde se encuentran los espíritus malignos para que yo pueda expulsarlos y exterminarlos.» Al oír el Pan-Kuan este discurso, empezó a temblar de espanto. Con las manos plegadas se apartó a un lado del camino y habló así: «No sabía que vuestra venerable divinidad iba a llegar hasta aquí y por eso no he salido a recibirla para darle la bienvenida. Espero y suplico que se me dispense el castigo. Vuestra divinidad venerada desea ver al príncipe Yen. Tenga paciencia, hasta que este humilde funcionario le lleve a toda prisa la noticia.»

Dicho esto, abandonó a Chung-Kuei y se fué corriendo al palacio de la red espesa, morada de Yen, así llamado porque de él no hay escape posible. Dijo suplicante: «Estaba yo de guardia, cuando de pronto apareció un hombre llamado Chung-Kuei. Era Chuan-Yuan de la corte del Tang; pero al Hijo del Cielo le desagradó su fealdad. Entonces el hombre se cortó el cuello y murió. Arrepentido, el Hijo del Cielo lo ha convertido en gran divinidad, con la misión de vencer y domar a los demonios. Ha venido a Feng-Tu para decapitar demonios y desea ver al gran señor con este objeto.» El príncipe Yen dijo: «Hazle entrar.» El Pan-Kuan transmitió la orden imperial y Chung-Kuei entró por la elevada puerta del palacio y pasó por entre dos filas de horribles monstruos y feísimos demonios. Llegado al salón del príncipe Yen, éste bajó los escalones de su trono y se adelantó a saludarle. Chung-Kuei se quitó la valiosa espada, cogió entre sus manos la tablilla de marfil, se hincó de rodillas y saludó con reverencia. El príncipe Yen le tendió las dos manos para ayudarle a levantarse. Después de obligarle a sentarse, le preguntó: «¿Qué asunto trae a la estimada divinidad a este sitio?» Chung-Kuei dijo: «El Hijo del Cielo me ha honrado con el encargo de recorrer toda la extensión que hay debajo del cielo y decapitar a los malos espíritus. Creo que en este lugar habrá muchos malos es-

píritus, y he venido en persona a decapitarlos. Pido, humildemente, algunas indicaciones.» El príncipe Yen dijo: «Los malos espíritus, de que el infierno dispone, son muchos ciertamente; pero no son más que espectros de gentes que han muerto envenenadas o ahorcadas o ahogadas o de hambre o de otras cosas semejantes. Los espíritus directores no se ocupan de su vigilancia. Aparte de mí, solitario (1) que reina sobre ellos, hay además:

Ching-Kuang Wang

Chu-Kiang Wang.

Sung-Tí Wang.

Wu-Kuang Wang.

Pien-Chon Wang.

Tai-Chan Wang.

Tu-Che Wang.

Ping-Teng Wang.

Chuan-Lun Wang.

Tenemos también los tres funcionarios de la izquierda, los tres de la derecha y los setenta y cuatro administradores. No hay aquí ni una sola alma viajera, que siembre la desdicha entre los hombres. Si la estimada divinidad quiere decapitar espíritus perversos, encontrará muchos sobre la tierra.» Al oír esto, Chung-Kuei se echó a reír y dijo: «En la tierra está el cielo esplendo-

(1) Denominación del emperador.

roso y su superficie la alumbra el sol. Allí hay pesquisas y castigos legales. ¿Cómo se va a tolerar que anden por ella semejantes criaturas?» El príncipe Yen respondió: «La divinidad venerada sabe lo uno, pero no sabe lo otro. La diferencia entre los hombres y los demonios no está más que en el corazón. Si el corazón es sincero, los demonios pueden convertirse en dioses; pero si no lo es, los hombres se convierten en demonios. ¿No habéis visto que, desde los tiempos más antiguos, los fieles servidores del Estado y los hijos amantes de sus padres, pasan de demonios a dioses? En cambio las personas como el usurpador Sao-Man, que son de la especie de traidores más peligrosa, ¿cómo han de lograr volver a ser hombres?» Oyendo este discurso, Chung-Kuei vió que se iluminaban muchas cosas. Se dió cuenta por completo, y dijo: «Sí, así es... Pero no sé qué nombres y condición tienen esos demonios.» El príncipe Yen, dijo: «Es muy difícil apresar a ese género de demonios. Si se les quiere castigar con arreglo a las leyes del país, no han cometido ningún hecho punible. Si se les quiere alcanzar con una pena justa, en vida, no se les puede probar ninguna culpa. Ya he enviado soldados del infierno para que indaguen y averiguen. La mayoría son gentes que por disposición natural y por hábito del pecado, están ya compenetradas con el mal.» El príncipe ordenó al Pan-Kuan que tra-

jese la lista de estos demonios y se la entregase a la gran divinidad. El Pan-Kuan se la dió a Chung-Kuei, que la abrió y la leyó. En ella estaban inscritos los siguientes nombres:

- Demonio desvergonzado.
- Demonio falso.
- Demonio infiel.
- Demonio estafador.
- Demonio corredor.
- Demonio bribón.
- Demonio sin igual.
- Demonio tacaño.
- Demonio mendigo.
- Demonio de las lamentaciones.
- Demonio imprudente.
- Demonio atropellado.
- Demonio engañador.
- Demonio envidioso.
- Demonio violento.
- Demonio tramposo.
- Demonio cavilador.
- Demonio seductor.
- Pobre demonio.
- Demonio ojinegro.
- Demonio ladrón.
- Demonio despreciativo.
- Demonio destrozado.
- Demonio de la cara dura.
- Demonio furioso.

Demonio jugador.
Demonio presuntuoso.
Demonio cobarde.
Demonio rampante.
Demonio harapiento.
Demonio sucio.
Demonio embustero.
Demonio de las garras.
Demonio loco.
Demonio astuto.
Demonio voluptuoso.

Finalmente se cerraba la lista con cierto gran señor y déspota:

La estupidez de ojos pasmados.

Cuando Chung-Kuei terminó de leer la lista, se quedó espantado y dijo: «No hubiera creído que en el mundo hubiese tantos demonios y ogros. Pero ahora me falta saber en qué lugar se les puede encontrar.» El príncipe Yen dijo: «Esa especie de demonios y ogros no se encuentran en un sitio determinado. Allí donde dominan el lujo y el boato, se ven generalmente muchos demonios ligeros y locos. En los lugares más bajos abundan los demonios harapientos y sucios. Donde reina la mentira y la desconfianza, hay muchos estafadores y embusteros. Vuestra divinidad sabrá emplear los medios que le parezcan más a propósito para expulsarlos y exterminarlos. La expulsión y el exterminio no pueden hacerse en todos los

casos de la misma manera. A los que necesitan ser ahorcados, hay que ahorcarlos. Hay que domar a los que necesitan que se les dome. Hay que compadecer a los que necesitan compasión. En todos los casos hay que tener en cuenta el peso de las pasiones y si la culpa es grande o pequeña. Sólo la divinidad puede resolver, según su arbitrio, en cada caso.»

Chung-Kuei dijo: «Siendo así, resulta que los demonios y ogros del infierno tienen para dominarlos y gobernarlos al príncipe Yen, a los seis funcionarios y al ejército de los vigilantes. Pero si de los demonios de la tierra ha de encargarse solamente mi humilde divinidad, un hombre sólo, temo que difícilmente bastarán mis esfuerzos. ¿Qué remedio habría para esto?»

El príncipe Yen dijo: «Eso no es obstáculo. Yo tengo aquí dos héroes valerosos. Uno se llama Han-Yuan y otro Fu-Chu. Los dos hombres son sabios y guerreros. Podéis disponer de ellos como gustéis. Además os daré trescientos soldados del infierno, que os ayuden a infundir terror. Con estos auxiliares, los demonios serán aniquilados.» Dicho esto, mandó en seguida llamar a los dos hombres Han y Fu, ordenándoles que se presentasen en el salón. Los dos hombres Han y Fu, obediendo la orden, se presentaron con reverencia. Chung-Kuei levantó los ojos y los contempló. Han-Yuan era de esta manera:

«Sobre la cabeza llevaba un sombrero de sabio, y dentro, diez libras bien medidas de substancia cerebral. Iba vestido con una túnica azul, en la que había no menos de tres arrobas de polvo y porquería. Tenía el vientre lleno de sabios escritos, pero si necesitaba remediar su hambre, no podía guisarlos. Su pecho estaba lleno de violentas pasiones, pero sólo podía suspirar en lugares escondidos. Sus parientes y amigos le llamaban pobre y le miraban como a un gran orgulloso. Su mujer le miraba como a un extraño, y hasta odiaba las costumbres originales del marido.»

Luego Chung-Kuei contempló a Fu-Chu y vió lo siguiente:

«Apareció altanera y resuelta una extraña criatura con cuerpo de lobo y formas de tigre. Los dos brazos tenían una fuerza de mil libras. Su alma sencilla era amplia como la mar y libre como el cielo, sin la menor hiel. Tenía fuerza para levantar el gran trípode de bronce de los sacrificios. Pero ¿de qué le servía, si no había trípode ninguno que transportar? Tan valiente era, que podía tragarse un rinoceronte. Pero no había ningún rinoceronte a la vista. Con el arco roto y las flechas mohosas no valía más que para servir de espectáculo a la gente. Sabiendo las seis artes de los generales y las tres astucias guerreras, dominaba la guerra sólo en el papel.»

El príncipe Yen, volviéndose a Chung-Kuei, dijo: «Estos dos hombres, uno sabio y otro entendido en la guerra, podéis utilizarlos convenientemente. Pero le falta a vuestra venerada divinidad un caballo para montarlo. ¿Cómo podríamos arreglarlo?» El príncipe Yen dudó un momento, y de pronto se le ocurrió una idea. Dijo: «En esta montaña del infierno tengo a cierto Pai-Se, que ha sido metamorfoseado. Por haber matado a Wu Ze-Su, le desterré a la montaña del infierno. Pero desde hace varios años el remordimiento le ha calmado y su ánimo se aparta del mal y se vuelve hacia el bien.» Ordenó a los soldados del infierno que le trajesen a Pai-Se. En un instante diez soldados trajeron a Pai-Se. El príncipe Yen le dijo: «Si estás arrepentido servirás de caballo a la gran divinidad encargada de exterminar demonios. Pero has de ser obediente.» Pai-Se inclinó humildemente la cabeza en señal de docilidad y sumisión. Chung-Kuei se levantó y se despidió del príncipe dándole las gracias.

Chung-Kuei montó sobre Pai-Se. Llevaba en la mano la valiosa espada y en el pecho la tablilla de marfil. Han y Fu, los dos espíritus, montados cada uno en un caballo veloz, mandaban a los trescientos soldados del infierno. Tomaron el camino de la tierra. Al llegar al puente del río Nai, se encontraron con un diablillo que les cerraba el camino y les gritó: «¿Adónde vais?

¿Cómo te atreves, espíritu, a pasar mi puente?» Chung-Kuei, colérico, dijo: «El Hijo del Cielo me ha elevado al rango de divinidad, y Yen, el príncipe de los infiernos, me ha prestado sus soldados. ¿Quién eres tú, demonio, para atreverte a cerrarme el camino?» Al oír esto, el diablillo se asustó, y lleno de confusión y, entre temblores, dijo: «No conocía a la venerada divinidad y espero y ruego que se me perdone mi falta. ¿Puedo permitirme preguntar qué propósitos tiene la divinidad en este viaje?» Chung-Kuei dijo: «El Hijo del Cielo me ha ordenado recorrer la tierra para decapitar a los malos demonios y exterminarlos.» Al oír esto, el diablillo expresó su deseo de agregarse a la comitiva. Chung-Kuei dijo: «Ya tengo trescientos soldados del infierno. ¿Para qué puedes servirme tú?» El diablillo dijo: «Esto es algo que la venerada divinidad no sabe. Yo no era primitivamente un diablillo, sino un ardilla, que fué metamorfoseada. Un día tuve una apuesta con un pájaro. El pájaro quería hacer un nido con todo el bosque. Yo quería beberme toda el agua del Nai. Él se equivocó, porque no consiguió emplear en el nido más que una rama. Yo sólo bebí hasta llenarme el vientre. Cuando acabé de beber me salieron, sin notarlo, dos alas de carne a los lados del cuerpo y me encontré convertido en murciélago. Gracias a eso soy el único que puedo descubrir dónde se encuentran los de-

monios. La venerada divinidad desea exterminar los malos espíritus. ¿No podría yo servirle de guía?» Chung-Kuei oyó esto muy satisfecho y dijo: «En efecto, nos hace falta un guía. Trata de metamorfosearte una vez más para que yo lo vea.» El diablillo volvió en seguida la espalda y levantó a poco el vuelo. Chung-Kuei vió que era realmente un murciélago. Se alegró mucho de ello y le tomó como guía. De esta expedición se hablará con detalle. El que quiera saber cómo Chung-Kuei venció a los demonios y sometió a los malos, lea la narración siguiente.

SEGUNDA NARRACIÓN

DOS ESPÍRITUS CUENTAN SU PASADO LASTIMERO. DOS
DEMONIOS FANFARRONES INVENTAN DESCOMUNALES
HAZAÑAS

Chung-Kuei, guiado por el murciélago y al frente de los soldados infernales, que formaban una fila imponente y magnífica, llegó temprano a la tierra. En ese momento volvió a transformarse en un ser humano. Aconteció que era justamente el tercer mes de la primavera. Por todo el camino veíanse árboles en flor, aguas claras y montañas azules. En la lejanía brillaba por entre verdes álamos el edificio de un viejo templo. Chung-Kuei dijo: «No me parecería mal que nos fuésemos a aquel convento, para descansar antes de proseguir el viaje. ¿Qué decís de esto?» Los dos hombres, Han y Fu, dijeron a una voz: «Nos parece bien. Debemos ir y explorar el terreno.» Llegaron a pie delante del convento. Los espíritus alzaron la cabeza y lo contemplaron. Arriba



Llegaron a pie delante del convento.

había una lápida en la que estaba escrito con tres grandes caracteres: Convento de los Milagros. Era un hermoso edificio.

Chung-Kuei llegó a la puerta del templo. Al verle, el guardián se sintió presa de un gran pánico y preguntó: «¿De dónde venís?» Chung-Kuei dijo: «El emperador Tang me ha honrado con el encargo de decapitar demonios. Viendo este templo piadoso y severo me he acercado a él para descansar. Chung-Kuei, conducido por el guardián, adoró a los Budas supremos, rezó también al Pu-Sa y pasó a la parte posterior del templo, para rendir homenaje al Mi-Lo, al antiguo Fo. El guardián le obligó a entrar en la sala de honor y le sirvió el té. Después que Chung-Kuei y su comitiva hubieron tomado el té, el guardián dijo a Chung-Kuei: «Noble señor, que aquí habéis llegado, quisiéramos daros la hospitalidad que merecéis. Pero, desgraciadamente, ha llegado un nuevo cocinero, que es un terrible holgazán. Temo que la comida de ayuno no sea apropiada, y esto me sume en perplejidad e incertidumbre.» Chung-Kuei dijo: «Es verdad que no comemos comida de ayuno. Pero basta que compréis y mandéis traer un poco de carne y un poco de vino. Con esto comeremos nosotros tres. A los demás soldados mandad que les hagan algo de sopa y arroz y tendrán bastante.» Oído esto, el guardián salió apresuradamente a comprar carne

y un par de cubos de buen vino y los envió a la sala de honor. Chung-Kuei se remangó el vestido y desenvainó la espada que llevaba al cinto. Cogió la carne y la partió en pedazos pequeños. Apartó los mechones de sus largas barbas, dejando ver una boca enorme. Como el lobo y el tigre tragaba su carne y bebía su vino. Los dos espíritus le acompañaban y le ayudaban a comer. Del mismo modo que la tormenta barre las nubes, así poco tiempo bastó para que desapareciera todo de las tazas y los platos.

Chung-Kuei se volvió hacia los dos espíritus, sus compañeros, y dijo: «Han ocurrido las cosas de manera que, ni en presencia del príncipe Yen, ni después en la prisa de la marcha os he preguntado nada acerca de vuestro origen. Ahora tenemos tranquilidad y tiempo. Contadme vuestras vidas y sabré a qué atenerme acerca de ellas.» Han-Yuan obedeció y, dando un suspiro, comenzó de esta manera: «Yo era un pobre estudiante, sin padres por encima de mí, ni hermanos por debajo. Mi ocupación consistía en cantar canciones y hacer poesías. No me daba cuenta de que, con versos, no se teje la seda. Aunque cantase mil canciones y acumulase diez mil versos, no me darían vestido ni gorra, ni me resguardarían del frío. Rimar no es ser rico. Aunque llenase con mis versos una mesa, no llegaría a tener un caudal ni conseguiría sostener una casa. Cada día

iba peor. Apenas tenía trabajo y era, ipobre de mí, cada vez más digno de lástima. Si acudía a los parientes, a la familia, ésta, en vez de compadecerme, se reía de mí. Si quería recurrir a los amigos y conocidos, no sólo me era doloroso pedirles algo, sino hasta difícil verlos. Cuando volvía a casa, donde estaban mi mujer y mis hijos, las pendencies no acababan nunca. Por esta razón abandoné el hogar y el pueblo y viajé en todas las direcciones. Pero las gentes alegres me despreciaban por torpe y limitado, y las prudentes, por desenfrenado y licencioso. En esto llegué a la capital, donde conocí al viejo señor Chi-Chang-Ho, que me concedió su favor. Justamente aquel año debían tener lugar los grandes exámenes del Estado. Ho, el viejo señor, los celebró y me escogió a mí. Pero Yang-Kuo-Chung pidió, y ordenó, que su hijo fuera el primero. El viejo Ho, que había visto que éste no conocía ni un signo, se negó a elegirlo, y entonces Yang, con el pecho lleno de cólera, dirigió al emperador un escrito acusando a Ho de conspirar con sus amigos. La Corte imperial depuso de su cargo a Ho, que se retiró a su tierra. A mí me despidieron también. Entonces pensé que, habiendo pasado la mitad de mi vida sin hogar, me había encontrado por primera vez con una persona que reconociera mi valer, y que ahora tropezaba en mi camino con nuevos obstáculos y dificultades. Mi existencia me

pareció delgada como el papel. ¿Qué podía ofrecerme la vida? Esto me incitó a darme con la cabeza contra un muro y a morir. El príncipe Yen se había compadecido de mi inocencia. Justamente quería dar parte al cielo cuando, inesperadamente, llegasteis vos, señor, y pude volver a ver el cielo y el sol.» Dejó de hablar y empezó a sollozar en voz alta. Chung-Kuei, entonces, dijo: «¡Amarga suerte! Pero ya que poseéis tan hermosas dotes, puedo haceros el honor de nombraros mariscal de esta guerra, y cuando al fin hayáis hecho méritos, lo pondré en conocimiento de los dioses y les pediré que os confieran un alto rango. ¿Qué os parece?» Han-Yuan dejó de llorar y se inclinó dando las gracias.

Todavía no habían terminado éstos de hablar, cuando Fu-Chu comenzó a verter lágrimas. Chung-Kuei le preguntó: «¿Qué es lo que os oprime el corazón? ¿No queréis declarar vuestras penas?» Fu-Chu dijo: «En cuanto a mi origen, procedo de una familia de guerreros. Desde pequeño me he ejercitado en tirar al arco y montar a caballo. A cien pasos traspasaba una hoja de álamo. Pero el tiempo desfavorable y un destino adverso impedían que aprobase los exámenes. En vista de ello me dirigí a Ko-Chu-Han. Aquel año se habían sublevado los bárbaros y Chu-Han envió a An-Lu-Chan a someterlos. El general me llevó en su ejército. Contra lo esperado,

fracasó el plan de campaña de Lu-Chan, que se vió rodeado por el ejército enemigo. Yo fui quien, con peligro de mi vida, le salvé y libeté. Vueltos al campamento, Ko-Chu-Han quería decapitar a Lu-Chan. Pero se olvidaba de que le protegía Yang-Kuei-Fei, esposa del emperador. La dama habló con éste y le dijo que si el general había perdido la batalla, la culpa era de sus subordinados, que no habían seguido sus órdenes. En vista de esto me prendieron y me mataron. No he tenido ocasión de explicar lo monstruoso de esta injusticia en ningún sitio. Hoy he experimentado la fortuna de encontraros, señor. Deseo sinceramente que se me conceda dar rienda suelta a la cólera que hierve en mi pecho.» Chung-Kuei dijo: «Puesto que así es, quiero honraros nombrándoos jefe de la vanguardia.» Fu-Chu dió igualmente las gracias por este favor.

Ambos preguntaron a Chung-Kuei por su vida, y éste se la refirió con todos los detalles. Los dos espíritus suspiraron y sollozaron a coro. En verdad los tristes no deben hablar con tristes, pues si comienzan a hablar tristemente, acaban por sentir una tristeza mortal.

Al romper el siguiente día, vieron a un mandadero del convento que iba corriendo hacia el templo posterior, llevando en la mano un papel rojo, de los que sirven para anunciar visitas. Chung-Kuei dijo: «¿Qué papel es ese? Déjame verlo.» El

mandadero se vió forzado a entregárselo. Chung-Kuei lo cogió y vió que en el papel estaba escrito lo siguiente: «El contemporáneo y condiscípulo Tu-Wo-Sun inclina su cabeza con reverencia.» Chung-Kuei preguntó: «¿Por qué viene aquí ese hombre?» El mandadero respondió: «Le he preguntado y dice que quiere visitar en el templo posterior a Mi-Lo-Fo.» Chung-Kuei dijo: «¿Qué derecho tiene a eso? ¿Cómo puede atreverse a decirle a Mi-Lo, el antiguo Buda, que quiere visitarlo?» El mandadero respondió: «Si el señor no quiere creerme... en seguida vendrá. Si los señores quieren verlo cómodamente, no tienen más que mirar hacia aquel lado.» Chung-Kuei agradeció el consejo. Se apartó a un lugar disimulado y observó. Entonces vió que se abría la puerta de la montaña y que por ella penetraba un espíritu infernal. ¿Cuál era su aspecto?

«Sus dos cejas se alargaban hacia arriba, sus ojos miraban con fijeza. Las dos cejas llegaban hasta la mitad de la cabeza y los ojos brillaban en el fondo de las cejas espesas. Al hablar o al reír alzaba la cara hacia el cielo. Cuando conversaba no miraba a los hombres. Le parecía ocupar un lugar muy elevado, y su corazón estaba alegre y lleno de ilusiones. Le parecía que no había espacio suficiente para él en toda la tierra. Llevaba un vestido de piel de pulga y quería ir vestido con distinción. Llevaba puesto un sombrero de cabeza

de fénix, y exigía que se le mirase con respeto. Le acompañaban un par de niños, que voceaban sin interrupción y protestaban. Montaba un caballo flaco, que se negaba a ir despacio y a interrumpir el viaje.»

Este demonio había llevado antes una vida de lujo y ostentación. Pero hoy venía a ver si sacaba algún dinero a los bonzos. Con lo que no había contado era con encontrar allí a Chung-Kuei.

Chung-Kuei vió su aspecto y su atavío y en seguida se sintió dominado por una gran cólera. Comenzó a blandir la espada, como si fuese a hendirle de un tajo la cabeza, y dijo: «Supongo que serás uno de esos presuntuosos, que no entienden ni un solo signo escrito. ¡Esclavo! ¡Te permites engañar cínicamente a las gentes!» El espíritu infernal se hizo a un lado, se echó a reír y dijo: «Dime, pues, por qué no entiendo nada y por qué engaño a la gente. Si es verdad, concedido. Pero si no nos ponemos de acuerdo en ese punto, no eludiré la lucha.» Chung-Kuei dijo: «Dejemos a un lado tu traje presuntuoso e inconveniente. Pero con harta ligereza y arrogancia te acercas a Mi-Lo, el único. ¿Qué respeto ni qué seriedad son esos? Te atreves a venir de visita con un papel en que te dices contemporáneo y condiscípulo. ¿Es esa una manera de producirse adecuada, humilde y reservada?» El demonio res-

pondió: «Cuando haya hablado y expuesto las circunstancias del caso, temo que no os consideréis digno ni de estar de pie en el lugar en que yo me encuentre sentado. He sido compañero, desde el principio, de Mi-Lo; he caminado con él por el camino de la gracia y he estado con él en la gruta de la interpretación de la doctrina. Luego él se convirtió en la divinidad de la parte occidental del cielo. A mí me correspondió, naturalmente, el bendito territorio del Sur. Con la cabeza en el cielo, soy en la tierra el gran señor supremo. Arriba gobiernó el cielo, y abajo la tierra; y soy una divinidad sin par. Los tres dioses mayores se llaman, al verme, discípulos. Los diez príncipes del infierno, cuando se tropiezan conmigo, se llaman mis humildes subordinados. En cuanto a las veintiocho constelaciones, a los funcionarios de las nueve estrellas más claras, así como a los cuatro grandes ríos, a las cinco cimas de las montañas, a los reyes de dragones y a otras muchas deidades, no se atreven ni a mirarme a la cara. Le llamo en el papel condiscípulo, porque es bonzo, y pariente y hermano menor no sería propio. Le llamo, pues, condiscípulo, que es bastante cortesía para él. Otra cosa: dime por qué no entiendo ni un solo signo escrito. ¿Eh?»—Cuando Chung-Kuei le hubo oído contar tales cosas de su historia, se asustó, y, mordiéndose los dedos, dijo para sí: «No hubiera creído que este hombre

tuviera tanta capacidad. Por eso van tan hacia arriba sus cejas y por eso sus ojos miran con tanta fijeza.» Luego habló dirigiéndose a él: «No traes armas en la mano, ni soldados que te acompañen. Si ahora te matase, se diría que asesino a las gentes en mi campo. Por eso te dejo libre el paso, para que traigas armas y busques soldados. Luego nos batiremos.» El espíritu diabólico respondió, riéndose a carcajadas: «¡Ja, ja, ja! Tenéis razón. Mientras tanto, os perdono. Cuando vuelva, os prenderé.» Dijo y se vió que sus pies no tocaban la tierra y que desaparecía por el aire.

Chung-Kuei dijo a Han y a Fu: «Me parece que tenemos que habérmolas con un espíritu elevado. ¿Qué haremos en este caso?» Han-Yuan dijo: «Aunque así parece, en algunas cosas ha dado motivos para sospechar.» Fu-Chu dijo: «¿Qué motivos para sospechar?» Han-Yuan respondió: «Ha venido a visitar a Mi-Lo, el antiguo Fo. Pero Mi-Lo, el antiguo Fo, no es más que una imagen de Buda, hecha de barro, y no puede pronunciar una palabra, ni mover un músculo. ¿Cómo puede querer visitarle como amigo? Esto es lo que primero me hace sospechar. Pero además ha dicho que tenía la cabeza en el cielo y los pies en la tierra y que era el gran señor supremo. He estudiado el «Libro del cinturón rojo», en el que está la lista de las deidades infernales, y no hay en él semejante rango

ni cargo; por eso también me parece sospechoso. Ha dicho que los tres dioses mayores se llamaban discípulos suyos, y los príncipes del infierno, humildes subordinados. Este sería un honor verdaderamente supremo. Pero si así fuera, debería tener un carro y lanceros, una guardia y un séquito de antiguos espíritus. ¿Por qué va montado entonces en un rocín flaco y acompañado de dos niños, sin otro séquito ni escolta? Por eso me parece sospechoso en tercer lugar. Y existiendo esos tres motivos de sospecha, es difícil creer lo que dice ese demonio.» Chung-Kuei dijo: «Acaso tengas razón. Pero si le cojo y le corto la cabeza, temo que sea un espíritu de alguna importancia, y entonces voy contra las leyes del cielo. Si lo dejo escapar, temo que pueda hacer daño en el porvenir. ¿Cómo podríamos salir de dudas?» Han-Yuan dijo: «Eso no es difícil. No tengo inconveniente en disfrazarme y fingirme curandero. Con ese disfraz haré indagaciones, para descubrir la verdad. Después podremos castigarle.» Chung-Kuei dijo: «La proposición es buena.»

Han-Yuan se puso un sombrero alto, de cuatro picos, y un traje de taoísta. Cambió el calzado que llevaba puesto por un par de botas de hocico de cerdo. Llevaba al hombro una bolsa con medicinas y cogió un anillo de cascabeles. Se despidió de Chung-Kuei y, caminando pausadamente, se alejó. Anduvo largo tiempo, hasta que

vió un arroyo de montaña, con algunos sauces. Bajo los sauces se había construído un puente-cillo. El puente tenía unas barandillas pintadas y era limpio y agradable.

Han-Yuan estaba cansado de andar y decidió descansar un rato en el puente. Sentado allí experimentó la delicia de un vientecillo suave y refrescante. Contemplaba unos remolinos en el agua verde, cuando vió a un anciano de cabellos blancos, que venía hacia el puente. Al llegar ante Han, el anciano saludó con las manos plegadas y dijo: «¡Soy vuestro sumiso servidor! ¿Sin duda, domináis las artes curativas de Chi y Huan?» Han-Yuan dijo: «¿Por qué me preguntáis eso, anciano?» El viejo respondió: «Me llamo Tung y mi apellido es Feng; mi apodo es Sien-Ken. A los setenta y un años, no habiendo tenido hijos, el cielo me concedió una niña. No sé qué aconteció, que hace algún tiempo empezaron a acometerle escalofríos, alternando con fiebre. Por las tardes habla sola, como si estuviera poseída por algún espíritu malo. Por eso me atrevo a rogar al señor que tenga compasión y se llegue a verla. Si se curase la enfermedad de mi niña, nuestro agradecimiento no sería escaso.»

Como Han-Yuan quería justamente adquirir noticias, respondió en seguida, accediendo a la petición del viejo. Siguió a éste y llegó al pueblo, que era pequeño y mísero. Después de haberlo

contemplado un momento, entró en la casa. Inmediatamente examinó el color de la cara de la muchacha. Con la cabeza inclinada, como concentrando su atención, hizo como que le tomaba el pulso y dijo: «La muchacha no tiene ninguna enfermedad, sino que ha recibido algún soplo diabólico. No necesita tomar medicinas. Aquí cerca tenéis cierto espíritu de alto rango, gran señor supremo, que tiene la cabeza en el cielo y los pies en la tierra. ¿Por qué no le pedís que venga y expulse al espíritu perverso?» Tung-Feng respondió: «Aquí no hay ningún gran señor supremo, con la cabeza en el cielo y los pies en la tierra. ¿No estará confundido el señor?» Han-Yuan dijo: «No me equivoco, no. Acabo de verle justamente. ¿Cómo iba a equivocarme?» Tung-Feng dijo: «¿Qué aspecto tenía? ¿Cómo iba vestido?» Han-Yuan describió al espíritu, tal como lo había visto en el templo, explicando con todo detalle cómo iba vestido, qué sombrero llevaba, su caballo y su acompañamiento. Tung-Feng dijo: «Sin duda alguna es el demonio estafador.» Han-Yuan, asombrado, respondió: «¿Por qué le llamáis el demonio estafador?» Tung-Feng respondió: «Ese demonio ha sido toda su vida un fanfarrón. Propiamente desciende de Tsi, a quien se menciona en el libro de Meng-Fu-Ze (Mencio). Tenía una mujer y una concubina. Engañaba a su propia mujer, y ésta reveló sus manejos,

hasta entonces desconocidos. Desde ese momento, no podía ya seguir viviendo en su casa, y se fué de ella llevándose a su concubina y vino a parar aquí. En realidad no tiene ocupación ninguna. Hoy ya nadie le hace caso. Se ve obligado a buscar lugares lejanos para robar algo y conseguir vino y alimento.» Han-Yuan dijo: «Todo eso está muy bien. Pero lleva en la cabeza un sombrero con púrpura y oro y una túnica blanca con bordados de flores. ¿De dónde habrá sacado ese sombrero y ese vestido?» Tung-Feng dijo: «Esa es una larga historia. En el pueblo, con ocasión de la fiesta del sacrificio, querían celebrar las tres luchas contra Lu-Pu con arreglo al uso tradicional. Con ese objeto habíamos alquilado un sombrero a una compañía de cómicos. No habíamos pensado que ese hombre no tiene ninguna virtud en su corazón. Cogió, pues, el sombrero y lo escondió, con ánimo de no devolverlo, y desde entonces suele llevarlo puesto. Por lo que hace al vestido, lo ha cogido de mi casa hace unos días. Precisamente hoy pensaba salir en su busca para pedírselo. No había creído que se hubiese ido con la túnica. Lo único que no sé dónde habrá robado es el caballo y los dos niños.» Al oír esta larga historia, Han-Yuan sintió como si cayera de las nubes, y cuando hubo vuelto en sí, dijo: «¿Y de qué modo podríamos acabar con él?» Tung-Feng dijo: «No es difícil. Esta mañana he

oído que su concubina ha muerto ya de hambre. Él no lo sabe todavía. Esperad a que os libre batalla. En medio del combate, llego yo y le anuncio la noticia, al mismo tiempo que le pido que me devuelva el vestido, y cuento su historia. Como es natural, esto le hará perder su arrogancia. Entonces podéis echarle mano. ¿No sería esto ahorrar fuerzas? Así, en primer lugar, tendréis éxito, y en segundo lugar, apartaréis del pueblo esa calamidad. ¿Qué decís de mi propuesta?» Han-Yuan respondió: «Me parece excelente.» Y dicho esto, se echó al hombro la bolsa de las medicinas, cogió el anillo de cascabeles y se despidió del viejo.

Poco tiempo después entraba riendo y contento por la puerta de la montaña. Chung-Kuei le dijo, tan pronto como le vió: «¿Habéis averiguado algo? ¿Quién es ese espíritu?» Han volvió a reirse, y luego contó cómo había visto al viejo, cómo había examinado la enfermedad de su hija, cómo el viejo le había contado que el demonio estafador había robado el sombrero a los cómicos y a él el vestido. Al oír esto, Chung-Kuei y Fu-Chu se echaron a reír también, con tantas ganas, que no acababa su algazara. Todavía estaban riéndose los tres hombres, cuando, al levantar la vista hacia la puerta de la montaña, vieron al demonio estafador, que venía muy presuntuoso a la cabeza de una banda de demonios-soldados muy sumi-

sos. Desde fuera comenzó a vomitar injurias. Chung-Kuei, lleno de cólera, alineó en dos filas a los soldados infernales, delante de la puerta. A la derecha estaba Han y a la izquierda Fu. Chung-Kuei desenvainó su espada y dijo en alta voz: «Tú, que aquí llegas, eres, sin duda, el demonio estafador.» El demonio estafador se espantó interiormente y pensó decir: «¿Cómo sabéis mi ilustre nombre imperial?» Pero se dominó y dijo: «Ése no es nuestro nombre completo; es más bien un apodo. ¿Cómo es posible que lo reconozcáis y lo tengáis por verdadero? ¿Estáis dispuesto a combatir conmigo en tres asaltos?» Chung-Kuei respondió: «Ya lo creo.» Los dos combatieron, adelantando y retrocediendo más de cincuenta veces, sin que se resolviese la victoria por uno u otro. Pero cuando la pelea era más enconada, se oyó gritar: «¡Demonio estafador, devuélveme mi túnica!» El demonio estafador levantó un momento la cabeza y vió que era el viejo Tung-Feng. Pero hizo como que la cosa no iba con él y siguió peleando. El viejo siguió entonces gritando y diciendo: «El vestido es lo de menos; peor es la noticia que tengo que daros. Vuestra estimada segunda esposa ha muerto ya de hambre. ¡Os esperan para que encarguéis el ataúd!» Al ver el demonio estafador que este hombre descubría a gritos toda su historia, sintió un gran pánico, se le paralizaron los nervios, se quedó con los ojos pasmados

y la boca abierta, sin poder defenderse en la lucha. Viendo esto, Fu-Chu hostigó a su caballo y se fué a él y lo prendió. Todos sus soldados se dispersaron al instante.

El anciano se alegró mucho al ver que quedaba suprimido el bribón, y se marchó. Chung-Kuei regresó triunfador al campamento. El demonio estafador estaba f tado y tendido en tierra. Chung ordenó a sus subordinados: «Sacadle los ojos con vuestros cuchillos y traédmelos para que me los coma.» Luego, siguió diciendo: «Primeramente pensaba matarte. Pero por conformarme a la bondad del cielo, que quiere bien a los vivos, te permito que te alejes.» El demonio estafador levantó la cabeza y dió las gracias por que no le decapitasen. A tientas desapareció, sin que se supiera por dónde.

El demonio estafador tenía otros dos compinches aliados con él. Uno se llamaba el demonio sin par y el otro el demonio despreciativo. Eran buenos amigos del demonio estafador y de la misma calaña que éste. Aquel mismo día el demonio sin par y el demonio despreciativo hablaban tranquilamente en la piedra Bu-Lao. En esto vieron al demonio estafador, que venía hacia ellos caminando a tientas con paso inseguro. Al verle se asustaron sobremanera y dijeron: «Hermano mayor, ¿cómo te han puesto de esa guisa?» El demonio estafador lo oyó y, suspirando invo-

luntariamente, dijo: «Más valiera no hablar de ello. Vuestro insensato hermano, que ha sido toda su vida un fanfarrón, no pensaba encontrarse hoy con un cierto Chung-Kuei, que me ha cogido, encadenado y me ha sacado los ojos y se los ha comido. Mi segunda mujer se me ha muerto de hambre. Así que no puedo irme a mi casa. Vengo hoy aquí, esperando diez mil veces que mis amados hermanos me salvarán la vida.» Así siguió hablando hasta que, al llegar a un pasaje muy conmovedor de su historia, los tres hombres no pudieron contenerse y dieron rienda suelta a sus lágrimas. Fueron estas tantas que formaron cuatro ríos. El demonio sin par, poseído de cólera, habló así con violencia y rabia: «Desde que estamos unidos hemos obligado siempre a todos, cielos y tierra, dioses y antepasados, hombres de Estado y funcionarios, a guardarnos siempre el debido respeto. ¿Quién es ese Chung-Kuei que se atreve, inhumano, a arrancar los ojos al hermano mayor? ¡Hermano mayor! No le temas. A tu lado tienes a tus hermanos. Si ese Chung-Kuei quiere batirnos, le batiremos. Si nos acusa, le acusaremos. El carnero come de buena gana las hojas del álamo; pero no creo que este carnero trepe a las ramas del árbol.» El demonio despreciativo dijo: «Lo que han dicho los dos hermanos mayores es justo. De hoy en adelante rige el adagio: sostén un ejército mil días y gástalo en

una mañana. ¿Para qué estamos unidos los hermanos? Tus hermanos sirven para algo todavía. Aun nos quedan algunos soldados y seguidores. ¿Vamos a temerle, siendo esto así? Le consideramos como a un dragón que se refleja en el estanque y no nos oprime el corazón. ¡Hermanos, escuchadme! Yo y mi segundo hermano mayor convocamos a nuestros guerreros, les armamos convenientemente, damos la señal del ataque y acometemos el templo para vengar a nuestro hermano mayor.»

Entretanto, Chung-Kuei charlaba con Han y Fu, y los tres se reían de lo que había pasado con el demonio estafador. En esto llegó corriendo, apresuradamente, el mandadero del convento y dijo: «Noble señor, nada bueno acontece, una desdicha nos amenaza.» Chung-Kuei preguntó: «¿Qué desdicha es esa?» El mandadero dijo: «El demonio estafador ha ido a buscar a sus dos hermanos y vuelve con ellos. Uno se llama el demonio sin par y el otro el demonio despreciativo. Traen mucha gente armada y han cercado la puerta del convento.» Colérico dijo Chung-Kuei: «He tenido compasión de él y en pago acomete la puerta del convento.» Habló y, blandiendo la valiosa espada, quiso precipitarse al lugar de la lucha. Pero Han-Yuan intervino para calmarlo: «Gran señor, no os dejéis arrastrar por la cólera. Creo que después de haberle sacado los ojos, no

habrá muerto del todo en ese demonio el sentimiento de la vergüenza. ¿No sería mejor que yo, humilde espíritu, fuese allá a amonestarle y aconsejarle? Si de esa manera se corrigiese, sería este también un modo de acabar con los demonios.» Chung-Kuei dijo: «Idos, pues. Si no se enmienda, tendremos que volver a pelear.»

Han-Yuan salió de las filas montado en su caballo y dijo a grandes voces: «¡Demonio estafador, sal, que he de hablar contigo!» Entonces se vió que del centro de las filas enemigas salía un caballo a galope tendido. El jinete que le montaba llevaba el sombrero ladeado, una túnica corta y en la mano empuñaba una larga lanza de hierro. Todos vieron que era el demonio sin par. Al llegar junto a Han, dijo: «No tengo odio ninguno contra vosotros, de tiempos pasados, ni tampoco enemistad en el día presente. ¿Por qué prendisteis a mi hermano mayor, le sacasteis los ojos y os los comisteis bárbaramente? Hoy me veo obligado a batirme con vosotros a muerte.» Dijo, y alzando la lanza, acometió sin más. Han-Yuan paró el golpe y dijo: «No mováis vuestra mano; tengo que hablaros unas palabras sentidas. Todos los hombres, que viven en el mundo, respetan como lo más alto la verdad, la justicia, la modestia y la vergüenza. El hombre santo ha dicho: no sé cómo podrán vivir los hombres que no son sinceros. Meng-Se ha dicho: avergonzarse es algo

grande para el hombre. El que no se avergüenza de hacer daño a los demás, ¿puede decirse que sea un hombre? Pero vosotros, vuestra banda de demonios y rebeldes, carecéis de verdad, justicia, modestia y vergüenza. ¡Estafador que estafas! ¡Sin par, que eres sin par! Creéis pasar por famosos y afortunados y la gente sabe que no valéis ni un perío muerto. Si tuvierais un poco de modestia y de decoro, os moriríais de vergüenza. ¡Y os atravéis todavía a engañar a las gentes a plena luz del día!» Pero el demonio sin par no se humillaba ni avergonzaba, sino que, riéndose, dijo en voz alta: «¿Querriáis imitar a Kung-Ming e injuriarme como a Chou-Lang? Uno de los antiguos ha dicho: el que sabe obrar a tiempo será grande y heroico. Lo que me daría vergüenza sería matar a un hombre tan torpe como vos. Si supierais lo terrible que soy, emprenderíais en seguida la retirada. Llamad a vuestro jefe. Que se lave el cuello para recibir el tajo que he de darle, y así no necesitaré penetrar a mano armada en el convento.» Este discurso produjo un insoportable dolor de muelas en Han-Yuan, que tuvo que volverse a las filas. Viendo esto Chung-Kuei, preguntó: «Mariscal, ¿cómo habéis vuelto tan pronto?» Han-Yuan contestó: «No me explico lo que pasó. Mientras el demonio hablaba, me entró un terrible dolor de muelas.»

Fu-Chu tomó la palabra y dijo: «A esta tropa

no se la puede dominar con razones. Esperad a que pelee con ellos en serio. Entonces se verá quién vence y quién resulta vencido.» Chung-Kuei dijo: «Si sois de esa opinión, apresuraos a ir allá.» Fu-Chu se colocó la coraza, montó a caballo y, blandiendo el sable, se fué hacia el enemigo.

Entretanto, el demonio sin par, una vez conseguido su propósito, volvió a las filas. Al llegar adonde estaba el demonio despreciativo, lleno de presunción, puso tenso el arco. El demonio despreciativo dijo: «Espera, que, si vuelve, yo también emplearé mis fuerzas en servicio del hermano mayor.» Mientras fanfarroneaban y ponían en tensión los arcos, vino un diablillo a anunciarles: «Ahí fuera hay otro hombre, que os reta a combate.» Al oír esto, el demonio despreciativo se puso un yelmo muy alto y ancho como una pantalla, una coraza con flores incrustadas y cogió un cuchillo corto y afilado. En seguida salió a caballo de la fila. Fu-Chu preguntó: «¿Tú eres, sin duda, el demonio despreciativo?» El demonio despreciativo dijo: «Os considero como una cosa que tiene ojos sin perlas. No quiero hablar de mi pericia en las artes de la guerra, ni de que en dotes espirituales sobresalgo por encima de todos. Pero tampoco os habéis fijado en la armadura que visto ni en las armas que llevo. Este yelmo está todo cubierto de oro. Esta coraza está adornada con flores legítimas de Nankin. Este par de botas son

de cuero auténtico. Este sable es de hierro y acero y está afilado con arena. Este caballo ha costado cincuenta *lot* de buena plata. ¿Quet enéis vosotros en cambio? ¿Cómo os atrevéis a poneros frente al despreciativo, vuestro abuelo, y a cruzar con él vuestra lanza?» Apenas hubo terminado de hablar, pudo verse cómo Fu-Chu se caía del caballo. Los soldados del infierno corrieron apresuradamente y lo retiraron en salvo. Chung-Kuei dijo: «¿Cómo habéis caído del caballo, jefe de la vanguardia?» Fu-Chu dijo: «Es maravilloso e inexplicable. Mientras el demonio hablaba y preparaba su arco, sentí un espantoso dolor en los tendones y caí del caballo.»

Chung-Kuei dijo: «No estáis a la altura de las circunstancias. Esperad, que ahora salgo yo.» Dijo, y blandiendo la valiosa espada, montó en *Pai-Se* y llegó hasta las filas enemigas, profiriendo denuestos.

Cuando los soldados de los demonios dieron la noticia de la llegada de Chung-Kuei, el demonio estafador dijo: «Mis dos hermanos menores han tenido fortuna. Ahora me dispongo yo mismo a entrar en la lucha.» El demonio sin par y el despreciativo dijeron a coro: «El hermano mayor no puede salir al campo. Ese es el que le ha sacado los ojos al hermano mayor. Y, al verle, tememos que diga: ahí sale el ciego.» El demonio estafador dijo: «Eso no es obstáculo, pues se dice

que el que ha perdido los ojos no es todavía ciego. ¿Qué inconveniente es ese para que yo salga?» Los dos hermanos no insistieron en contenerle. Le dejaron que hiciera su voluntad. El estafador salió al campo en su caballo.

Al verle, Chung-Kuei le dijo: «¿Todavía tenéis la osadía de presentaros, después de haberos sacado yo los ojos?» El demonio estafador dijo: «Días pasados, el fallecimiento de mi ilustre esposa produjo en nuestra principesca casa un momento de depresión, del que os aprovechasteis para prenderme. Hoy he traído conmigo a mis dos hermanos imperiales. Además de ellos tenéis enfrente a mil señores y a cien veces diez mil valientes soldados. Lo mejor será que emprendáis a toda prisa la retirada. Pero si decís la sola palabra: no, ordeno a los cuatro grandes dioses del cielo que os prendan y os lleven a los dominios del Príncipe Yen, para que en diez mil generaciones no volváis a tener cuerpo humano.» Chung-Kuei blandió colérico la espada y quiso avanzar para cortarle la cabeza al demonio ciego. Pero en ese momento brotó de la cabeza del demonio un chorro de vapor venenoso. Chung-Kuei, cuando lo respiró, se sintió mal en su corazón y estuvo a punto de caer del caballo. Los dos jefes Han y Fu observaban la escena desde el otro lado. Al ver lo que pasaba, hostigaron a sus caballos y trajeron a Chung-Kuei sano y

salvo a las filas. Una vez en el convento, se encontraron sin saber qué hacer.

Justamente en el instante en que los tres hombres se miraban preocupados y desconcertados, vieron a un bonzo muy grueso y panzudo, que venía a caballo. Llegaba riéndose estrepitosamente, y al acercarse adonde estaban Chung-Kuei y los dos hombres, dijo: «¿Por qué tenéis ese aire triste y alicaído?» Chung-Kuei dijo: «Sabio padre, se trata de algo que ignoráis. Han llegado tres demonios al frente de sus tropas. Yo soy enemigo de ellos. Pero no podemos vencerlos, porque al combatir nos da dolor de muelas o de tendones o nos sentimos mal en el corazón. ¿Qué podríamos hacer en este trance?» El bonzo dijo: «Esa no es dificultad.» Y dicho esto, salió del convento, y presentándose ante el ejército de los demonios, les gritó: «¿De dónde salís? Venid acá y mirarme, demonios arrogantes.» Los tres demonios acudieron de buen humor y dijeron: «¿De dónde sales tú, cura mendigo, que te atreves a hablar así?» Pero el bonzo no les hizo el menor caso. Se echó a reír alegremente, abrió su enorme boca y de un golpe se tragó a los tres demonios. Chung-Kuei y sus hombres dijeron espantados: «Sabio padre, lo que habéis hecho es digno de una divinidad.» El bonzo dijo: «No conocéis a este género de demonios. Con ellos no se debe hablar de moral ni explicarles el valor de las cosas.

Basta un estómago amplio para meterlos dentro. ¿A qué santo vamos a pretender colocarnos a su nivel?» Chung-Kuei replicó: «Está muy bien. Pero el comerlos deben causar algunos trastornos en el vientre.» El bonzo contestó: «Yo conozco un magnífico procedimiento para restablecer la calma. Dentro de poco tiempo se producirá la exoneración y entonces los tres demonios juntos no serán más que un montón de porquería maloliente.»

Todos los espíritus, que habían asistido a la escena, quedaron muy satisfechos, convencidos de que se trataba de un hombre extraordinario. Pero en el momento en que iban a darle las gracias más rendidas, el bonzo se transformó en viento claro y desapareció.

Chung-Kuei dijo: «¡Cómo se ha hecho invisible de pronto! Sin duda era una gran divinidad, que ha venido a ayudarnos.» Han-Yuan dijo: «Sí. A mi entender, la imagen de Mi-Lo, el antiguo Fo, en el templo, tenía el mismo aspecto.» Todos los hombres se dirigieron entonces al templo a tributarle adoración.

El que quiera saber los demonios que aparecieron en la próxima aventura, siga leyendo. La narración siguiente se lo explicará.

TERCERA NARRACIÓN

UNA OCURRENCIA DEL MARISCAL HAN SALVA A CHAN-
SI-CHI. FU LANZA FLECHAS CONTRA EL DEMONIO DE LA
CARA DURA

Después que Chung-Kuei hubo tributado adoración y gracias al Mi-Lo, el antiguo Fo, y hubo regresado a la sala de honor, quiso disponer en seguida el equipaje y continuar su camino. Pero el guardián, que deseaba retenerle a todo trance, le dijo: «Noble señor, desde que habéis venido no os hemos tributado ninguno de los honores que merecís. Hoy, que tenemos algún tiempo, dejad al pobre sacerdote preparar un pequeño banquete para expresaros algo de nuestra sincera admiración. ¿Qué os parece?»

Chung-Kuei y los otros dos espíritus se vieron obligados a sentarse y aguardaron medio día hasta que se empezó a poner la mesa. Otro medio día tuvieron que esperar, hasta que les trajeron una ronda de té. Siguieron esperando así,

casi hasta la puesta del sol, y entonces vieron llegar algunos entremeses. Entretanto el guardián no cesaba de ir y venir, como quien anima y vigila. Chung-Kuei estaba descontento y dijo al guardián: «Después de detener a un huésped, ¿por qué esta espera, tardanza y lentitud?» El guardián dijo: «Perdonen los nobles señores. Sabed que, como os dije, hace algunos días ha llegado el cocinero nuevo, que es un terrible holgazán perezoso. Duerme de día hasta que el sol está ya bien alto, y por la noche no se acuesta hasta después de mediada o aún más tarde. Cuando articula palabras o se pone a un trabajo, es como el aceite que se vierte en el agua. De aquí viene que los ricos manjares se hayan retrasado. Espero que el noble señor sabrá disculparme.» Chung-Kuei dijo: «Llamadle para que yo vea qué casta de pájaro es ese cocinero.»

El guardián estuvo llamando medio día, hasta que al fin apareció un cocinero, que caminaba lentamente y paso a paso. Chung-Kuei levantó los ojos para ver el aspecto del cocinero. Hélo aquí:

«Cejas colgantes, ojos bajos, poco aliento, ninguna voz. Hablaba como si su boca estuviera sellada tres veces. Levantaba los pies, como si las piernas pesasen mil libras. Si se encontrara con un tigre, no creo que se asustara mucho ni demostrara gran excitación. Si le perseguía un la-

drón, ¿cómo podía apresurar el paso? Su ánimo era tranquilo y sereno, como el de las verdaderas almas nobles. Plegaba las manos cual santo que ha alcanzado el Tao. Era algo desfallecido y mustio, como el hermano menor de un saco de trigo vacío.»

Chung-Kuei le contempló, llevó la mano a la espada y exclamó: «¿De qué lugar y de qué tribu sois? Confesad la verdad, si queréis evitar la muerte.» El cocinero respondió, sin excitación ni prisa: «El hombre humilde hace mucho tiempo que no pertenece a la especie humana, sino que es un alma ofendida. Porque en un cierto año hice un poco de comercio, tuve que perseguir el mejor género. No pensé que todo el mundo propende a la prisa y que todos se levantan temprano. Cuando me levanté ya estaba el sol rojo en mitad del cielo. Tuve que emprender yo solo el camino a pie. ¿Quién sabía que el camino era tan largo? Llevaba andadas cuatro o cinco leguas cuando oscureció. Súbitamente me acometió un ladrón, cubierto el rostro con una careta de cuero, y me robó el equipaje. Luego desapareció. Cuando me disponía a perseguirle, llegó una serpiente, que me envolvió. Con su presión perdí el aliento y la fuerza, perdí el conocimiento y quedé muerto. Yo quería comunicarle esto al príncipe Yen; pero llegué tarde. Cuando arribé al reino del infierno, el príncipe no estaba en el palacio.

Me vi obligado a entrar en el convento para poder comer. Esto es lo ocurrido. No me atrevería a mentir y lo que cuento es la verdad.» Había tardado medio día en dar esta explicación. Luego que Chung-Kuei le oyó, dijo: «Según vuestras palabras, ¿sois sin duda el demonio de la demora?» El cocinero dijo: «¿Quién, si no?» Chung-Kuei dijo: «Si os matase, no mataría a un gran malhechor. Pero molestáis a la gente y por eso debiera mataros.»

Mientras Chung-Kuei dudaba de esta manera, entró violentamente un hombre, se sentó en el sitio de honor y se puso a comer. Todos los espíritus le miraron y todos sintieron un gran espanto. ¿Qué aspecto, maneras e índole tenía este hombre?

«Sin ser arrogante en el fondo, tenía el mozo apariencia de tal. Decía en el instante cuanto se le ocurría. ¿Cuándo había guardado consideraciones a nadie, alto o bajo, grande o pequeño? Si tenía vino, se lo bebía en el acto. Ignoraba lo que era reverencia, condescendencia, amabilidad y respeto. En sus asuntos procedía egoístamente, y si le iba mal, desfallecía en seguida. En sus discursos era grosero y violento, y si no conseguía su propósito, empezaba a sentir remordimiento. No sabía más que una cosa, que nada hay difícil bajo el cielo. No creía que hubiese hombres prudentes.»

¿Qué clase de hombre creéis que era éste? En la lista lleva el nombre de demonio atropellado. Lo es, en efecto. Estaba, pues, sentado el demonio atropellado, en el sitio de honor, y comía y bebía solo. Colérico, Chung-Kuei dijo a Han y a Fu: «He descubierto un procedimiento para hacer entrar en vereda a esta gente.» Los dos preguntaron: «¿Qué procedimiento?» Chung-Kuei dijo: «¿Qué os parece si los partiésemos y completásemos el uno con el otro? El indolente se haría atropellado, y el atropellado indolente. Con este procedimiento se aminora el exceso y se remedia la falta.» Dijo y mandó a Fu-Chu que alzase la espada y partiese de un tajo a los dos demonios, de manera que hiciesen cuatro mitades. Fu-Chu dijo: «¿De qué manera se pueden multiplicar y dividir estos demonios?» Chung-Kuei dijo: «No es difícil. Pegando las cuatro mitades cambiadas, tendréis dos hombres completos, y el indolente no será indolente, ni el atropellado, atropellado.» Apenas oyó esto Fu-Chu, pegó a los dos, cambiándolos; de lo que resultaron, en vez de aquellos demonios, una pareja de hombres excelentes. Dieron gracias por el favor y se marcharon.

Todos los que contemplaron la escena estuvieron de acuerdo en que Chung-Kuei había hecho una transformación meritoria para el cielo. Pero los bonzos del convento se mordieron es-

pantados los dedos y le consideraron como un hombre divino, que había aparecido sobre la tierra. Ello fué motivo para que le honrasen aún más y para que le retuviesen otra noche.

Al día siguiente se despidió de los sacerdotes y a la cabeza de los soldados del infierno emprendió el rumbo hacia adelante, siguiendo al murciélago. No había andado mucho cuando se encontró al viejo Tung-Feng sentado en el camino y suspirando. Al ver a Chung-Kuei y a su gente se alegró mucho y dijo: «¿Habéis venido, alto señor? Os ruego que entréis en mi pobre cabaña y aceptéis mi té.» Chung-Kuei dijo: «Anciano, ¿cómo os encuentro aquí?» El viejo dijo: «No puede explicarse en pocas palabras. Después que el noble señor castigó al demonio estafador, pensé que los señores se habrían marchado y que no volveríamos a encontrarnos nunca. El que nos hayamos vuelto a ver hoy, inesperadamente, es una verdadera dicha.» Han-Yuan dijo: «¿No sabéis, pues, que el demonio estafador trajo contra nosotros a sus dos perversos hermanos, y que luchamos contra ellos sin poder vencerlos, hasta que, afortunadamente, Mi-Lo se los tragó a los tres? Con esto se terminó la lucha y por eso nos retrasamos algunos días. Lo que no sé es si vuestra familia, vuestra hijita, se encuentra algo mejor.» El viejo dijo: «Aquí en el camino no puedo explicároslo en detalle. Venid a mi pobre cabaña y os lo contaré todo.»

Todos los espíritus siguieron al viejo hasta la casa, cubierta de paja, en donde entraron. En la pared de enfrente había un rollo de escritura colgado, en el que los parientes y amigos deseaban suerte y larga vida. Pero los caracteres todos se entendían a medias. Debajo había una mesita, cubierta de papel ya medio desgarrado. En las paredes laterales había unas esteras llenas de trigo y habas negras. Detrás de la puerta estaban los enseres de labrador, arados, rastrillos, horquillas y otras cosas semejantes. Chung-Kuei se sentó en el sitio de honor. Han y Fu tomaron asiento a sus lados. Los demás soldados habían encontrado albergue fuera del pueblo. El viejo se había sentado en el asiento más bajo y hacía compañía a los jefes. Después que estuvieron un rato bebiendo té, Han-Yuan volvió a preguntarle por el estado de su hija. El viejo dijo: «Después que el señor vió a la enferma, ha ido de mal en peor. Pronto estará casi en la agonía. Yo, desgraciado viejo, le he preguntado muchas veces. La muchachita empieza ahora a hablar. Desde hace tiempo la ha seducido un ogro diabólico. Por eso me alegro en extremo, noble señor, de que hayáis venido aquí el día de hoy.» Chung-Kuei dijo: «¿Qué ogro diabólico es ese? Podéis estar seguros de que os libraré de esa desgracia.» El viejo dijo: «Ese demonio es muy peligroso. La muchacha le ha preguntado toda suerte de detalles. Al princi-

pio no quería clarearse; pero últimamente, como se han hecho buenos amigos, ha tenido bastante confianza para decir de dónde viene. Procede de la caverna Sin escrúpulos, que está en la montaña Sinvergüenza. En la caverna reina cierto demonio de la Cara dura, que tiene cuatro discípulos. Uno se llama demonio Sucio. A éste le gusta comer en casa de los otros; pero no quiere convidar a comer a nadie. El otro es el demonio Tacaño. Aunque le maltrataseis o le quemaseis con fuego, no daría voluntariamente ni una moneda. Estos dos son, sin duda, temibles. Luego hay un cierto demonio Tramposo, que se limita a contraer deudas y nada más. Por último, hay el demonio Seductor. Este es el ogro diabólico, que tiene seducida a mi hija. Los cuatro demonios reciben las enseñanzas de «El gran señor de la Cara dura». Con lo cual se hacen aún peores, como tigres a quienes además les naciesen alas. Ahora este demonio seductor tiene seducida de tal modo a mi hija, que en nueve décimas partes está muerta y sólo en una décima parte le queda vida; no pasará mucho tiempo sin que tenga que ir al infierno. Yo, desgraciado viejo, no tengo en la vida más que a esta hija. En el caso de que se muera, ¿en quién podemos confiar mi mujer y yo para que nos acompañe en nuestra última hora?» Al llegar a este punto su corazón se conmovió tanto que no pudo contener de sus ojos una

llovía de lágrimas. Chung-Kuei dijo: «¿Cómo se llama vuestra hija?» El viejo dijo: «Mi hija se llama Chan-Si-Chi. Le dimos este nombre porque su belleza recordaba la famosa de Si-Chi. También se lo dimos porque Si-Chi vivía en el pueblo de Chu-Lo, junto al lago occidental, y había tomado algo de la limpia hermosura del agua. Mi hija ha tomado también algo de la gracia de la montaña. Pues aunque montaña y lago sean dos cosas distintas, armonizan por su hermosura. Por eso le escogimos nombre y la llamamos Chan-Si-Chi. Yo, viejo, he visto el suave encanto de su figura. Además su modo de ser es dulce y tierno, y toda ella es amable y delicada como una perla en la palma de la mano. El día en que el pueblo indigno celebraba la fiesta de los dioses, salió la muchacha de mi casa para presenciar las tres luchas contra Lu-Pu. Allí vió ese demonio que la muchacha tenía cierta parte de belleza en su figura y la embrujó. Al noble señor le pido su salvación y le ruego evite la muerte de la muchacha. Sin duda, para ello nos hemos encontrado.» Dijo y se puso de rodillas. Chung-Kuei dijo: «Decapitar demonios es mi misión. Levántate en seguida y llévame a ver a tu hija. Luego pondremos mano a la obra.»

Cuando hubo oído esto, el viejo se levantó inmediatamente, y guiando a Chung-Kuei entró

en la alcoba de su hija. Chung-Kuei alzó los ojos y vió a la muchacha:

«Sus cejas eran como la luna nueva. Pero ¿cómo podría ser la luna nueva tan delicada y fina? Sus ojos eran como agua de otoño. Pero el agua de otoño no es tan transparente y clara. Su cara era como la flor del ciruelo. Pero ni el color de la flor del ciruelo es tan suave. Era esbelta como un chopo y como el chopo gallarda y flexible. Las cejas puntiagudas estaban contraídas, semejantes a Si-Ze cuando oprime las manos sobre el corazón. Su aspecto era triste y melancólico, como Wang-Chiang cuando marchó al país extranjero. Nacida en un pueblo tosco era como una perla entre detritus. Si hubiera nacido en una sala dorada, hubiera sido más graciosa y linda que miles de damas pintadas.»

Chung-Kuei contempló a la muchacha y en lo hondo de su corazón pensó: «Ya no me maravilla que venga un demonio a embrujarla, siendo tan hermosa.» Y volviéndose a Tung-Feng dijo: «¿Y a qué hora viene el demonio?» El viejo dijo: «No viene hasta tarde, ya bien entrada la noche, y entonces ejerce su mortal seducción.» Chung-Kuei dijo: «Mandad que traigan vino. Nosotros lo beberemos ahí afuera, al lado de la alcoba de vuestra hija, y esperaremos al demonio.»

El viejo salió alborozado a procurarles lo que deseaban. Al poco tiempo volvió trayendo vino

y carne. Chung-Kuei y los dos hombres se pusieron a beber vino. Bebieron hasta muy entrada la noche. Al fin se oyó un fuerte soplo de viento, y empujado por él apareció un espantoso demonio.

Al ver el demonio seductor a Chung-Kuei y a los dos espíritus, hizo ademán de marcharse en seguida. Fu, el jefe de la vanguardia, se adelantó hacia él, con el sable de acero en la mano, dispuesto a abrirle de un tajo la cabeza. El demonio se estremeció al verle, y con la rapidez del rayo se apartó a un lado. En seguida cogió un cinturón de terciopelo rojo, que llevaba en la mano, y lo arrojó al aire diciendo: «¡Pronto! ¡Cógelo!» El cinturón cogió en efecto a Fu y lo ató dando con él en tierra. Chung-Kuei, viendo esto, exclamó colérico: «¡Miserable demonio, juegas un juego peligroso con tus encantamientos para embrujar a la gentel ¡Estoy lleno de furia contra tí!» Dijo y le acometió rápidamente, alzó la espada y le tiró un mandoble. Pero el demonio, que no llevaba armas en ninguna de las dos manos, hizo un esguince de duende y no se le vió más. Chung-Kuei cortó con su valiosa espada el cinturón bordado que tenía sujeto a Fu y levantó a éste del suelo. Al viejo le dijo: «Se me figura que ese demonio no se atreverá a volver.» El viejo dijo: «Hay una cosa que no sabéis. Yo, viejo infeliz, le he insultado y maldecido muchas veces. Desde

que ha recibido las enseñanzas del demonio de la Cara dura, todas las noches las dedica a su infernal oficio. Si no queréis creerlo, aguardad un poco y veréis cómo vuelve.» Dichas estas palabras, y mientras Chung-Kuei se debatía entre la creencia y la duda, el demonio Seductor reapareció llevando en la mano una serpiente muerta, que blandía a guisa de arma. Chung-Kuei salió a su encuentro con la espada. Avanzando y retrocediendo combatieron ambos largo tiempo. Pero no hubo manera de impedir que el demonio acabase por envolver a Chung-Kuei con la serpiente muerta. Al ver esto, Fu acudió a su vez y continuó la pelea. En el momento en que iba a darle un tajo, el demonio hizo su esguince de duende y desapareció. Fu no pudo hacer otra cosa que cortar en pedazos la serpiente muerta y arrojarla al suelo. Acababa de libertar a Chung-Kuei y aún no habían cambiado palabra, cuando vieron al demonio Seductor que volvía hacia ellos. Fu reanudó la pelea; pero infructuosamente. Así estuvieron meses y meses, ejerciendo aquel demonio sus artes diabólicas.

Mientras Chung-Kuei se deshacía rabioso en impaciencia, dijo Han-Yuan: «No debieran haber sido tan vehementes. Se me ha ocurrido un buen ardid. En vez de dejarle que nos eche el lazo, mejor sería que nosotros se lo echásemos a él, con lo que el encanto quedaría roto.» Chung-Kuei

dijo: «Es resbaladizo como aceite. ¿Cómo vamos a echarle el lazo?» Han-Yuan dijo: «No es difícil. Mi plan es éste. La comodidad consiste en ahorrarse trabajo. Él tiene bien cogida a la hija del viejo; pues yo quiero cogerle a él por medio de la muchacha. No temáis. Acabaremos con este demonio.» El viejo, que estaba un poco apartado, oyó estas palabras y dijo en seguida: «En verdad sería un gran beneficio que lograscis apartar de nosotros esta gran calamidad. Pero no sé de qué manera se pueda utilizar a la muchacha para vuestro plan.» Han-Yuan dijo entonces unas palabras al oído del viejo: «Si queréis acabar con esa calamidad, tenéis que hacer esto y lo de más allá.» Al oírlo el viejo, dijo alborozado: «El de más saber es el mariscal. Aunque volviese al mundo Chen-Ping, no sería más sabio que él.»

Dijo y se entró en las habitaciones interiores y se lo contó todo a la madre. La madre, a su vez, lo explicó a la hija. Chan-Si-Chi dijo: «Me da vergüenza. ¿Qué diría la gente? ¡No, no! ¿Cómo voy a hacer una cosa semejante?» La madre dijo: «Hija mía, este demonio hace mucho tiempo que nos deshonra. Se trata de la vida y, ante eso, ¿qué importa la vergüenza?» Chan-Si-Chi se vió obligada a someterse y ceder. Los hombres entonces se escondieron detrás del patio y allí esperaron charlando y bebiendo vino.

A la noche volvió el demonio y se acercó a la

casa. Todo estaba tranquilo, en silencio y no se veía sombra de nadie. Lleno de desconfianza en su corazón, se dijo a sí mismo: «¡Qué raro! Parece que se han marchado todos.» Luego se dió ánimos a sí mismo, entró en la alcoba y preguntó a Chan-Si-Chi: «¿Dónde está vuestro huésped Chung-Kuei, a quien vuestro padre había invitado a venir? ¿Qué prepara contra mí?» Si-Chi respondió: «Mi padre no le ha invitado. Por su propia voluntad vino. Y como no lograran venceros en la lucha, se han marchado todos esta mañana temprano. Hace mucho tiempo que os espero, pero no veníais y causabais mucha pena a vuestra esclava.» El demonio Seductor dijo: «Yo también sufría, pues no puedo vivir separado de ti. Pero como me recibían hostilmente, día tras día, no podía venir. Por fin, hoy volvemos a vernos y para mí no hay dicha mayor.» Y diciendo esto abrazó a Si-Chi y quiso gozarla en seguida. Si-Chi dijo: «Por esta vez calmad vuestra impaciencia. Hermano mío, en prueba de amor, dejad que os ate al cuello este cinturón blanco de seda, que he hecho yo misma. Vuestra esclava tendrá así confianza en vos. ¿No os queréis someter a esta prueba?» El demonio sonrió contentísimo, la besó con ardor y dijo: «¿Qué otra me amaría como tú?» Y diciendo así abrió su vestido y dejó que Si-Chi le atase con el cinturón y tirase con toda su fuerza. El demonio dijo: «¡Calma, calma»

No tan fuerte, que me haces daño.» Si-Chi dijo: «Si no lo ato con fuerza, temo que vuestro amor no sea verdadero.» Dijo y tiró otra vez con toda su fuerza, haciendo un nudo mortal. Cuando estuvo convencida de que el demonio no podía escaparse, llamó a grandes gritos: «¡El demonio Seductor está preso! ¡Padre, padre, venid en seguidal!»

Chung-Kuei y los demás la oyeron, entraron todos juntos y rodearon al demonio. Chung-Kuei alzó la espada y le cortó la cabeza.

Prosigue la narración diciendo que el demonio de la Cara dura vivía en la montaña Sinvergüenza, en la cueva Sin escrúpulos. Tenía a su lado a un consejero muy agudo y apto para cualquier cosa. Por eso se le había puesto de apodo el demonio Astuto. Un día hablaban tranquilamente el demonio de la Cara dura y el demonio Astuto. El demonio de la Cara dura dijo: «Hace muchos días que no hemos visto al demonio Seductor.» El demonio Astuto replicó: «Vale más que no os ocupéis de esos. Desde que se han hecho maestros en sus artes, no piensan más que en sí mismos. ¿Cómo habían de pensar en daros respetuosamente las gracias? Ya veis que el demonio Sucio no viene más que para comer. El Tacaño no da ni el saludo, y el Tramposo no hace más que trampas. El demonio Seductor no deja pasar día sin seducir a alguien. Mejor es que no venga. ¿Para

qué os ocupáis de él?» El demonio de la Cara dura dijo: «Aunque así sea, hay algo que no sabéis. Hoy es seguro que no vienen, y como estoy libre, voy a ponerme mi cara dura y a buscarlos. Que ejerzan sus artes, si quieren; yo estoy dispuesto a sacarles algo. Hoy estoy ocioso y sin asuntos. Os dejo mi representación para que reinéis en la montaña y en la cueva. Me voy en busca del demonio Seductor.» El demonio Astuto dijo: «Haga el señor lo que le parezca más conveniente.»

El demonio de la Cara dura descendió de la montaña y llegó hasta el río de la saliva. Conforme caminaba, vio allá muy lejos un templo en ruinas. Junto a él había un despacho de té y en él una inscripción con cuatro grandes signos, que significaban que beber té hace sociables a los hombres.

Después de contemplar el templo desmantelado, el demonio entró en el despacho de té. Dentro encontró a dos labradores ociosos que bebían té y conversaban. El demonio se sentó también en un banco. Al cabo de un rato apareció un bonzo con tres tazas de té. Uno de los hombres le preguntó al bonzo: «Vuestro despacho de té está al lado de este templo en ruinas. ¿No tenéis miedo de los demonios por la noche?» El bonzo respondió: «¿Cómo no íbamos a temerlos? Lo que hacemos es cerrar la puerta y no pensar en ellos.» El otro dijo: «Ya que habláis de demonios, sabed

que en nuestro pueblo vive el viejo Tung-Feng. Éste tenía una hija hermosísima, y un cierto demonio Seductor la embrujó y se apoderó de ella. Todas las noches entraba en su alcoba. A punto estaba la niña de morirse del embrujamiento. Todos creían imposible que hubiese todavía una estrella salvadora para su vida. Pero en esto, apareció un cierto Chung-Kuei con muchos soldados y capitanes, que ha venido sólo para decapitar malos demonios. Por fin, anoche le cortó la cabeza al demonio Seductor. Decid ahora, ¿esto es extraño o no?» El demonio de la Cara dura, al oír estas palabras, se estremeció y dijo para sí: «No es extraño que no le haya visto en tanto tiempo.» En seguida le preguntó al hombre que había hablado: «¿Es cierto lo que acaba de contar el hermano mayor?» El hombre dijo: «¿Cómo cierto? Si vivo pared por medio del viejo. Lo he visto con mis propios ojos. Ya veis que no os puedo engañar.» Al oír esto, el demonio de la Cara dura se volvió a su casa apresuradamente, como perro perdido o como pez que escapa de una red.

Al verle, el demonio Astuto le preguntó: «Señor, volvéis a la cueva y parecéis irritado. ¿Ha ocurrido algo malo?» El demonio de la Cara dura dijo: «He tenido noticias de una desgracia acerca de la cual tenemos que hablar los dos.» El demonio Astuto dijo: «¿De qué desgracia se trata? Decídmelo señor, con detalle.» El demonio de la Cara dura

contó lo que había oído decir al hombre. Luego, volviéndose al demonio Astuto, dijo: «Decidme ahora, ¿qué os parece que debemos hacer?» El demonio Astuto dijo: «Aunque ese hombre fuera tan temible como dicen, cerraremos la puerta de la cueva, nos quedaremos dentro y no saldremos. Seguramente pasará un día por aquí. Esperemos ese momento, y cuando se vaya, salimos, fruncimos el entrecejo y escupimos de indignación. Los antiguos decían: conoce a los hombres, conócete a ti mismo y cien batallas serán cien victorias. Este es el secreto de la guerra. Que el señor decida si mi consejo es hacedero.» Cuando el demonio de la Cara dura hubo oído todo esto, dijo lleno de cólera: «Aumentáis el temor que inspira ese hombre y matáis vuestra propia decisión. Ahora soy yo quien os aconseja. Lo primero de todo es la expiación, la venganza por la muerte de mi discípulo. En segundo lugar, tenemos que destruir a ese hombre para evitar desgracias en lo futuro. ¿Cómo podéis sentir miedo ante él?» Y, demostrando claramente su desprecio, se metió en la parte trasera de la cueva.

El demonio Astuto había recibido una repulsa dura. Suspirando, se dijo furioso: «En un tiempo me coloqué al servicio de cierto señor llamado el demonio Pasmado. Esperaba que bajo mis indicaciones se realizasen grandes empresas. Pero no me daba cuenta de que con su estupidez mi amo

era inútil para toda acción común. Ahora he venido aquí, fiado en la fuerza del demonio de la Cara dura. Con él podían realizarse grandes hazañas. Pero tampoco me he dado cuenta de que hay hombres que son valientes, pero insensatos. Si se les quita su cara dura, lo demás es inútil. Veo claramente que la desdicha ronda ya los árboles del bosque. Bien dice el adagio: El pájaro prudente se busca una buena rama y un buen árbol y el hombre de Estado se busca buen señor y buen servicio. He oído decir que el demonio Loco es un hombre capaz, astuto y listo. Lo mejor que puedo hacer es ofrecerle mis servicios.» Y dicho esto, reunió sus enseres, hizo su equipaje y en silencio salió de la cueva Sin escrúpulos, bajó la montaña Sinvergüenza y se fué derecho a ofrecerse al demonio Loco. De esto, por de pronto, no se refiere nada más.

Mientras Chung-Kuei bebía vino con sus hombres, se habló de que el maestro del demonio Seductor había sido cierto demonio de la Cara dura. Chung-Kuei dijo: «La justicia exige que le cortemos también la cabeza a ese demonio. Pero no sé dónde vive.» El viejo dijo: «Creo que no esté muy lejos de aquí.» No había acabado de hablar cuando se vió el murciélago emprender el vuelo. Chung-Kuei dijo alegremente: «Mi guía ha partido ya; yo también voy a ponerme en camino en seguida.» Dijo y se despidió del viejo Tung-

Feng, y a la cabeza de los soldados infernales se puso en marcha. A la mitad del camino se encontró con un gran río, que impedía el paso. Chung-Kuei mandó a sus gentes que le trajesen un labrador, para preguntarle. El labrador dijo: «Este río se llama el río de la Saliva. Antiguamente no existía. Pero cuando apareció el demonio de la Cara dura en la caverna Sin escrúpulos de la montaña Sinvergüenza, las gentes, indignadas, empezaron a escupir maldiciones. De esa manera fué reuniéndose tanta saliva, que acabó por formar un gran río. El río es ancho, pero no es profundo. Podéis pasarlo sin temor.» Chung-Kuei se puso muy contento al oír esto y recompensó al labrador. Después que éste se hubo ido, mandó a Fu-Chu que se adelantase a la cabeza de los soldados del infierno. Él les seguía a escasa distancia. En poco tiempo atravesaron el río. No lejos de allí se encontraron ante la montaña Sinvergüenza.

Después que Chung-Kuei contempló el aspecto fosco e imponente de la montaña, comenzó a trepar por ella, rodeó la cueva Sin escrúpulos y ordenó que todos los soldados a una voz lanzasen gritos injuriosos. Un duende entró corriendo a anunciar la noticia al demonio de la Cara dura, que estaba en la parte trasera de la cueva. El demonio dijo colérico: «Está bien. Aniquilaré a ese atrevido.» Se puso un yelmo de cuero y un vesti-

do de piel con una armadura de escamas, y empuñando un sable de dos filos, sin punta, salió corriendo de la cueva. Comenzó a gritar: «¡Se ve que no sabes lo temible que soy! Has matado a mi discípulo y justamente me disponía a tomar venganza de ti. ¿Cómo tienes la osadía de venir a llamar a mi puerta?» Colérico, dijo Chung-Kuei: «El Hijo del Cielo, Tang, me ha honrado con la misión de acabar con vuestros semejantes. ¿Cómo os atrevéis a salirme al encuentro?» Dicho esto blandió la espada y le tiró un tajo. La espada le dió al demonio en plena faz; pero se vió que no le había hecho mella ninguna, ni le había causado la menor herida. Chung-Kuei dijo espantado: «Este demonio tiene una cara muy dura.» El demonio dijo: «No creas que es bravata lo que te digo. Podéis darme tajos o dispararme flechas, que nada me hará el menor daño.» Fu, el jefe de la vanguardia, que oyó esto, dijo: «Señor, haceos atrás y dejadme que dispare mis flechas.» El demonio de la Cara dura dijo: «Hacedlo si queréis. Aquí estoy y aguardo vuestras flechas.» Fu-Chu, lleno de confianza en su habilidad de tirador, que atravesaba una hoja a cien pasos, dispuso el arco. La flecha alcanzó al demonio en la mitad de la cara. Los soldados infernales prorrumpieron en gritos de júbilo, seguros de que la flecha le había matado. No hubieran imaginado que el de la cara dura no se moviera, como si no le hubiese toca-

do la flecha. Furioso, Fu, disparó una segunda vez y también la flecha dió al demonio en la cara. Pero el demonio no se movió tampoco. Frenético, Fu, le lanzó una tras otra varias veces diez flechas. Pero el demonio se quedaba como si no experimentase absolutamente nada. Fu-Chu decía para sí: «Es extraño; yo he oído hablar de un cierto Lei-Wan-Chun, que soportó seis flechas en la cara. Nunca hubiera creído que la cara de este demonio pudiera soportar varias veces diez flechas, sin sentir nada. Verdaderamente no ha existido nunca una cara semejante.»

Chung-Kuei comenzó rabioso a tronar denuestos y se abalanzó sobre el demonio. Ciego de ira daba tajos en la cara del demonio como carnice-ro que parte carne. Pero el único resultado fué que las flechas clavadas en la cara se cayeron. La cara ni siquiera se puso colorada. Chung-Kuei, desconcertado, le preguntó al demonio: «¿De qué manera habéis forrado esa cara, que se ha endurecido hasta ese punto?» El demonio de la Cara dura dijo: «La historia no es breve. Seguramente una cara así no se ha preparado en un momento. Sin embargo, no faltan sobre esto recetas tradicionales. Bien recuerdo que Lou-Chi-Te me enseñó un procedimiento por el cual la saliva se seca sola en la cara. Pero creo que con este procedimiento sólo se consigue hacer más gruesa la piel. Por eso me hice una cara de hierro, cubierta

de paño por fuera y barnizada con laca diez veces. Y temiendo que no fuera bastante resistente todavía, la he forrado de cuero con corteza de abedul partida en diez pedazos. Así he conseguido que mi cara aguante tajos y flechas. En una ocasión me encontraba falto de lo necesario. Cogí la cara y la empeñé en una casa de préstamos. Me dieron unos miles de monedas de cobre. Pero cuando fui a sacar mi cara me encontré con que se habían empeñado otras muchas y que de momento no se sabía cuál era la mía. Fruncí el ceño y se me ocurrió una idea. Dije: Coged las caras y tiradlas con fuerza al suelo. La que no se rompa es la mía. El hombre cogió las caras y las tiró sobre la piedra. Al caer se rompían muchas. Sólo la mía no sufrió nada.» Al oír esto, Chung-Kuei le dijo a Fu-Chu: «Si es así, ¿qué podemos hacer? No me queda más recurso que retirarme vencido de la lucha.» El demonio se volvió vencedor a su cueva.

Vuelto al campamento, Chung-Kuei mandó fijar una tablilla anunciando una tregua. Luego celebró varios consejos con sus dos espíritus. A Fu-Chu, que era hombre de guerra, no se le ocurría nada. Han-Yuan caviló un momento y dijo: «La cosa no es difícil. Ese demonio sólo confía en su cara, porque no tiene conciencia. Sé dónde vive el señor Chin-Kuang. Éste tiene un valioso espejo, llamado el espejo de la Conciencia. Por dura que

tengan la piel duendes y ogros, al ser iluminada por ese espejo, adquiere su ser natural y la conciencia sale al exterior. Pero un hombre con conciencia se avergüenza y la cara dura se le ablanda. Si consigo que me presten ese espejo, podremos prender en seguida al demonio de la Cara dura.»

Al oír esto, Chung-Kuei mandó en seguida a Fu-Chu que fuese en busca del espejo. En cumplimiento de esta orden, Fu llegó a la morada del señor Chin-Kuang. Cuando se vió en presencia de éste, le contó detalladamente lo difícil que era herir al demonio de la Cara dura, y que el objeto único de su venida era pedirle prestado el espejo de la Conciencia. El señor Chin-Kuang ordenó en seguida al Pan-Kuan que le entregase el espejo a Fu-Chu. Fu llegó a la presencia de Chung-Kuei llevando el espejo en sus dos manos.

Chung-Kuei, muy satisfecho, ordenó que quitasen la tablilla de la tregua. Al saber esto, el demonio volvió a ponerse la cara dura, salió y retó a Chung-Kuei a combate. Al aparecer Chung-Kuei, el demonio de la cara dura gritó: «Hoy os atrevéis a presentarme batalla. Sin duda tenéis alguna idea original, ¿no es cierto?» Chung-Kuei no respondió palabra, sino que sacó la espada y empezó a dar mandobles. El demonio blandió el sable y salió a su encuentro. Entretanto, sin que el demonio se apercibiera, Fu-Chu

sacó el espejo de la Conciencia y le iluminó la cara. La conciencia brotó en seguida. La piel de la cara se ablandó de pronto y Chung-Kuei la traspasó con su espada. El demonio no pudo continuar el combate y, vencido, se retiró a su cueva. Un duendecillo lo vió llegar abatido. Espantado y desconcertado, dijo apresuradamente: «Ahora no quedan más que dos caminos. Buscar al demonio Sucio o al demonio Tacaño. El señor debe decidirse en seguida.» El demonio de la Cara dura dijo, suspirando: «Después que me han destrozado la cara, ¿qué me importa hacer o no hacer?» Sacó su espada, se cortó el cuello y murió.

Cierto es lo que dicen:

«Que si alguien consiguiera hacer visible la conciencia,
»Más valiera realmente no tenerla que tenerla.»

El que quiera saber lo que pasó después, oíga la narración siguiente.

CUARTA NARRACIÓN

POR QUÉ EL DEMONIO SUCIO SE AVINO A BUSCAR A UN
HOMBRE DE GRAN CAPACIDAD. DE CÓMO EL TACAÑO SE
ENEMISTÓ CON AMBAS PARTES

Ya se ha contado de qué manera el demonio de la Cara dura se cortó el cuello y murió. Los duendes que estaban a su servicio se quedaron sin señor. Consultá onse unos a otros y se dijeron: «¿Adónde vamos ahora?» Uno de ellos contestó: «Yo repito lo que ahora mismo estaba diciendo: si no vamos a la casa del demonio Sucio, vamos a casa del demonio Avaro.» Otro dijo: «La casa del demonio Avaro está lejos. Mejor será que vayamos a la del demonio Sucio.» Y toda la compañía abandonó la cueva. Caminando dejaron atrás la montaña. Cuando llegaron a la puerta principal del demonio Sucio iban muy cansados. Los duendes llamaron y salió un diablillo que les preguntó: «¿A qué venís? Nuestro señor está enfermo y no puede recibir visita.» Los duendes

dijeron: «¿Qué enfermedad tiene tu señor? Ese es un pretexto.» El diablillo dijo: «¿Por qué decís eso? La enfermedad de mi señor es que tiene viento en el cerebro. Está tomando medicinas, pero no le sirven de nada. ¿Como podría yo sin mucho trabajo engañaros con mis palabras?» Los duendes dijeron: «Si fuese otra enfermedad, no sabríamos de ningún remedio. Pero para el viento en el cerebro conocemos un medicamento.» El diablillo dijo: «¿Qué medicamento es ese? ¿No podéis decirnoslo?» Los duendes dijeron: «Nuestro señor tuvo también hace tiempo ese mal. En vista de que no se curaba, consultó con un encantador. El encantador mandó que tocasen el tambor de los espíritus. Al cabo de un rato invitó al famoso capitán de bandidos Lin Tao-Chi a que viniera. Éste le dió con un bastón a nuestro señor veinticuatro golpes en la cabeza, y el encantador hizo después encender fuego. Al poco tiempo se puso bueno.» El diablillo preguntó: «¿Y en qué se funda eso?» Los duendes dijeron: «¿No lo sabes? En el refrán: «El ladrón ha golpeado, el fuego se ha encendido.» El diablillo dijo: «Creí que hablabais en serio, y ahora resulta que son bromas de diablos. ¿Por qué habéis venido y por qué queréis ver al señor de esta casa?» Los duendes dijeron: «Ahora te diremos la verdad. No se sabe de dónde ha venido un tal Chung-Kuei, que trae consigo a un mariscal y a un jefe de vanguardia

y un séquito de muchos cientos de soldados del infierno, sólo para acabar con los malos duendes y diablos. Ayer acabó con el gran señor de nuestra casa. Nosotros hemos salido huyendo del peligro y nos hemos venido aquí. Venimos primeramente para comunicarle la noticia a tu señor y luego porque esperamos que sabrá inventar algo para echar de la comarca a los soldados.» Oyendo esto, el diablillo salió corriendo todo asustado a dar la noticia a su amo.

En aquel momento, el demonio Sucio cavilaba acerca de cómo podría apoderarse de los bienes de una familia. El diablillo llegó ante su señor y, de un tirón, le explicó todo lo que le habían dicho los duendes. Cuando terminó de hablar, el demonio Sucio dijo, espantado: «Pronto, llámales para preguntarles de qué manera Chung-Kuei acabó con el gran señor de la cara dura.» El diablillo mandó entrar a los duendes. Éstos contaron con todo detalle la aparición del espejo de la Conciencia y cómo le habían dado el golpe de gracia a su señor. Luego añadieron que actualmente se encontraban sin señor y que habían venido para ofrecerle sus servicios. El demonio Sucio ordenó que les preparasen arroz, cerveza y legumbres. Dada la orden, se le vió pasear arriba y abajo preocupado. Luego dijo: «Tengo que hablar del asunto con el demonio Tacaño. Todo se arreglará.» Luego siguió cavilando: «Si le envío re-

cado de que venga, no podré por menos de gastar. Es mejor que vaya yo. Yendo yo tendrá que convidarme.» Decidido al fin, emprendió el camino.

El demonio Tacaño era avaro y tacaño desde su nacimiento. Amaba la mayor sencillez y sobriedad. En aquel momento estaba en casa mirando las cosas preciosas que había atesorado. Al oír que un hombre llamaba a la puerta, salió y viendo al demonio Sucio dijo: «Gran hermano mío, ¿qué intención te trae?» El demonio Sucio dijo: «Si no me obligase un asunto, no vendría a tu respetable palacio. Hay una cosa importante, de la que tengo que hablarte, y vengo para que la tratemos juntos. Ha aparecido un cierto Chung-Kuei, que ya ha matado al gran señor de la cara dura. No tardará mucho en venir por aquí a buscarnos a nosotros dos. Creo que lo menos que podemos perder es la vida. Pero suponte que los soldados del infierno, que ese hombre manda, nos saquean. ¡Oh dolor! ¿Qué sería de todo lo que hemos acumulado en esta vida? ¿No vale la pena de que tratemos del caso?» El demonio Tacaño dijo: «Tienes razón. Y lo mejor sería que fundiésemos toda la plata que poseemos, que hiciésemos un ataúd con ella y que nos metiésemos dentro. ¿No sería lo más agradable?» El demonio Sucio dijo: «Eso no está bien. El par de *lot* de plata, que poseemos, pertenecen en realidad a nuestros hijos y nietos. Tú y yo no hacemos otra

cosa que cuidarlos y vigilarlos para ellos. Si tú y yo acabásemos de esa manera, ¿cómo iban a pasar su vida nuestros hijos y nietos?» El demonio Tacaño dijo: «También yo lo había pensado. Pero dime, ¿cómo encontraríamos un buen plan de campaña?» Los dos demonios se pusieron a cavilar, pero no daban con el remedio. Así pasaron cavilando media noche. El demonio Sucio sentía tal hambre que su vientre no podía ya apenas soportarla. Al fin tuvo que decirle al demonio Tacaño: «Tenemos hambre. Si no hay nada en casa, podemos coger un perro que he traído conmigo y matarlo. Convido a mi hermano mayor.» El demonio Tacaño dijo: «De modo que el hermano mayor no ha comido. Nuestra comida se ha terminado, pero no importa. De ayer han quedado dos pasteles y medio de ciervo y una escudilla de coles con huevo. Si no te parece mal, podrías entretener el hambre con ello.» El demonio Sucio dijo: «Está bien, está bien.»

Pronto trajeron la comida anunciada y la pusieron sobre la mesa. El demonio Tacaño le hizo compañía al Sucio y se comió uno de los pasteles. El vientre del Sucio no recibió más que pastel y medio. Pero encima de la mesa había esparcidos muchos granos de sésamo. El demonio Sucio deseaba comérselos; pero temía que el Tacaño se riese de él. Frunció el entrecejo pensativo, hasta que se le ocurrió una idea. De pronto rompió a

hablar y dijo: «Creo que Chung-Kuei vendrá hasta aquí de la montaña del Milagro. Después que haya pasado el monte de la Roña, llegará al río de las Desgarraduras. Después llegará al pueblo Indigno.» Mientras iba hablando, trazaba el camino sobre la mesa y dejaba que se pegasen a su dedo algunos granos de sésamo. Con el pretexto de mojar los dedos, se los comía. Luego volvía a pintar sobre la mesa y después a comer. En un instante se los hubo tragado todos. Únicamente en una juntura de la mesa habían quedado algunos granos, que no querían salir. El demonio Sucio caviló un nuevo plan para hacerse con ellos. Dió un puñetazo sobre la mesa y dijo furioso: «Pero no le daremos importancia. Cuando venga a prendernos, seré yo quien le prenda a él. ¡Juro que no le dejaré vivir tranquilo!» Y al decir esto, cogió la mesa, la levantó un poco y la dejó caer de golpe. A consecuencia de esta maniobra, los granos de sésamo saltaron de la juntura. El Sucio los cogió con la mano y se los comió. Sólo entonces dió por terminada su comida. Entretanto el demonio Tacaño se sentía dolido en su corazón. ¿Sabéis por qué? Había visto los granos de sésamo esparcidos sobre la mesa, que después de todo pertenecían al dueño de la casa. No esperaba que el otro se los comiese con esa astucia. Por eso su corazón estaba dolido. El demonio Sucio notó que así era y en su interior lo com-

prendía muy bien. A poco se despidió y se fué.

El demonio Tacaño estuvo un rato preocupado hasta que se calmó su irritación y pensó: «Dice que ha venido para celebrar consejo conmigo. A lo que ha venido es a pedir y molestar. Pero ya iré yo mañana a celebrar consejo en su casa y entonces no tendrá más remedio que devolverme el convite de hoy.» Hecho este propósito, no cenó aquella noche. A la mañana siguiente salió al campo y tomó el camino de la casa del demonio Sucio.

Llegado a la puerta principal, llamó y aguardó a que abrieran. Al rato vió al demonio Sucio que acechaba por entre las hojas entreabiertas. El Tacaño dijo: «No hace falta que aceches disimuladamente. Yo soy quien ha venido.» El demonio Sucio abrió la puerta y dijo: «¡Sí, es mi hermano! Y yo creía que era algún mendigo, uno de esos que comen arroz crudo.» El Tacaño dijo: «Tu hermano no come nunca arroz crudo.» Al oírle decir: «no come nunca arroz crudo», el Sucio dijo, levantando la voz con intención: «¿No comes nunca arroz crudo? Eso quiere decir que mi hermano ha comido ya arroz cocido.» Y, en seguida, le dijo a su criado: «Tu segundo señor ha comido ya. Por consiguiente no necesitas preparar comida ni disponer la mesa. Procura que nos traigan pronto té.» El demonio Tacaño se asustó y dijo: «Esta vez me ha engañado también.» No bebió más que

dos tazas de té claro. Luego dijo: «Hermano mayor, el asunto de Chung-Kuei, de que hablamos ayer, tenemos que tratarlo los dos juntos con el demonio Tramposo. Ése seguramente encontrará algún ardid.» El demonio Sucio dijo: «No me hables de él. El año pasado le presté tres *ton*, tres *cheng* y un *ko* de trigo. Le pedí varias veces que me los devolviera. Me devolvió los tres *ton* y los tres *cheng*, pero le faltaba el *ko*, y hasta ahora no me lo ha devuelto. Por consideración a nuestra amistad, no se lo tomo en cuenta. Pero dime si no es un hombre sin conciencia.» El demonio Avaro dijo: «No se le puede tener en mucho. Hace tiempo que le he prestado dos *tien*, tres *fen*, cuatro *li* y cinco *hao* de plata. Finalmente se ha quedado con los cinco *hao*. No me ha dejado más que un pagaré que tengo en mi poder. Pero ¿cómo voy a apurarlo por eso? Seamos generosos con él y dejemos a un lado esas cosas; así podremos tratar en consejo la manera de conseguir que se marchen los soldados.» El demonio Sucio dijo: «Lo que has dicho es acertado.»

Los dos demonios, puestos de acuerdo, salieron de la casa. Después de haber caminado largo tiempo, llegaron a casa del demonio Tramposo. Ante la puerta principal vieron un gran tropel de gentes, que preguntaban por el demonio Tramposo, queriendo cobrar sus deudas. El Tramposo, en su apuro, había hecho colgar en la puerta un letrero,

en el que decía: mañana se pagará con toda seguridad. Al ver la gente el letrero, rompió a gritar más desafortadamente todavía. El demonio Sucio dijo: «Mañana os pagará con toda seguridad; ¿a qué viene entonces ese griterío y ese estrépito?» Las gentes dijeron: «Su mañana es un mañana vivo; los plazos que él da no mueren nunca. Su mañana no es un mañana determinado. Por eso difícilmente podemos fiarnos de él.» El demonio Avaro dijo: «Pero mañana es un día, sin duda ninguna. ¿Para qué habláis de vida y de muerte?» Las gentes dijeron: «Esa diferencia tiene su fundamento. Cuando se trata de un hombre en quien se puede tener confianza, la mayoría de las veces el mañana de que habla es un mañana determinado. Pero con un hombre como éste ese mañana no muere nunca, está siempre vivo.» El demonio Sucio dijo: «Así es. Pero, de todos modos, ¿qué adelantáis con pedir en este momento que os pague vuestras deudas? Idos y esperad hasta mañana para ver si es un mañana vivo o muerto. ¿Qué os parece?» Las gentes no supieron replicar a estas razones. Tuvieron, pues, que asentir y se marcharon.

Cuando los dos demonios se vieron en presencia del demonio Tramposo, le encontraron trabajando en un muro. Los dos demonios le dijeron: «Ahí afuera hay mucha gente que quiere que les pagues lo que les debes. Te lanzan injurias a por-

ría. ¿Para qué quieres levantar un muro?» El demonio Tramposo dijo: «Estimados amigos, hay algo que vosotros no sabéis. Estoy derribando el muro oriental para arreglar el muro occidental. ¿Qué asunto os trae aquí?» El demonio Sucio dijo: «Venimos a verte, con motivo de un asunto muy importante. Hemos venido personalmente para oír tu parecer sobre esto.» Y explicó de qué se trataba. «Ahora, dinos, ¿cómo vamos a resolver esto bien?» El demonio Tramposo dijo: «Creí que iba a ser algo más importante. Si no es más que eso, no veo la dificultad. Basta con que le escribamos una carta para asustarle y se irá, sin aguardar más tiempo. Los dos demonios dijeron: «¿Una carta? Bien, pero ¿qué decimos en ella? Esperamos que nos des una idea.» El demonio Tramposo dijo: «¿No lo sabéis? En una ocasión el Hijo del Cielo quería que se le sometiese un pueblo extranjero. El Hijo del Cielo mandó llamar al gran poeta Li-Ching-Lien. Li-Ching-Lien bebió hasta que se puso muy borracho. El Hijo del Cielo, con su propia mano, le sirvió la bebida y mandó a la emperatriz que le diera los útiles de escribir. El gran eunuco Kao le quitó las botas. Fortalecido así Li-Ching-Lien, lleno de ímpetu, se puso a escribir una carta para amedrentar a los bárbaros. La carta fué tal que los bárbaros se asustaron. Así, pues, basta con que escribamos una carta para asustarle. Luego se

marchará por sí sólo. ¿Qué cuidado os puede dar eso?» Había hablado de un tirón. Sus razones parecían cada vez más convincentes. Los dos demonios, entusiasmados, se pusieron a dar brincos de alegría y dijeron: «¡Bien, muy bien! Pero ¿dónde está la carta? No tenemos a nadie que sea capaz de escribirla. ¿Cómo vamos a arreglarnos?» El demonio Tramposo dijo: «Eso no es difícil. Yo tengo un templo llamado de las Ocho Antorchas. En el templo hay un maestro de escuela muy entendido en cosas de escribir. Hace poesías, memorias y cantos. Especialmente en las poesías no tiene par. En el examen de Estado le tocó el tema: viento, flor, nieve, luna, una estrofa para cada una, en cuartetos. Cogió el pincel y, sin extraer de su magín pensamientos rebuscados, despachó en un momento. Recuerdo todavía las composiciones, y voy a decírselas a mis hermanos mayores. Escuchad:

Esta es la estrofa dedicada al viento:

Un muro lanzado al aire choca contra el cielo.

Vuelan nubes de arena amarilla.

Hasta las piedras que sujetan los tejados y pesan mil libras

Son lanzadas por el viento al vacío del cielo. La casa se derrumba

Esta es la estrofa dedicada a la flor:

Apenas se marchita una, florece otra.

¿Quién cuida del huerto con sus tijeras?

El jardinero sabe antes dónde van a brotar flores.
Si no, ¿cómo iban a brotar tantas?

Esta es la estrofa dedicada a la nieve:

Más ligera que el plumón del álamo, más ágil que la lanzadera,
Buena es para recibirla en la cabeza y que nos llene la cara.
Creo que el emperador de la nefrita tiene invitados
Y que en la cocina se despluman gansos toda la noche.

Esta es la estrofa dedicada a la luna:

Precioso espejo bien bruñido, sin velo ni gasa.
La señora luna sabe arreglar admirablemente su casa.
Y como siente compasión del mundo, que tiene poco aceite en la
La cuelga todas las noches en lo alto. No la temáis. [lámpara,

Después de oídos estos versos, dijo el demonio
Sucio: «Es muy hermoso. Pero las tres palabras:
No la temáis, me parecen algo incomprensibles.»
El demonio Tramposo dijo: «¿No lo entendéis?
Pues es el pasaje más profundo de todos. Generalmente los ladrones roban en la oscuridad y no a la luz de la luna. Lo que más temen es el resplandor de la luna. En cambio, la luna no les teme a ellos. Cuando sale, sale intencionadamente para alumbrar. ¿Verdad que las tres palabras, no la temáis, revelan un sentido maravilloso de la expresión escrita? Al ver los examinadores esta frase, admiraron la audacia de la expresión. Uno de ellos dijo: «Cuando las alas se le hayan des-

arrollado, romperá el muro y saldrá volando.» Finalmente, cogió el trabajo y trazó en él muchas rayas rojas, para señalar los pasajes más acertados y, por si no bastasen, muchas cruces. Después el trabajo pasó al presidente del tribunal examinador para su calificación definitiva. Contra lo que era de esperar, el presidente carecía de conocimientos bastantes y opinó que las tres palabras: no la temáis, no eran un giro clásico. Por eso las desaprobó. Entonces él, lleno de indignación, escribió una nueva poesía para desahogar su corazón. Más rica de sentido, de más gusto, más profunda todavía. El hermano menor la sabe de memoria y os la va a decir. Escuchad, hermanos míos.» Y recitó de este modo:

«Escaso el dinero para negocios y empleos, soporto el estudio.

Si no es carne ni seda, no puede pasar el señor.

En mi miseria mis ojos contemplan el pájaro y la ostra.

El hombre de gran capacidad oye el estrépito del estanque con los
[oídos tapados.

Habla de poesía y su boca está sedienta, Liang desea miel.

Hace versos, su corazón desfallece, Kung piensa en jengibre.

El día en que llegue a encontrar un Po-Lo,

Se oirá una voz, que les grite a los hombres: ¡Temblad!»

Los demonios no entendieron una palabra. Y dijeron: «Le rogamos al hermano mayor que nos lo explique y aclare.» El demonio Tramposo dijo: «Es muy sencillo. Escaso el dinero para negocios

y empleos, soporto el estudio, quiere decir: quería dedicarme a los negocios y no tenía dinero, quería un empleo y no tengo para la fianza, así es que no tengo más remedio que conformarme y dedicarme al estudio. El verso siguiente se refiere a la desaprobación del presidente del tribunal. Dice así: no es carne, tampoco es seda y aquí hay un Presidente de Tribunal que no sabe su oficio, que no sabe apreciar el talento. Ahora viene el otro verso; ha visto que otros aprueban el examen y él no y por eso dice: aunque mi vida es miserable, os considero como el pájaro y la ostra, esforzándose el primero en abrir la segunda. ¿Hasta cuándo? Hasta que no se haya alcanzado el grado superior, no hay otra ocupación posible; hay que ser maestro de escuela. Los alumnos que empiezan a repetir el libro de memoria son como ranas que croan. Una vieja poesía dice: la hierba verde alrededor del estanque está llena de ranas. De aquí que diga: viviendo míseramente veo a los pájaros y a las ostras. El hombre de talento oye el estanque.—Pasemos al siguiente verso. Trata de la suerte amarga de este maestro de escuela. Cada vez que quiere hablar de poesía o decir versos se le seca la boca y le desfallece el corazón. Así Liang-Wu-Ta, sitiado en la ciudad de Tai, pedía hidromiel para saciar su sed. Por eso dice: Liang anhela miel. Los «Coloquios» dicen que no terminaba una comida sin jengibre.

Por eso dice: «Kung piensa en jengibre.» Fijáos bien cómo todo concuerda. Finalmente el verso último es maravilloso. Siempre los caballos han encontrado su Po-Lo, gran experto en caballos. Así, quien encuentre un Presidente de Tribunal entendido, en vez de ser como ahora objeto de mofa, infundirá a las gentes respeto y temor.

¿Hay una sola palabra superflua en todo el discurso? Pero, además, las expresiones son justas e ingeniosas. Se considera a sí mismo como un hombre extraordinario y su talento es extraordinario realmente. Mas a quien cultiva la virtud suele denostársele y a quien ha llegado a alcanzar grandes conocimientos suele derribársele. Así se explica que los hombres le hayan puesto un apodo injusto. Le llaman demonio Oscuro. Y decidme: un hombre de tanto talento, ¿cómo no ha de ver claro? El demonio Tacaño dijo: «Indudablemente es un hombre de gran claridad. ¿Cómo no había de llamarle el hermano mayor para que redactase el escrito?» El demonio Tramposo dijo: «En vano poseéis esos pocos dineros y joyas. Vuestra sabiduría no es muy grande. Tened en cuenta que antaño Cheng-Tang buscó a I-Yin, Wen-Wang buscó a Tai-Kong, Yuan-Te buscó a Kong-Ming, a pesar de que eran emperadores y príncipes y tenían que rebajarse mucho para visitarlos. Y si vosotros y yo somos hijos de gente modesta, ¿cómo vamos a estar capacitados para hacer que ese sa-

bio venga a nosotros? Meng-Se dice: el que desea ver a un hombre de talento y no sigue el camino apropiado para ello, es como si quisiera verle entrar y, al mismo tiempo, le cerrase la puerta. Por eso tenemos que pedirle que redacte el escrito. Tenemos que seguir las enseñanzas de la historia antigua y visitar tres veces la cabaña cubierta de paja, ir en persona y pedirle respetuosamente que se digne aleccionarnos.» Los dos demonios dijeron: «Hermano mayor, estás en lo cierto. Si te parece bien, pongámonos en marcha.» Dijeron, pues, y los tres demonios salieron juntos.

Pasadas algunas revueltas del camino se encontraron ante el Templo de las ocho antorchas. Los tres demonios llamaron suavemente a la puerta, y a poco salió un niño pequeño. Les preguntó de dónde venían y corrió en seguida a anunciarlos. Al cabo de un momento, volvió rogándoles que entrasen. Los tres demonios entraron respetuosamente, con aire modesto y sumiso. Vieron, ante sí, a dos respetables señores. Los tres demonios dijeron al mismo tiempo, dirigiéndose con un leve saludo al demonio Atrevido: «¿Cuál es el nombre de este honorable señor?» El demonio Oscuro dijo: «Éste es el presidente de la indigna asociación, mi hermano mayor, el demonio Atrevido.» Los tres demonios le saludaron. Después saludaron también al demonio Oscuro y dijeron: «Los hermanos menores tienen, desde hace tiempo, los

ojos puestos en vuestra alta virtud; pero no se atrevían a presentarse. Ver hoy vuestro rostro es satisfacción suficiente para un deseo de toda la vida.» El demonio Oscuro les rogó que se sentasen, y tras esta formalidad dió la siguiente contestación: «El escolar de esta cabaña, como estudiante de escaso saber y atrasado en la ciencia, se siente dichoso de recibir hoy el favor de la visita de tan altos señores. En adelante lucirá esta modesta cabaña como iluminada.» Al momento vino un niño, que trajo té. Luego que los tres demonios bebieron el té, alzaron las cabezas y contemplaron el templo. La estancia en que se hallaban, que era la sala de estudio, estaba limpia y bien acondicionada.

El demonio Oscuro dijo: «Los tres grandes hermanos han venido hasta aquí. ¿Qué órdenes tienen que darme?» Los tres demonios dijeron: «Si no se tratase de algo importante, no hubiéramos venido a la ligera. Hay una calamidad que amenaza nuestras vidas. Venimos a oír vuestros consejos.» Y a continuación contaron con todos sus detalles el asunto de Chung-Kuei. Por último pidieron un escrito, cuya finalidad expusieron claramente. El demonio Oscuro dijo: «El escolar ignorante, en su soledad y apartamiento, teme no poder responder a vuestro encargo. Mejor sería que buscaseis un espíritu más claro que yo.» A esto el demonio Atrevido dijo colérico: «¿Y de

dónde le viene tanta osadía a Chung-Kuei? ¿No sabe lo considerados que somos entre los sabios? ¿Cómo se atreve a concitar sobre sí tantos peligros? Hermanos mayores, tenéis que escribirle esa carta en el estilo de los funcionarios y decirle algo que le haga saber que somos gente ilustrada, de gran capacidad y ciencia. Como es natural, no se atreverá a mirarnos a la cara. Pero si no se retira, le demandaremos en común.» El demonio Oscuro dijo: «Si así es, este escolar indigno le hará salir la sangre del corazón. Os ruego que os sentéis un ratito, hasta que encuentre la manera de acabar con él.» A este ruego, se sentaron todos los demonios. El demonio Oscuro cogió el pincel. Volvió la cabeza y estuvo cavilando durante unas cinco o seis horas. Luego se puso a escribir y acabó el documento. Al ver los demonios que por fin había terminado el escrito, le rodearon con ansiedad mirándolo. Véase lo que había escrito:

«Los compañeros y escolares, el demonio Sucio y sus amigos, inclinan la cabeza y tienen el honor de escribir:

A Chung, el gran señor y general, cabe su bandera:

Por cuanto se sabe de cómo los Soberanos antiguos han regido el mundo, cada uno de ellos se consideraba como príncipe del Imperio y al pueblo como a sus hijos. Entre ellos no había lucha

alguna, sino tregua de armas. El señor mismo no sabe, sin duda, en virtud de qué propósito viene a cogernos y matarnos en último extremo. Hablando de la decapitación, enseña Meng-Se que la gracia de un noble actúa hasta el quinto miembro; y luego la decapitación. La gracia de un hombre sencillo actúa hasta el tercer miembro; luego la decapitación. Mas como nosotros no somos nobles ni hombres sencillos, es evidente que no podemos ser decapitados. El señor desea empero decapitarnos a todo trance. Señor, si a todo trance queréis decapitarnos, ¿por qué nosotros no hemos de defender nuestra vida? Si consideraseis esta ocasión favorable y procedieseis en su vista, esto es, si hablaseis de esta manera a los soldados infernales: lo que desean todos estos demonios es mi cabeza y me retiro... ¿no sería eso lo más razonable? Mas si esto no acontece, excitaréis terriblemente nuestra cólera. Reuniremos nuestras fuerzas, saldrán a relucir los arcos y las flechas, se alinearán los escudos y las lanzas, en los combates del campo habrá terribles matanzas de hombres, en las batallas de las ciudades sucumbirán urbes llenas de gentes. ¿Qué puede hacer el señor contra nosotros? Todos esperamos que meditéis y consideréis lo dicho, para que no os sobrevenga más tarde remordimiento. Y con esto, ahorramos las demás consideraciones.»

Cuando el demonio Oscuro terminó de leer el

escrito, los demás dijeron muy contentos: «El señor tiene mucho talento; es avisado en la paz y resuelto en la lucha. Cuando lo haya leído, seguramente guardará la coraza y hará bajar las lanzas.» El demonio Atrevido dijo: «Los giros de la carta son muy hermosos; pero tendré que ir yo mismo a hablarle, de tal manera, que su corazón se hunda en el suelo. Otra vez no se atreverá a menospreciarnos.» El contento de los demonios aumentó. Pero tuvieron que reunir dinero y mandar traer vino, para celebrar la fiesta de despedida al demonio Atrevido. Entretanto, se copió en limpio el borrador del escrito. Cuando el demonio Atrevido hubo bebido el vino, cogió la carta, se despidió de todos los demonios y se puso en camino con ánimo levantado.

Prosigue la narración refiriendo cómo después que Chung-Kuei hubo aniquilado al demonio de la Cara dura, decidió primeramente que los soldados continuasen avanzando. Pero era a mediados del quinto mes y el tiempo estaba muy caluroso. Sólo entre montañas podía escaparse al ardor del verano. Un día, Chung-Kuei contemplaba el florecer de los granados, con los dos espíritus, cuando un soldado dijo: «Ahí afuera hay un sabio que quiere veros.» Chung-Kuei dijo: «Dile que entre.» A poco entró el demonio Atrevido, pisando recio. En el umbral se detuvo e hizo una reverencia muy profunda. Pero en



Preguntó: —¿Qué asuntos os traen?

manera alguna inclinó la rodilla. Chung-Kuei, sólo a medias pudo contener su rabia. Preguntó: «¿Qué asuntos os traen?» El demonio Atrevido dijo: «Siempre se ha dicho que la gente de guerra es de suyo peligrosa. La lucha es un asunto grave, por lo cual el soberano razonable sólo en caso de necesidad debe recurrir a ella. He aquí que el señor ha llegado a esta comarca. Pero no hemos oído decir que se vea en la necesidad de prender a todos los demonios, castigarlos y decapitarlos. Si el señor supremo tuviera conocimiento de ello, ¿cómo iba a perdonároslo? Yo no he podido contemplar tranquilo, por más tiempo, la cosa, y he encargado a un amigo indigno que escriba una carta, que yo mismo tengo la honra de traeros. En el caso de que persistáis en vuestros propósitos, os demandaremos en común ante el Juzgado, cosa que no podéis eludir.» Estas palabras llenaron de cólera a Chung-Kuei. Leyó la carta, que le pareció totalmente descortés. Dió un gran grito, alzó la mano, dejó caer la espada y le dió un tajo al demonio Atrevido en el punto donde la espalda se une al cerebro. Le abrió en dos pedazos. Luego ordenó a los soldados infernales que se pusieran en marcha en busca del demonio Sucio.

Al poco tiempo oyeron un gran estrépito de voces, una riña descompasada y confusa y vieron una muchedumbre de soldados y caballos que

peleaban unos con otros. Preguntaréis: «¿Quiénes eran?»—Había ocurrido que el demonio Sucio y el demonio Tacaño no habían podido ponerse de acuerdo sobre su contribución para la comida de despedida al demonio Atrevido. El demonio Sucio no había pagado su parte entera, y además había dado dos monedas falsas. Colérico, el demonio Tacaño había lanzado a los soldados de su casa contra el séquito del demonio Sucio. Chung-Kuei quería intervenir inmediatamente, pero el mariscal Han dijo: «¡Noble y alto señor! Dejad primero que se aplaque la cólera. Suele decirse: cuando dos demonios combaten, seguramente sale uno herido. Esperemos a que esto ocurra. Siempre será más fácil castigar a uno solo.» Al oír esto, Chung-Kuei ordenó que sus soldados se atrincherasen provisionalmente en un campamento.

Entretanto combatían encarnizadamente los dos demonios, cuando de pronto se oyeron grandes voces y los soldados de las dos casas se separaron unos de otros, diseminándose por el campo. Preguntáis: ¿por qué? La causa era que el demonio Sucio y el demonio Tacaño no pagaban enteros los sueldos a sus tropas. Todos los demonios los odiaban fieramente. Vieron, además, que Chung-Kuei se atrincheraba en su campamento y pensaron: «Ciertamente, nuestra conducta es meritoria. Pero no sólo no obtendremos recom-

pensa, sino que, además, tendremos que combatir con Chung-Kuei.» Ésta fué la causa de que se dispersasen. Al ver cómo sus soldados se dispersaban, los dos demonios se pusieron más furiosos todavía. Asieron las espadas con rabia y la lucha entre ellos se hizo más encarnizada. Pelearon largo tiempo. Los dos salieron gravemente heridos. Los hijos de ambas casas se adelantaron para salvarlos. Vuelto a su casa, el demonio Suncio sentía insoportables dolores. Calculaba que no podría vivir y temía que, al morir, su hijo tuviera que comprar el ataúd. Por eso, por la noche salió al campo, se metió en la fosa y murió.

El demonio Tacaño calculaba también que había de morir y ordenó a su hijo: «Vuestro padre se ha afanado por ganar y atesorar. Con el patrimonio que os dejo, podréis vivir. Pero tan pronto como haya muerto, tendréis que venderme. Hacedlo en seguida, que el tiempo es muy caluroso y mi cuerpo puede corromperse. Temo que si se corrompe las gentes no quieran dar dinero por él.» Habló así, y se le ablandó el corazón. Sin fundamento, le brotaban las lágrimas de los ojos. Su hijo dijo llorando: «Si tenéis alguna otra orden que dar, dádmela, hablad, decid cuanto tengáis que decir.» El demonio Tacaño dijo: «Nada más tengo que decir. Únicamente que cuando vendas mi carne, cuides de que las gentes la pesen bien.» Dijo y se le acabó el aliento. Y no se crea

que el hijo le obedeció filialmente. Pues cogió a su padre, le despedazó y lo vendió a trozos.

Entretanto el demonio Tramposo y el Oscuro buscaban con la vista banderas y estandartes y escuchaban, esperando buenas noticias. Pero he aquí que llega un diablillo y anuncia: «Mal han ido las cosas. Chung-Kuei ha cogido al señor Atrevido y le ha matado. Ahora avanza al frente de sus soldados. El demonio Sucio y el Tacaño han muerto también. Chung-Kuei estará aquí dentro de poco y asaltará la puerta. La vida de todos se halla en peligro.» Dijo y salió huyendo. Al oír estas noticias, el demonio Oscuro perdió la razón y el dominio de sí mismo. No se preocupó ya ni del pincel, ni de la tinta, ni del laúd, ni de los libros. No le quedaba otro recurso que irse al jardín y tirarse al pozo. ¡Paf! Convirtiéndose, pues, en sabio acuoso y así se fué del mundo.

Sólo quedaba ya el demonio Tramposo, que apresuradamente regresó a su casa. Cerró la puerta y se quedó dentro. Chung-Kuei, después de convencerse de que todos los demonios habían muerto, llevó a sus soldados a la casa del demonio Tramposo y le puso sitio. Los ataques se sucedían día y noche. Estas acometidas sacaban de sí al demonio Tramposo. Ordenó a su hijo que, conforme al uso antiguo, hiciese colgar la tablilla; pero donde antes decía «pago», ahora escribió «sumisión». Decía, pues: «Mañana de fijo sumi-

sión». Al ver Chung-Kuei lo que prometía la tablilla, dijo: «¡Alto! Dejémosle hasta mañana.» Al día siguiente no se veía el menor movimiento en la casa. Chung envió a un soldado a preguntar por qué no se hacía la sumisión. El Tramposo dijo: «En la tablilla se dice claramente: «Mañana de fijo sumisión.» Chung-Kuei dijo: «El mañana de este bandido no tiene término ni asiento.» Y ordenó a los soldados que atacasen la fortaleza.

Al ver el demonio Tramposo que la situación era grave, se dispuso a combatir. Cogió una larga alabarda y salió afuera. Fu-Chu salió a su encuentro, montado en su caballo. De pronto se oyó un grito, y el demonio Tramposo cayó del caballo. Acudieron corriendo los soldados del infierno y le sujetaron. Chung-Kuei alzó la espada para cortarle la cabeza. El demonio Tramposo dijo: «Eso no vale, no vale. Mi caballo se ha caído y por eso habéis podido cogermé. No ha sido vuestra habilidad la que me ha vencido. Podéis cortarme la cabeza, pero no cederé en mi pretensión. ¿Qué héroe es éste que se aprovecha del accidente de un hombre para vencer?» Oyendo esto Chung-Kuei, se echó a reír y dijo: «Os soltaré, pues. Os considero como pájaro en jaula o pez cogido en la red. No temo que desaparezcaís de la tierra.» El demonio Tramposo, que había salvado su vida, volvió a

su casa. Cambió el caballo por otro de melena plateada, y abarcando con la mano la larga alabarda, volvió a salir. Chung-Kuei acudió montado en Pai-Se. Se lanzó sobre el Tramposo blandiendo la espada. Combatieron varias veces. El demonio, no pudiendo ampararse de los tajos, emprendió la huída. Pero Chung-Kuei le persiguió hasta llegar a una colina. Allí Fu-Chu le impidió seguir. No pudo escapar. Prisionero, regresó al campamento. El Tramposo dijo: «Yo soy un hombre solo y vosotros sois dos. No contaréis entre los héroes valerosos por haberme cogido. Si queréis ser valientes, luchad conmigo en combate singular y no los dos.» Chung-Kuei dijo: «Bien. Vuelvo a ponerlos en libertad. Idos. Pero si os volvemos a prender, ¿qué vais a decir?» Vuelto a casa, el demonio Tramposo dejó la alabarda y cogió una espada corta. Luego volvió a salir. Chung-Kuei reanudó el combate con él. ¿Cómo resistir a Chung-Kuei? Después de más de diez choques, el Tramposo emprendió la huída. Mientras le seguía, Chung-Kuei dijo: «¿Veis cómo os he vuelto a vencer?» En el momento en que le daba alcance, llegaban a orillas del río Sin Salida. El demonio Tramposo, espantado, perdió el color. Mas cuando estaba en la orilla, lleno de miedo, apareció por entre las sombras de verdes álamos una barca sin remos. El demonio Tramposo quiso saltar y atravesar el río, para probar

de conservar la vida. En la excitación midió mal el salto, tropezó en la barca y cayó de espaldas al agua. Chung-Kuei se fué hacia él; pero en el momento en que iba a cortarle la cabeza, el demonio Tramposo quedó transformado en una tortuga negra y escondió la cabeza, no atreviéndose a sacarla.

Quien desee saber cómo fueron los sucesos posteriores, escuche la narración que sigue.

QUINTA NARRACIÓN

NO SÓLO OLVIDAN LA ENEMISTAD DE LOS PADRES, SINO QUE SE HACEN AMIGOS ÍNTIMOS. QUIEREN PLAZAS DE FUNCIONARIOS Y PIERDEN SU PATRIMONIO

Los hombres que en el mundo viven, se afanan por conseguir dinero y bienes empleando miles de medios y centenares de industrias. Pero vienen después hijos y nietos que lo dilapidan todo. Por eso es acertada la máxima antigua: «Quien avaro y codicioso acumula dinero y bienes, engendrará hijos que le arruinen.» Esta máxima se ha transmitido desde la antigüedad como algo incommovible. Así el mariscal Wen-Kung ha dicho: «El que acumula oro para dejarlo a sus hijos y nietos, no sabe si éstos lo guardarán. El que colecciona libros para dejarlos a sus hijos y nietos, no sabe si éstos podrán leerlos. Más vale acumular buenas obras. Con ellas se deja a los hijos y nietos un patrimonio perdurable.» Pocos son los que han aprendido del mariscal

Wen-Kung, siendo más los que han aprendido de los demonios Sucio y Tacaño. Y por ser tan numerosos los que siguen las enseñanzas de estos demonios, no son tampoco raros luego los hijos y nietos que arruinan a sus familias. ¿Cómo se manifiesta esto?

El demonio Sucio y el Tacaño habían engendrado en verdad dos hijos, que no coincidían con los padres. Luego que hubieron muerto sus padres, los descendientes comenzaron a seguir el ejemplo de Han Wu-Ti. El rasgo esencial de la casa soberana de Han alentaba también en sus razones y en sus entrañas, aunque en proporciones algo reducidas. De aquí provenía toda su conducta. Los dos necesitaban dilapidar inmoderadamente su caudal. En sus diversiones ociosas les ayudaban por lo demás una banda de conocidos. Cuando no corrían, jugaban; cuando no daban banquetes, se vestían con ostentación. Pronto hubieron gastado alegremente el patrimonio heredado, y después de derrochar tanta plata, no les quedó otra cosa que dos apodos. El hijo del demonio Sucio fué llamado demonio Mendigo, y el del demonio Tacaño, demonio Jugador. Tal fué aproximadamente el resultado. Dejádme que os lo cuente con algún detalle.

Refiérese que cuando Chung-Kuei vió al demonio Tramposo transformado en tortuga, se marchó al frente de los soldados infernales a de-

capitar demonios en otras comarcas. Al saber que Chung-Kuei se había marchado, el demonio Mendigo se alegró en su corazón. Se quedó en casa para divertirse; pero halló que la casa, la estancia y los alimentos no bastaban a satisfacer los deseos de su alma. Comenzó, pues, a increpar a su padre: «¡Viejo acumulador de tesoros, esclavo! En vano poseías los bienes de tu casa. Bien se ve que no habías calculado cuán escasos días viven los hombres en el mundo. Siendo así, lo más cuerdo es vestirse, comer y derrochar el resto. Esto es, a mi entender, ser hombre en la vida. ¿Para qué hemos de preocuparnos del ahorro en el consumo? Has muerto. ¿Por qué en vez de llevarte tantas cosas, me las has dejado como carga? Un hombre de talento, como yo, ¿va a vivir esclavo de ellas?» Mientras hacía estas consideraciones, apareció un hombre que conducía a un jovenzuelo. El demonio Mendigo le preguntó: «¿De dónde venís?» El hombre dijo: «Hemos oído decir que el gran señor tiene poca servidumbre en su casa. Por eso he traído a este hombre, a fin de que el gran señor vea si le puede utilizar o no. En otro tiempo, los parientes de este hombre eran también gente rica y distinguida. Pero por haber sido educado con mucho mimo, no quiso leer libros. Al morir su padre tuvo que acogerse a los ejercicios corporales. Aparte de esto sabe jugar a los dados, beber vino y hacer el amor a las

mujeres. Sus habilidades principales consisten en deslizarse por las gateras y en brincar sobre los muros. Su conducta es irreprochable. Cuando ha ganado el dinero de otros no les molesta reclamándose. Cuando son los demás los que le han ganado el dinero, lo paga puntualmente. No es de los que obligan a la gente a reclamarle en su puerta. Por eso ha dilapidado el patrimonio de su casa. Y la gente, en vez de hablar bien de él, le ha puesto, por el contrario, un apodo. Le llama el demonio Quebrado. Decid vos mismo si estas gentes tienen buenos sentimientos. Ahora no le queda otro recurso que servir a los demás. Pero hemos gestionado ya su colocación en varias familias y ninguna se atreve a utilizar sus servicios. Hemos oído que el gran señor tiene poca gente a su servicio y por eso le traigo para que el gran señor le vea. Si el señor se queda con él, cuidará de que el ánimo del señor esté siempre satisfecho.»

Después de oír este largo discurso el demonio Mendigo, reflexionó y dijo: «Este hombre concuerda con mis caprichos y deseos y me siento inclinado a quedarme con él.» En seguida se extendió en un pliego la carta de adquisición del cuerpo. El demonio Mendigo recompensó al hombre que lo había traído con diez *lot* de plata. El hombre se sintió dichoso y contento, y se fué.

El demonio Mendigo le dijo al demonio Quebrado: «Desde hace días se siente aquí un calor

sofocante. Si conoces algún lugar donde podamos disfrutar del fresco, condúceme allí.» El demonio Quebrado dijo: «Si quieres disfrutar del fresco, no es difícil. A una distancia de diez *li*, hay un edificio llamado la casita «Algún Placer». La parte anterior de esta casita de placer está en el agua. En el agua hay multitud de flores de loto y toda la orilla está plantada de sauces, que acarician a la casita con su sombra. Ni un punto del resplandor solar entra allí. Además, todo en la casa es limpio y sin polvo. Durante los paseos se oye cantar a la oropéndola amarilla. Desde lejos se percibe el olor de las flores de loto. Cuando el viento abanica el lugar, álzanse olas claras en la corriente verde. Cuando sale el sol, los sauces dejan pasar un resplandor de oro. Es indudablemente un lugar agradable para disfrutar del fresco. ¿Por qué no había de ir allá el gran señor?» El demonio Mendigo dijo: «Por hermoso que sea ese lugar, no tengo grandes deseos de visitarlo solo. Tú eres mi criado y no puedes hacerme compañía. ¿Cómo podríamos arreglar esto?» El demonio Quebrado dijo: «Eso no me es difícil. Vuestro humilde servidor tiene un amigo que es maestro en el arte de la adulación. En otro tiempo supo adularme muy bien y por esta razón le puse un apodo. Se llama el demonio Rastrero. ¿No quiere el gran señor que le mande venir para que le acompañe y alegre?» El demonio Mendigo

dijo: «Muy bien. Mándale venir en seguida.» El demonio Quebrado salió, y, al poco tiempo, volvió trayendo consigo al demonio Rastrero.

Éste, al entrar, se precipitó de cabeza al suelo. El demonio Mendigo dijo: «Esos extremos no son necesarios. Tened la bondad de sentaros para que podamos hablar tranquilamente.» El demonio Rastrero cedió, tras muchas cortesías, y se sentó. Sentóse en el borde de la silla, con el cuerpo inclinado hacia delante y la cara hacia arriba. Apenas abrió la boca el demonio Mendigo, el otro, obsequioso y presuroso, se arrodilló y dijo: «¿Qué dispone el gran señor?» El demonio Mendigo dijo: «A causa del gran calor quisiera ir al bosquecillo de Algún Placer para refrescarme. No tengo quien me asista y por eso os he llamado, para que me acompañaseis. De aquí en adelante no habréis de ser tan humilde. El gran señor desea tan sólo entretenerse. «El demonio Rastrero, después de hacer tres reverencias seguidas, dijo: «Vuestro humilde servidor cuidará del acompañamiento y diversión del gran señor.»

En seguida se dispuso una comida apropiada a la época de verano. Había en ella toda suerte de bocados delicados de la montaña y manjares sabrosos del mar. También se dispusieron dos jarros del más delicioso vino. Golpeando con las fustas a los caballos, llegaron todos a la casita de Algún Placer. Al llegar vieron que había en

ella ya mucha gente alegremente entretenida. Era el demonio Jugador, el hijo del Tacaño, que estaba con dos íntimos amigos. Uno se llamaba el demonio Engañador y el otro el demonio Embustero. Bebían vino alegremente. Desde que había muerto su padre, el Jugador experimentaba los mismos sentimientos que el Mendigo. Le indignaba que su padre no hubiera sabido tratar con hombres. Por eso se había apartado del género de vida que el padre siguiera, y pasaba el tiempo en diversiones con esos dos amigos. Al ver el demonio Mendigo quién se hallaba allí, temió que el Jugador fuese enemigo suyo y no quisiera convivir con él bajo el mismo cielo. Perplejo, no se atrevía a entrar. Pero contra lo que esperaba, el Jugador se mostró generoso, sin aludir a los hechos pasados. Salió apresuradamente de la casita y dijo: «Mi gran hermano mayor, ¿cómo estás tú aquí? Pensaba siempre en ofrecerte la paz, pero temía que el gran hermano mayor no se hallase bien dispuesto. Este feliz encuentro excede en verdad a mis esperanzas.» El demonio Mendigo dijo: «No hace falta recordar a los viejos ni su vida de perros. Por no poder vencer su sucia avaricia, han conseguido que siendo hermanos nos mantuviésemos apartados.» Dijo, y el otro le invitó a entrar en la casita.

Todos se presentaron unos a otros pronunciando sus altos nombres. No acababan las salu-

taciones. El demonio Mendigo invitó al Jugador. El demonio Jugador invitó al Mendigo. Iban y venían incesantes las invitaciones. El demonio Mendigo dijo: «En mi opinión sería preferible que uniésemos las dos mesas y así nos ahorraríamos las mutuas invitaciones.» En efecto, se unieron las mesas. El demonio Mendigo se sentó a la izquierda, el Jugador a la derecha, el Engañador y el Embustero abajo frente a ellos. El demonio Rastrero se obstinó en ir de derecha a izquierda y de izquierda a derecha. El demonio Quebrado servía vino. En medio de esta alegría volvieron a recordar los días pasados y hablaron de cómo sus padres se habían esforzado y aporreado, sin ver nunca el cielo ni el sol: «Nosotros en su lugar nos hubiéramos divertido en esta casita, quién sabe cuántas veces.» El demonio Engañador dijo: «Vosotros dos, venerados grandes señores, no debierais hablar de esos asuntos vanos, cuando tantas cosas agradables tenemos ante nuestros ojos. ¿Quién no se alegra del vino? Lo mejor será prescindir de discursos ociosos.» Y dicho esto, llenó una copa y pidió que el demonio Mendigo se sentase en la presidencia. El Mendigo dijo: «Yo no puedo hacerlo, presidid vos en lugar mío.» Se invitó entonces al demonio Jugador, y éste dijo: «Yo no puedo tampoco. Presidid también, como representante mío.» Como ninguna de las dos familias había invitado nunca a

nadie, por eso ninguno de los dos podía ocupar la presidencia. El demonio Engañador dijo: «Presidiré yo, pues, en nombre de los grandes señores.» Y al punto cogió los dados y dijo: «Pido que se diga seguidamente: Viento, flor, nieve, luna, ciruela, pradera. El que se equivoque, pagará un gran tazón de vino.» Todos los demonios dijeron: «Empieza, pues; pero que sea algo fácilmente comprensible. Tendremos los oídos atentos y obedeceremos.» El demonio Engañador cogió los dados y habló: «Es en vano beber frente a la luna. El viento de primavera es igual en todas partes. Sacude los árboles y se lleva la flor. Todo el distrito de Ho-Yang está lleno de flores. El olor de los ciruelos floridos se percibe a diez li de distancia. Copos de nieve vuelan en torbellino en el banquete de jaspe rojo... El que se equivoque, será denunciado y pagará una gran taza.» Tiró los dados y salió el del uno. El demonio Engañador llenó una copa y se la dió al demonio Mendigo. El demonio Mendigo dijo: «¿Por qué me la das a mí?» El demonio Engañador dijo: «Está mandado que el humilde servidor presida en representación, pero el vino ha de beberlo el gran señor en persona.» Dicho esto, dejó los dados. Le tocó la presidencia al demonio Jugador. El demonio Jugador dijo: «Estoy, pues, a merced de la fortuna. Repítelo otra vez.» El demonio Engañador volvió a recitar sus frases. El

demonio Jugador intentó repetirlas a su vez, pero no le salieron más que dos párrafos enteros. Fué castigado con dos grandes tazas. Dejó los dados, pasándoselos al demonio Embustero. Pero éste, sin casi haber abierto la boca, echó los dados. Salió el dos. El demonio Engañador dijo: «Os corresponde pagar una taza en castigo.» El demonio Embustero dijo: «¿Por qué se me castiga?» El demonio Engañador respondió: «Primero hay que recitar las frases enteras y luego echar los dados. Tu boca calló demasiado y tus manos se adelantaron. ¿Cómo no vas a ser castigado?» Al demonio Embustero no le quedó más remedio que someterse. Entonces le tocó la vez al demonio Rastrero. Éste cogió los dados, con la esperanza de que se le castigase con muchas tazas, para beberlas alegremente. Pero por su desgracia los dados dieron el número exigido. El demonio Rastrero no pudo beber. Pero soportar semejante desdicha era superior a sus fuerzas; así es que, aprovechando un momento en que los demás no miraban, cogió el jarro y procuró desquitarse, dándole un buen tiento para llenar su vientre. Todos los demonios se rieron a carcajadas y dijeron: «¡Qué bien lo pasamos, qué alegres estamos! Bebamos hasta que luzca el sol en el cielo ¿verdad?» El demonio Engañador dijo: «¿No sería mejor que fuésemos a divertirnos a casa de la Madre Sauce de oro?» El demonio Jugador dijo: «¿Quién

es esa Madre Sauce de oro?» El demonio Engañador dijo: «El gran señor no sabe que esta mujer tiene dos muchachas. Una se llama Desdicha de la Ciudad y otra Desdicha del Imperio. Ante su belleza se sumergen los peces y se humillan las golondrinas. Son tan amables que delante de ellas se esconde la luna y se avergüenzan las flores. ¿Por qué no habían de entrar en conocimiento con ellas los grandes señores?» Al oír esto el demonio Mendigo y el Jugador se sintieron llenos de deseos y preguntaron: «¿Dónde viven? Vamos pronto a verlas.» El demonio Engañador dijo: «No están lejos de aquí.»

Todos juntos abandonaron la casita de Algún Placer y emprendieron el camino. No habían andado mucho, cuando se encontraron en un pueblo bastante considerable. El demonio Mendigo dijo: «¿Qué lugar es este, donde no se ve más que diversión y licencia?» El demonio Engañador dijo: «Este lugar se llama Tentación del Alma.» Cuando habían andado unos pasos, tropezaron con una valla alta. El demonio Jugador dijo: «¿Qué lugar es este?» El demonio Engañador dijo: «Es la valla de la Casa de la Alegría.» Los demonios, ante la valla, vieron un gran foso, cruzado por un puentecito de madera. El demonio Mendigo dijo: «¿Qué objeto tiene esto?» El demonio Engañador dijo: «El foso se llama Foso donde se hunde el hombre. El puente es el puen-

te de Ten Dinero. Los que tienen dinero, pueden pasar y ver; los que no lo tienen, no pueden ver. Esta es la significación. Los dos honorables grandes señores tienen dinero y, por consiguiente, pueden pasar y ver; para ellos no hay obstáculo.» Al oír esto, los demonios sintieron en su corazón júbilo y alegría. Llegaron a la puerta principal. El demonio Engañador gritó: «¿Está en casa Mamá Sauce?» Mamá Sauce respondió: «¿Quién es?» Abrió la puerta y, al ver que era el demonio Engañador, dejó pasar a todos los demás demonios. Luego dijo riéndose: «¿Qué viento os ha traído por aquí, nobles señores? Tened la bondad de sentaros.» En seguida dijo al Mendigo y al Jugador: «Las caras de estos dos nobles señores me son desconocidas.» El demonio Engañador dijo: «Son nuevos amigos míos. Cada uno de ellos tiene un patrimonio de diez mil cordeles de monedas. Han venido para ver a vuestras dos honorables hermanas mayores.» La Madre Sauce de oro, al oír que trataba con gente adinerada, se deshizo en amabilidades y agasajos. Les invitó a pasar y sentarse en una habitación interior. Aquella habitación estaba amueblada finamente, de un modo adecuado y bien dispuesto. En la pared, para los sacrificios, había una sagrada imagen con cejas blancas. Delante de ella estaba un mesa cuadrada. En las dos paredes laterales ocho sillas en fila. La estancia era extremada-

mente limpia y agradable. Inmediatamente trajeron una fuente con huesos de melocotón y té. Sauce de oro dió órdenes para que salieran las dos hermanas mayores. Todos los demonios levantaron la cabeza para verlas. Eran realmente como flores y nefrita. Véase cuál era su aspecto:

«El cabello negro y abundante, cayendo en trenzas sobre la espalda.

Blancas caras delicadísimas.

Las cejas, finos arcos sobre los ojos.

Los piecitos pequeños y afilados.

Erguidos y esbeltos los cuerpos.

Blusas de seda con flores de loto.

Faldas de Cantón riquísimas.

Eran las damas como la luna que alumbra al mundo.

O como las deidades que descienden del palacio de Kuang-Han a la Terraza de jaspe.»

Las dos hermanas mayores saludaron respetuosas a los demonios y de rodillas exclamaron: «¡Sean dichosos diez mil veces los señores!» El demonio Mendigo y el Jugador, conmovidos, experimentaron en sus corazones jubilosos un cosquilleo que no podían aplacar rascándose. Inmediatamente trajeron una mesa puesta. El demonio Mendigo y el Jugador se sentaron arriba; el Engañador y el Embustero, abajo, y el Rastrero a un lado. El demonio Quebrado servía vino con las dos nobles hermanas mayores. El demonio

Embustero dijo: «Puesto que tan a gusto estamos, ¿no querrían las dos nobles hermanas mayores cantar una canción para animar a la bebida a los dos señores?» Desdicha de la Ciudad comenzó, en efecto, a marcar el compás, abrió la boca y cantó la canción del pájaro amarillo. Los demonios no cesaban en sus alabanzas y dijeron: «Dichosos los grandes señores que pueden disfrutar este placer.» Luego rogaron a Desdicha del Imperio que cantase. La muchacha cantó la canción de la mariposa blanca. Los demonios dijeron: «¡Maravilloso, maravilloso! ¡Y tan nuevo, y tan fresco, y tan adecuado a la ocasión! Las dos nobles hermanas mayores se fatigan demasiado.» El demonio Mendigo dijo: «Hacéis que se cansen cantando. ¿Por qué no cantáis también vosotros?» El demonio Engañador dijo: «Yo sé una canción: *Ta tesao fu erh...* Voy a cantárosla. Escuchad.» Y comenzó a cantar una canción, que hizo reír a todos los hombres. Le pidieron al demonio Embustero que cantase. El demonio Embustero dijo: «No sé cantar. Pero os contaré un cuento, que os hará reír. Una vez había dos hermanos que tenían juntos un comercio. El mayor hizo un viaje para comprar género. Cogió 1.000 *lot* de plata y se fué a Nankin. Inesperadamente encontró a una mujer maravillosamente hermosa. Trabó conocimiento con ella y dilapidó los 1.000 *lot* de plata. No pudo volver a su país. La muchacha, en re-

cuerdo de las emociones de días pasados, le erigió un templo. Decía que era el dios del cabello. A todos sus amantes les hacía contribuir para su sustento. Un día, el hermano menor, viendo que el mayor no volvía, cogió 100 *lot* de plata y salió a buscarle. Mientras le buscaba llegó sin saberlo a la casa de aquella mujer y quiso ser su amante. Ella dijo: «En mi casa hay un dios del cabello muy milagroso. Todos mis amantes tienen que sacrificarle.» El hombre accedió a sus deseos y fué a sacrificarle. Al ver el supuesto dios a su hermano, dió un brinco y dijo: «¡Hermano menor! ¿Cuánta plata traes para dejarla también aquí?» El hermano menor dijo: «100 *lot*.» Su hermano dijo: «¡Vuélvete en seguida a casa. Con 1.000 *lot* me han hecho dios del cabello. ¿De qué te van hacer a ti dios, si no traes más que 100?»

Terminada la narración, el demonio Embustero se arrodilló y dijo: «El pequeño ha dicho palabras inconvenientes y merece castigo.» El demonio Engañador dijo: «Los grandes señores no os lo censuran. Contad otro cuento.» El demonio Embustero dijo: «¡Callaos! Antes quiero ver qué se os ocurre para incitarnos a beber vino.» El demonio Rastrero dijo: «A mí no se me ocurre nada. Ruego a las grandes hermanas que nos pongan un problema.» Desdicha de la Ciudad dijo: «Pido que imitéis el rebuzno de un asno.» El demonio Rastrero imitó en seguida dos veces

un rebuzno. Desdicha de la Ciudad dijo: «Eso no vale nada. Tenéis que arrodillaros en el suelo y rebuznar tres veces.» El demonio Rastrero se arrodilló en el suelo y rebuznó tres veces. Los hombres se rieron con gran algazara. Desdicha de la Ciudad bebió vino. Ahora le tocaba a Desdicha del Imperio beber. Desdicha del Imperio dijo: «No os pediré también que imitéis el rebuzno de un asno. Arrodillaos en el suelo, poneos en la cabeza una taza de vino y gritad: ¡Mi querida madre, bebe esta taza de vino que te ofrece tu hijo! Entonces beberé de buena gana.» El demonio Rastrero dijo: «Eso no es difícil. Déjame que lo haga.» Se puso en efecto la taza sobre la cabeza, se arrodilló y gritó: «¡Mi querida madre, bebe esta taza de vino que te ofrece tu hijo.» Sólo entonces bebió Desdicha del Imperio y los hombres volvieron a reírse con estrépito.

Al notar los hombres que estaba ya la noche muy avanzada, se despidieron para marcharse, pues querían ir a descansar. El demonio Mendigo y el Jugador dijeron en voz baja al demonio Engañador: «En estas cosas somos totalmente inexpertos y rogamos al hermano mayor que nos haga una indicación.» El demonio Engañador dijo: «En estas cosas no hay más que hacer saltar la plata, y le tratan a uno con la más alta cortesía.» Luego que los dos demonios hubieron recibido las instrucciones necesarias, el Mendigo

cogió de la mano a Desdicha de la Ciudad y el Jugador a Desdicha del Imperio, y ambas parejas se fueron a sus estancias. Estaban lindamente acomodadas y todo bien dispuesto.

Los dos hombres no habían visto nunca habitaciones tan lujosas. De alegría florecieron todas las flores de su corazón y sentían que los pies les llevaban sin darse cuenta. Entró una esclava a quitarles las botas y la recompensaron con 5 *lot* de plata. Las dos hermanas mayores, al ver tanta generosidad, les acariciaron de cien maneras. Si no hubiese estado escrito en el libro de la vida y la muerte que no había llegado aun su hora, hubieran corrido el peligro de perder la vida.

A la mañana siguiente se levantaron. Los demonios del séquito habían venido para saludar a sus jefes. Después que hubieron desayunado huevos de gallina, peces y otras cosas, dijeron los hombres: «¿Qué vamos a hacer ahora?» Desdicha de la Ciudad dijo: «Juguemos a la pelota. ¿Qué os parece?» El demonio Mendigo dijo: «Yo no sé.» Todos los hombres dijeron: «Sí, sí, juguemos.» Este era un lazo tendido por los otros al Mendigo y al Jugador, que asintieron a la proposición y pidieron que jugase también el demonio Quebrado. Las primeras veces consiguieron ganar. Pero, en cambio, durante un buen rato, la suerte no les fué favorable. Con esto, todos los hombres, salvo los dos, ganaron algunos cientos de *lot*. Los dos

demonios dijeron: «Esto va mal. Vamos a jugar a los dados.» ¿Quién hubiera sospechado que los dados de la Madre Sauce de oro estaban llenos de plomo? Todos los hombres, menos los dos, ganaron grandes cantidades. Los dos pagaron, cada uno según lo que había perdido. Los demás se hicieron con muchas monedas de plata, que se repartieron amistosamente. Y así pasó medio mes.

Un día aconteció una desgracia. Apareció un señor joven que llevaba un sombrero de cintas flotantes y hermosas vestiduras, y al que seguían algunos servidores. Los servidores dijeron: «¿Qué gente es ésta, que hace un ruido tan inconveniente? ¿Llega nuestro joven señor y no os apartáis?» El demonio Mendigo dijo: «¿Qué gente sois vosotros, que pedís a los hombres que se aparten?» Los servidores dijeron, indignados: «¡Sin duda eres ciego, esclavo! ¿No ves que es el Gobernador del Distrito?» Al oír esto, al demonio Engañador se le encogió el ánimo y lleno de temor se llevó aparte al Mendigo y al Jugador y les dijo: «Vámonos pronto a casa. No hay que tentar a los grandes.» Los dos demonios se deslizaron hasta la salida, conteniendo las lágrimas que les salían a los ojos.

Vueltos a casa, se sintieron desdichados. Sus caras tenían el color de la tierra y sus corazones estaban como atravesados por puñales. Furiosos, dijeron: «Si hubiéramos sabido que un hombre

tan joven puede infundir tal temor, hubiéramos hecho que nuestros difuntos padres nos enseñaran a leer los libros, para hacernos funcionarios.» El demonio Engañador dijo: «Eso no es difícil. Los grandes señores tienen dinero. Con algunos miles de *lot* de plata está hecho. Yo voy a Chang-An y compro una plaza de funcionario. Entonces no tendréis que soportar las censuras de los hombres.» Los dos demonios dijeron: «Cuando hayamos comprado con la plata una plaza de funcionario, ¿con qué hemos de vivir?» El demonio Engañador dijo: «Los dos nobles señores no conocen el curso del mundo. Una vez que seáis funcionarios, tendréis poder e influencia. Unos miles de *lot* no valen la pena; entonces tendréis fácilmente diez mil. Entonces podremos divertirnos y jugar. ¿Quién osaría contradecirnos?» Los dos demonios se convencieron de que lo que aquél decía era exacto, y cada uno de ellos dió cinco mil *lot* de plata, peso bastante para cargar un camello. Los dos comisionados, el Engañador y el Embustero, se fueron en busca de las dos plazas de funcionarios.

Los dos amigos dedicaban entre tanto su tiempo a aprender las maneras de los funcionarios. Se movían balanceándose con largos pasos lentos. El uno le decía al otro: «Colega mayor, colega menor.» Veían venir el día en que podrían tocar sus cabezas con el sombrero de gasa. No

contaban con que esperarían hoy, esperarían mañana... Esperaron tres meses, sin una noticia. Sus ojos veían la ruina de sus casas. Ya les faltaba el vestido y los alimentos. Un día en que sus corazones se sentían oprimidos, vieron llegar al demonio Embustero. Los dos demonios le preguntaron, llenos de impaciencia: «¿Cómo está nuestro importante asunto?» El demonio Embustero dijo: «¡No quisiera ni mentarlo! Habíamos llegado a Chang-An y yo había abordado ya finamente la cosa, cuando aconteció una mudanza desgraciada. Ocurrió que Chu-Ze promovió un levantamiento. Unos ladrones nos robaron la plata y mataron al demonio Engañador. Sólo yo, desgraciado, logré salvar la vida y he vuelto. Al veros hoy, me parece como si volviera a nacer.» Al oír esto, los dos demonios prorrumpieron en grandes gritos. Sus bocas escupían sangre y perdieron el sentido. El demonio Embustero, dándose cuenta de que las cosas tomaban mal cariz, desapareció. De acuerdo con el Engañador, había preparado en realidad un lazo a los dos amigos, repartiéndose la plata y trasladándose al Sur, para dedicarse a los negocios. Nuestros dos demonios estuvieron medio día sin sentido. Al volver en sí dijeron suspirando: «Buen amigo, empiezo a reflexionar y veo que todas estas desdichas nos las ha traído el demonio Quebrado. Él ha introducido en mi casa a esos dos ladrones,

que nos han saqueado sin escrúpulo. ¿Para qué hemos de conservarlo?» Alzó un palo y dió un golpe en la cabeza al demonio Quebrado, que quedó muerto en el acto. Unos días después, los dos demonios vendieron sus casas y cuanto contenían. Sólo les quedaron un bastón y una escudilla. Los dos demonios dijeron suspirando: «De algo ha servido el ahorro de los viejos. Si no nos hubiesen quedado estas dos casas, nada tendríamos nosotros.» Dicho esto, el demonio Mendigo tomó el bastón y el Jugador la escudilla. Desde entonces comenzaron a hacer una vida honrada.

Un día, mientras pedían limosna en la calle, oyeron una voz quejumbrosa. Al mirar quién era, tropezaron con el demonio Lastimero. Éste les dijo: «Los dos venerados hermanos mayores no han reconocido al hermano menor. Soy el hijo del demonio Tramposo. A causa de sus trampas, mi difunto padre no me dejó nada. Lo poco que quedó se lo repartieron sus deudores. A mí no me resta otro recurso que dedicarme a esta industria de la mendicidad, que es bastante cómoda. No os riáis de lo que digo. Los dos hermanos mayores son gente de dinero. ¿Cómo os veis, pues, en esta situación?» Los dos demonios dijeron: «¡Ah!, no vale la pena de hablar de ello.» Y contaron lo ocurrido. «Ahora somos amigos en la desgracia. Nuestros padres lo han sido también.

Juremos ayudarnos mutuamente.» Los tres asintieron muy contentos. En el templo del lugar humillaron su cabeza en el suelo y se juraron fraternidad.

Cuando estaban en estos coloquios, apareció un hombre indeciso y temeroso que les dijo: «Chung-Kuei ha llegado.» Al oír esto, los tres demonios preguntaron espantados: «¿Quién es ese Chung-Kuei?» El hombre dijo: «¿No habéis oído hablar de él? Allá en la montaña de La Poca Verdad vive el demonio Falso, que se dedica a acumular viento y a coger sombras. Sus discursos tapan el cielo y oscurecen el sol. Ha combatido varios días con Chung-Kuei y éste le ha decapitado. Por el camino me he encontrado, además, al demonio Rastrero, a quien llevaban preso los soldados infernales. Espantado lo ha confesado todo y os ha denunciado a los tres. Chung-Kuei, a la cabeza de los soldados del infierno, viene hacia acá para decapitaros.» Los tres demonios dijeron: «¡Somos vuestros rendidos servidores! ¿Queréis decirnos vuestro sublime nombre y alto apellido?» El demonio contestó: «Soy el demonio Corredor. Ése soy.» Dijo, y desapareció deslizándose.

Mientras los tres demonios no sabían si dudar o creer lo que dijera el demonio Corredor, oyeron cómo llegaban los soldados infernales en gran número y cómo rodeaban el templo del Dios del lugar. El demonio Lastimero dijo: «No hay que

ser cobardes ni temerosos. Yo gritaré fuerte. Preparaos vosotros a la lucha.» El demonio Mendigo cogió el bastón y arremetió contra el enemigo. Chung-Kuei dió un grito con voz tonante. El Mendigo se espantó, de tal manera, que sus huesos se ablandaron y se aflojaron sus tendones. Tiró el bastón y echó a correr. El demonio Jugador, viendo que las cosas iban mal, arrojó a Chung-Kuei su escudilla, para que con su poder mágico le cubriese. Pero un tajo de Chung-Kuei hizo añicos la escudilla. Asustado, el demonio Jugador dijo: «No me queda ya ni donde comer arroz. ¿Qué momento más a propósito que este para someternos?» Los tres demonios se arrodillaron y pidieron con voz lastimera: «Pensad que hemos nacido en un principio hijos de buenas gentes. Sólo por no cumplir nuestros deberes fuimos engañados y nos vimos obligados a llevar esta vida. Esperamos que el alto señor nos perdone.» Chung-Kuei dijo: «No cumplir sus deberes es lo que hacen los malhechores. ¿Qué utilidad puede tener que os perdone la vida?» Los tres demonios volvieron a suplicar con voz lastimera y dijeron: «Propiamente no es culpa nuestra. Sólo en castigo de su avaricia han tenido nuestros padres hijos como nosotros. ¿No ha oído decir el señor que quien avaro acumula tesoros, tiene que engendrar hijos que arruinen a la familia?» Chung-Kuei contestó riéndose: «Oyéndoos pare-

ce que, en cierto modo, tenéis razón. Pero el caminar sin rumbo y vuestra tendencia a la holgazanería no son tolerables.» Cada uno de los dos recibió cuarenta azotes como recomendación para el porvenir. A los más pobres y menesterosos regaló Kung, compadecido, cien monedas de bronce. Los tres demonios reconocieron que Chung-Kuei había distribuído justamente regalos y castigos y, después de rendirle homenaje, siguieron su camino. El que quiera saber lo que luego sucedió, lea la narración siguiente.

SEXTA NARRACIÓN

EL ENGAÑADOR EXPÍA SU CULPA POR OBRA DEL LADRÓN
CON GARRAS. EL DEMONIO EMBUSTERO ES ROBADO POR
UN DEMONIO RATERO

Ya se ha referido cómo el demonio Engañador robó la plata al Mendigo y al Jugador. Pero temiendo que estos dos demonios quisiesen tomar venganza, les envió al demonio Embustero, para que les engañase con falsos informes. Gracias a esta artimaña, el demonio Mendigo se hizo mendigo, y el Jugador, prestidigitador callejero. En cuanto a él se marchó al Sur, donde se dedicó a los negocios. Pero la justicia del cielo persigue al hombre en un círculo inexorable. Al Engañador le alcanzó también el castigo. Buscó un socio para sus tratos y dió con un hombre terrible y sombrío, que sólo pensaba en las estafas. Tenía nariz de halcón, mejillas de diablo y diez dedos como garfios. Le llamaban el demonio de las Garras. El demonio Engañador se asoció, pues, con el de-

monio de las Garras. Al principio ambos se entendían bastante bien. Pero al cabo de algún tiempo el demonio de las Garras, cuando había vendido diez *lot* de plata, sólo apuntaba cinco en los libros. Antes de un mes, cincuenta *lot* de plata habían quedado reducidos a la mitad. Un día el demonio Engañador examinó las cuentas y vió que había una gran pérdida. Le preguntó a su socio que cómo era aquello. Pero el demonio de las Garras no confesaba nunca. El demonio Engañador, colérico, cogió a su socio y se dispuso a pegarle. Pero no había previsto que éste daría un brinco y sacaría diez dedos como garfios de acero, con los cuales cogió al demonio Engañador y le arañó una pierna. En un momento le desgarró la carne hasta no dejarle más que el hueso. Así murió el demonio Engañador.

Al saber los ancianos del lugar que el demonio Engañador había muerto desgarrado, fueron a prender al demonio de las Garras. Pero éste comenzó a dar vueltas con sus garras y les arrancó a todos grandes tiras de pellejo. Todos los hombres chorreaban sangre. Así maltrechos fueron a hacer la denuncia al jefe del distrito. Éste se ocupaba en aquel momento en resolver pleitos. Todos los hombres se le acercaron suplicantes: «Somos los ancianos del lugar. El demonio de las Garras ha matado al Engañador, desgarrándole la piel. Entonces nosotros hemos ido a prender-

le, sin saber que sus diez dedos como garfios aniquilan todo cuanto tocan. Esperamos que el alto señor enviará en seguida fuerzas para prenderle.» Al oír esto, el jefe del distrito montó en cólera. En seguida llamó a los alguaciles y corchetes y a muchos hombres valerosos, para que con muchas cuerdas le trajesen encadenado al de las Garras. Pero no había transcurrido mucho tiempo, cuando alguaciles, corchetes y hombres volvían gritando de dolor y tapándose la cara. El jefe del distrito, al ver esto, se espantó y dijo: «¿Cómo os han puesto en tan lastimoso estado?» Los alguaciles contestaron: «Nosotros, humildes y honrados por el alto señor con su encargo, fuimos a prender al demonio de las Garras. Pero éste comenzó a manejar sus garras, y allí donde éstas llegaban abrían brecha. No fué posible acercarse a él, a pesar de las espadas y de las hachas. Rogamos al alto señor que pida algunos soldados de a caballo para combatir con él.» El jefe del distrito dijo, moviendo la cabeza: «Ese no es el procedimiento. ¿Cómo es posible que él solo se haya resistido contra tantos? Aquí no entran en juego artes humanas. Se trata, seguramente, de algún duende malo, que se ha metamorfoseado en hombre. Tenemos que buscar a un sabio, a un encantador, en primer lugar que acabe con él. Si envío contra él soldados de a caballo, esto causará agitación e intranquilidad en el pueblo. En segun-

do lugar, temo que los superiores nos castiguen cuando lo sepan. Tenéis que buscarme a un encantador y traérmelo y así resolveremos la cosa.» Los alguaciles dijeron: «¿Qué sabemos nosotros, hombres humildes, de encantadores? Es menester que el señor dicte un bando y así quizá lo encontraremos.» El jefe del distrito vió que lo dicho era justo y se puso en seguida a escribir. Sin pensarlo mucho redactó un bando y ordenó a un hombre que lo colocase fuera. El bando decía así: «El presidente del distrito Wang. En el asunto: aniquilamiento de traidores, expulsión de malos espíritus y mantenimiento de la vida de la población.

Hago saber: No puede tolerarse que bajo el resplandor del cielo duendes y ogros se agiten públicamente. ¿Cómo puede estar permitido que bajo la luz del sol trasgos y espíritus ejerzan sus artes diabólicas? La ley lo prohíbe en claras disposiciones. Y con tanta mayor razón cuanto que se trata de hechos que ofenden al pueblo. Yo, presidente de este distrito, no he tenido virtud bastante y no he sido capaz de mejorar al pueblo. Por eso ha aparecido últimamente el demonio de las Garras, que posee la figura de un tigre o un lobo. Su arte consiste en desgarrar a los hombres. Su corazón es como un escorpión venenoso. El que tropieza con él muere y su familia se queda huérfana. Las manos de ese demonio son como

garfios de acero, que desgarran hasta que el hueso queda al descubierto. Si no conseguimos acabar pronto con él, se seguirán grandes males para el pueblo.

Por eso se pone en conocimiento del distrito entero, de los guerreros, del pueblo, etc., que si alguien posee el arte de aniquilar malos espíritus, o medios para prenderlos, o si, no pudiendo hacerlo él personalmente, supiese de algún otro o si, no habiendo ninguno en este distrito, viniera de otro alguien capaz de destruir duendes, yo, presidente del distrito, no dejaré de recompensarle debidamente. Espero que todos me secundaréis en mi propósito. No seáis cobardes, mirad de frente y no volváis la vista atrás.»

El mismo día en que fué fijado el bando, quiso la suerte que pasase por allí el demonio Corredor. Al ver la mucha gente que leía el bando, se acercó también para saber de qué se trataba. Cuando vió que era un bando para castigar al demonio de las Garras, se llenó de júbilo y dijo: «Justamente conozco el paradero de Chung-Kueí. ¿Por qué no habría de ofrecirme para aniquilar a ese demonio? De esta manera ganaría una buena recompensa.» Después de haber madurado su plan, arrancó el bando, en señal de que estaba dispuesto a hacer lo que en él se pedía. Todas las gentes que andaban por allí le preguntaron: «¿Sois, pues, capaz de acabar con ese demonio?»

El demonio Corredor dijo: «Yo no, pero puedo hacer que venga aquí un hombre que se dedica a matar demonios.» Todos comprendieron que sus palabras tenían fundamento, y siguieron al demonio Corredor, que se encaminó al edificio del distrito. Al cabo de un rato el jefe del círculo ocupó su asiento en la sala. Las gentes le dijeron: «Ha aparecido felizmente un hombre que ha arrancado el bando. Aquí le traemos, para que dé cuenta de sus propósitos.» El jefe del distrito llamó al demonio Corredor y le dijo: «¿No veis que vuestra estatura es demasiado pequeña? ¿Por qué encantamientos confiáis en poder decapitar al demonio?» El demonio Corredor dijo: «Sin duda yo, en mi humildad, no soy capaz de aniquilar demonios, pero sé de un hombre que puede decapitarlos. El nombre de ese hombre es Chung y su apellido Kuei. Tang, el Hijo del Cielo, le ha nombrado jefe del ejército, encargado de extirpar los demonios. Tiene, además, como ayudantes a un guerrero, llamado Han, y a un jefe de vanguardia, llamado Fu, que manda a su vez unos cientos de soldados, para decapitar duendes dondequiera que se encuentren. Vuestro humilde servidor lo ha conocido, cuando salió a campaña para decapitar al demonio Mendigo. Si el alto señor quiere acabar con este demonio, deme gente que me acompañe para invitarle a que venga.» El jefe del distrito oyó con gran con-

tento estos informes y recompensó al demonio Corredor con cincuenta *lot* de plata. Acompañado de dos alguaciles, marchó éste a toda prisa en busca de Chung-Kuei.

Ya queda referido cómo Chung-Kuei había acabado definitivamente con el demonio Mendigo y sus compañeros. Justamente en aquel momento se disponía a seguir avanzando. De pronto vió al demonio Corredor, que se arrodillaba ante él. Chung-Kuei dijo: «¿Quién eres?» El demonio Corredor dijo: «Vuestro humilde servidor se llama el demonio Corredor.» Chung-Kuei dijo: «Pues voy a matarte. ¿Cómo te atreves a presentarte ante mi vista?» El demonio Corredor dijo: «Aun cuando el nombre convierte a vuestro humilde servidor en un demonio, no hago daño ninguno a los hombres. El día de hoy vengo únicamente a rogar a la venerada deidad que se ponga en camino para decapitar a un demonio.» Y en seguida refirió de un tirón lo que había ocurrido con el demonio de las Garras y lo que significaba la respetuosa invitación del jefe del distrito. Después de oírle, Chung-Kuei se puso a la cabeza de sus soldados y, guiado por el demonio Corredor, llegó al lugar. El jefe del círculo le dió la bienvenida.

El demonio de las Garras, cuando vió que el jefe del distrito enviaba gente para prenderle, comprendió que el asunto no estaba terminado y

empezó a reunir gente de armas. En diez días hubo reunido varios cientos de soldados. Diariamente los ejercitaba y sacaba de entre ellos jefes. De pronto, un día apareció un duendecito anunciando: «Gran señor, algo malo se acerca. El jefe del distrito ha traído no se sabe de dónde a cierto Chung-Kuei. Se dice que quiere matar al gran señor.» El demonio de las Garras montó en cólera al oír esto. Se vistió su armadura y, blandiendo en la mano una porra de plata, arremetió contra sus enemigos. El jefe de la vanguardia, Fu, salió a su encuentro espada en alto. Combatieron largo tiempo, sin que se supiera quién iba a vencer o a sucumbir. Al ver el demonio de las Garras que no podía vencerle, arrojó la maza de plata y acometió con sus garras a Fu, a quien arañó frenéticamente la cara. El dolor fué tan intenso que Fu no pudo soportarlo. Volvió vencido a las filas. Al ver Chung-Kuei la cara ensangrentada de Fu, preguntó espantado la causa de aquello. Fu-Chu dijo: «¡Horrible! No he visto nunca tan perverso demonio. Araña con sus dos manos, como si tuviera garfios de acero.» Al oír esto, Chung-Kuei sintió gran cólera. Levantando en alto la preciosa espada salió resuelto a combatir. Combatió largo tiempo con el demonio de las Garras; pero éste, al ver que no podía defenderse de sus tajos, arrojó la porra y sacó las garras para arañar. Chung-Kuei se dió cuenta de

lo peligroso que era aquello. No le quedó otro recurso que dar tajos con la espada en el aire, para defenderse. Vencido, se retiró de la lucha, mientras el demonio de las Garras quedaba una vez más vencedor.

Vuelto al campamento Chung-Kuei, dijo a los espíritus: «Este perverso demonio se aprovecha de sus dos manos para desgarrar al adversario. ¿Qué hacer contra él?» Han-Yuan dijo: «No es difícil; basta con ordenar mañana que el murciélago guía levante el vuelo y aguarde hasta que comience la lucha para descender calladamente sobre él y sacarle a picotazos los ojos. Por dañinas que sean sus manos, no podrá usarlas con los ojos cerrados.» Chung-Kuei dijo: «¿Cómo no he pensado en esto?» A continuación llamó al guía y le encargó que hiciera tal y cual cosa. Al romper el siguiente día, envió a los soldados infernales para que lanzasen denuestos contra los enemigos. El demonio de las Garras, al oírse injuriar, no quiso ni tomarse el trabajo de coger la maza de plata. Salió en seguida y acometió a Chung-Kuei con sus garras. Pero sin que se diese cuenta, cayó sobre él el murciélago y empezó a picotearle los ojos, de los que en seguida brotó sangre fresca. El demonio de las Garras rompió a gritar: «Yo sabía arañar con mis garras a los hombres, pero no sospechaba que otros hombres pudiesen arañarme a mí.» Inmediatamente aban-

donó vencido el lugar de la lucha. El guía y Chung-Kuei le persiguieron, acometiéndole sin cesar, hasta que al fin le cogieron y decapitaron.

Cuando los ancianos anunciaron esto al jefe del distrito y éste supo que quedaba destruída aquella calamidad, se llenó de júbilo su corazón. Convocó a todo el pueblo e invitó a Chung-Kuei a que viniese. Pero Chung rechazó la invitación. No quería ir. Entonces clamó el pueblo entero: «El gran señor ha acabado con la calamidad que se cernía sobre este lugar. Nosotros, gente humilde, podemos vivir ahora tranquilos y seguros. Le rogamos humildemente que permanezca entre nosotros algunos días, para que todos unidos podamos expresar al gran señor algo de la gran veneración que le profesamos.» Viendo Chung-Kuei que todo el pueblo le suplicaba ardentemente, no pudo negarse a seguir al jefe del distrito a la Casa Comunal.

Durante aquel tiempo se había preparado un banquete. En la pared posterior había biombos, con caracteres trazados en oro. A los dos lados paisajes de maestros famosos. En el suelo alfombras preciosas y almohadones bordados. Sobre la mesa, cacharros antiguos de bronce. Los asientos estaban ornados con bordados de flores de Sutschau. Los tapetes de la mesa procedían de la orilla derecha del río y estaban adornados con bordados de oro. La estancia competía en brillo con

el sol esplendoroso, acordada en un tono unánime y uniforme. El jefe del distrito cogió en seguida las tazas de vino. Hizo que Chung-Kuei se sentase en el sitio de honor, teniendo a Han a su izquierda y a Fu a su derecha. El jefe del distrito se sentó abajo enfrente de ellos. Trajeron bebidas. Ante la escalinata había una compañía de cómicos que enviaron la lista de sus obras y le pidieron a Chung-Kuei que designase el espectáculo más de su agrado. Chung escogió la obra: *El héroe Kuan mata a un duende*. Transcurrido breve tiempo, volvieron a salir los actores ya vestidos para el espectáculo. Salió primero Chou, funcionario de poca categoría, que cantó una canción y se volvió a ir. Después le pidió a Wang (un taoísta a quien había invitado) que le escribiese en un papel unas palabras mágicas para ahuyentar a un duende; pero la cosa acababa en que el duende golpeaba lindamente al taoísta. Afortunadamente, viendo Lu Chun-Yang que el duende era demasiado generoso, llamó en su ayuda al héroe Kuan Fu-Ze. Kuan Fu-Ze tuvo que emplear mucho furor y fuerza, hasta que al cabo logró que Chou cogiese al duende y le decapitó. Al llegar a esta escena, el jefe del distrito dijo: «El alto señor ha decapitado hoy al demonio. No es, por tanto, inferior en méritos a Kuan Fu-Ze.» Chung-Kuei dijo: «El noble señor me ha invitado a venir y ha hecho, por tanto, de Lu

Chun-Yang.» Han-Yuan dijo: «Fu, el jefe de la vanguardia, puede ser considerado como el Chou.» Pero Fu-Chou dijo: «De ningún modo. Me ha arañado la cara que sangraba atrocemente. A lo sumo podría compararme con Wang, el taoísta. ¿Cómo iba a atreverme a compararme con Chou-Sang?» Al oír esto, todos los hombres rieron de buen grado.

Como hubiese llegado la hora del crepúsculo amarillo, Chung-Kuei quiso despedirse. El jefe del distrito dijo: «Este humilde empleado posee un pequeño jardín. Ruego al alto señor que apla-ce por unos días el viaje y no desdeñe la invita-ción de este ínfimo funcionario.» Chung-Kuei no pudo negarse a seguir al jefe del distrito hasta el jardín. Una vez dentro, vió cuatro muros blan-cos y en el interior dos alegres casitas separadas. Entre las casitas había un enorme pino. Aun-que iba ya mediado el otoño, su sombra verde protegía contra el resplandor del sol y el sitio era delicioso y confortable. Largo tiempo estuvo Chung-Kuei contemplando el jardín, hasta que al cabo entró en una de las casitas. El interior no podía ser más agradable y estaba graciosamente amueblado. Chung-Kuei se sentía alegre en su ánimo. De pronto vió sobre la larga mesa dos cuadernos de poesía. Los abrió y comenzó a ho-jearlos. Las poesías en estrofas de cuatro versos cantaban el viento de otoño, la luna de otoño, las

montañas de otoño y la lluvia de otoño. Chung-Kuei comenzó a leer con detención uno de los cuadernos.

La poesía que cantaba el viento de otoño, decía así:

«El viento dorado de Occidente sopla suave por las rejas de la ven-
[tana.
Gansos silvestres alineados, como caracteres escritos, oscurecen el
Esta tarde estoy triste y quisiera soñar. [aire
No sé a qué casa llegará el aliento de mis quejas.»

La poesía que cantaba la luna de otoño, decía así:

«Otoño claro, clara noche, sobre las ondas resplandor otoñal.
El fulgor del cielo ilumina las sombras de los árboles de la canela.
Quisiera raptar a la señora luna, para que alegrase mi soledad y mi
[silencio.
¡Qué hermoso sería que bajase de la ventana, danzando con su ves-
[timenta de fulgor!»

La poesía que cantaba la montaña de otoño, decía así:

«Pasa una nube blanca y otra le sigue.
El sendero está lleno de hojas heladas, como flores.
El afortunado que, como Sie-An, sube resuelto a la altura,
debe encontrarse con hadas y llegar a la terraza del cielo.»

La poesía que cantaba la lluvia del otoño, decía así:

«Hojas amarillas caen en el vapor espeso de la tarde.
Tras la lluvia y el viento, en el estanque se agitan finas sombras.
En silencio ansío la frescura clara, como unos ojos nobles.
En la melancolía de la lluvia otoñal recuerdo siempre a mi bella gra-
[ciosa.»

Leído esto, dijo Chung-Kuei: «Este cuaderno es excelente, en lo que toca al talento del autor y a sus pensamientos. Pero es ligero y alocado en la expresión. Debe proceder de un hombre licencioso y desenfrenado.» Dicho esto, se puso a leer el otro cuaderno.

La poesía que cantaba el viento del otoño, decía así:

«Día otoñal, viento frío, el vestido de gasa no sirve.
Las copas de los árboles se agitan con violencia.
Falta la nube de huéspedes gozosos; pero puesto que reina la alegría,
volveré a casa cantando con los compañeros.»

La que cantaba a la luna de otoño, decía así:

«La luna clara, al llegar el otoño, resplandece más brillante.
Yo sacrifico un largo cirio de incienso.
Si la luna quisiera concederme una cita,
me deslizaría fuera y me quitaría el vestido azul para cambiarlo por
[el de púrpura.»

La que cantaba el viento de otoño, decía así:

«La expiación en germen, que cortará el hilo de la vida, vuelve de
Por eso en la montaña otoñal sólo florecen escasas flores. [nuevo.

En los últimos años, los hombres no se cuidaban del bien común.
Por eso los cipreses no son comparables a los de la lejana montaña
[de Wu.]»

La que cantaba la lluvia de otoño, decía así:

«Abundan siempre las aguas, que brotan de las fuentes.
Pero hacia el final del otoño, no se mueven las ondas.
Las aguas sucias no sirven ni para lavar las cintas de los gorros de
[los niños,
No se puede ni lavarse las manos en ellas. ¿Cómo se ha de espejar
[en ellas la hermosura?]

Cuando Chung-Kuei hubo terminado la lectura, se echó a reír y dijo: «Insensateces de mal gusto, que repugnan.» El jefe del distrito dijo: «La sagacidad del alto señor no yerra. Esos versos proceden de los principiantes, que están a mi cuidado. Los hay entre ellos más indoctos aún. Viendo que estos dos pueden ser afinados y retocados, los ayudo. El poeta del cuaderno ligero y alocado, tiene, sin embargo, dotes y capacidad. Algunas cosas no están mal. Sólo que el muchacho es ligero y licencioso. A menudo corre desenfrenado por entre flores y praderas. Su conducta carece de freno moral. Por esta razón se le llama el demonio Insensato. En cambio, el de las «insensateces de mal gusto que repugnan», es exactamente lo contrario. Cuando abre la boca es para hablar en tono doctoral. Su andar es siem-

pre medurado y lento. Es en todo cuanto hace la afectación misma. Por eso le han puesto de apodo el demonio Afectado.» Chung-Kuei dijo: «Ya Kung-Fu-Ze (Confucio) dice: Puesto que no encuentro discípulos que observen el justo medio, he de acomodarme con atolondrados y morosos.» De aquí se deduce que lo más difícil es encontrar el camino medio. En este punto del coloquio oyóse fuera ruido de tambores y entraron hombres con un escrito de querrela. He aquí de lo que se trataba:

El demonio Embustero, al partir con el Engañador, percibió 5.000 *lot* de plata. Tan pronto como tuvo el dinero en sus manos, se compró dos criados. Uno se llamaba *Coge el Viento* y el otro *Atrapa Sombras*. Estos dos le buscaron a su vez dos ayudantes. Todos reunidos emprendieron un negocio. Uno de ellos poseía de nacimiento manos y pies cubiertos de pelo, indicio claro de disposiciones para el robo. Era doctor en todo género de trapacerías. Su nombre era el demonio Ratero. El otro tenía de nacimiento dientes afilados, indicio de dotes oratorias. Le llamaban el demonio Ladrón. Tan pronto como éstos se encontraron metidos en el comercio, izaron la vela al viento favorable; el uno hurtaba y el otro robaba. Pero un día hubo de descubrirse todo. El demonio Ratero cogía la plata y la guardaba en un bolso atado al cuerpo. En una ocasión le vió *Coge*

el Viento. No se atrevió a decírselo cara a cara; pero se apresuró a contárselo al señor. El demonio Embustero, a quien esta acusación había hecho inevitablemente desconfiado, entró un día en la tienda para hacer el balance y vió que faltaban muchas monedas de plata. El demonio Embustero preguntó al demonio Ladrón: «Falta la mitad del dinero puesto en el fondo y mucho de lo cobrado. Es evidente que me habéis engañado.» El demonio Ladrón dijo: «Lo que falta os lo iré pagando poco a poco y no podréis decir que os he engañado. Si no os devuelvo la plata que falta, que me pisotee un caballo bajado del cielo.» Dijo y se fué hosco y malhumorado. Luego el demonio Embustero le hizo análogos cargos al Rate-ro. Pero éste contestó de un modo parecido. El demonio Embustero le hubiera pegado de buena gana, pero recordó lo mal que le había ido con aquel procedimiento al demonio Engañador. El carro que va delante sirve de advertencia al que le sigue. No encontró otro recurso que llamar a un abogado, a quien dió un *lot* de plata. El abogado, mezclando mentiras y verdades, redactó una querrela y el demonio Embustero la presentó al jefe del distrito.

El funcionario encargado de la puerta se hizo cargo de la querrela y la envió al jardín. Le fué entregada al jefe del distrito, que la leyó junto con Chung-Kuei. He aquí su texto:

Querellante: el demonio Embustero. Asunto: robo de tesoros a la luz del fuego y homicidio de incontables personas.—Teniendo en cuenta que el humilde querellante ha sido durante toda su vida cuidadoso y precavido, su discurso no será liviano en modo alguno. En tres meses y por obra de su boca, había ahorrado hasta 5.000 *lot* de plata. A juzgar por ello, esperaba fundadamente reunir un gran caudal y transmitirlo a sus hijos y nietos durante diez mil generaciones. Inesperadamente el Destino trastornó su vida. De pronto vió que el demonio Ratero y el Ladrón, que poseen corazones de tigres y lobos, tenían la intención aviesa de tragarse todo su patrimonio, como ballenas. Bajo la capa de auxiliares suyos eran en realidad ladrones y estafadores. Finalmente, en tal y cual mes, en tal y cual día, a la luz del fuego, cogieron la espada, se apoderaron de tesoros y caudales y huyeron. Si se tiene en cuenta que el caudal es lo que garantiza el sustento, habrá de extinguirse la vida de la familia del humilde querellante. Ante un delito tan horrendo, húndese el cielo. ¿Dónde quedan las leyes imperiales? De hinojos suplico que:

La reconocida justicia del alto señor castigue rápidamente a los perversos malhechores, premiando a los buenos y virtuosos. En el caso de dar satisfacción a esta demanda, el alto señor será venerado como salvador por diez mil gene-

raciones que le harán sacrificios y se postrarán de hinojos hasta el infinito.

Cuando los dos hombres terminaron de leer, hablaron de esta manera: «Esta querrela contiene algunas cosas falsas. Si los delincuentes eran auxiliares suyos, ¿cómo los describe como ladrones y estafadores? Y desde luego es falso eso que dice de a la luz del fuego y eso del homicidio. La cosa no está clara. Aguarde el noble señor un momento, hasta que este humilde funcionario le haya interrogado.» Chung-Kuei dijo: «Id e interrogarle. ¿Qué os parece si yo escuchase detrás del biombo?» El jefe del distrito dijo: «Me parece muy bien.» Inmediatamente sonó el tambor de madera y el jefe del distrito entró en la sala del tribunal. A ambos lados aparecían en fila alguaciles y corchetes. Abrieron la gran puerta e indicaron al demonio Embustero que entrara y se arrodillase. El jefe del distrito preguntó: «¿Es cierta esta querrela vuestra?» El demonio Embustero dijo: «Vuestro humilde servidor no ha mentado nunca.» El jefe del distrito dijo: «¿Cómo habéis logrado juntar en tres meses 5.000 *lot* de plata por obra de vuestra boca?» El demonio Embustero dijo: «Es menester que le explique al alto señor las condiciones. Vuestro humilde servidor se sustenta moviendo los labios, es decir, hablando todo el día. Desde hace tiempo me ligaba una amistad íntima con cierto demonio Jugador.

Vuestro humilde servidor tuvo que gastar boca y lengua y estuvo hablándole tres meses seguidos hasta que consiguió que le diera 5.000 *lot* de plata. ¿No es cierto que los he adquirido por obra de mi boca?» Esta contestación llenó de cólera al jefe del distrito. Sin embargo, preguntó: «¿De qué manera os han robado los tesoros al resplandor del fuego?» El demonio contestó: «Cuando vuestro humilde servidor liquidó las cuentas, estaba ya encendida la lámpara y fué, por tanto, a la luz del fuego. El demonio negó que hubiese hurtado la plata de vuestro servidor, y desapareció. Hay, pues, robo de tesoros.» El jefe del distrito dijo: «Habláis de homicidios de incontables personas. ¿Cómo demostráis la verdad de esa afirmación?» El demonio Embustero dijo: «Esta es la mayor verdad. Si vuestro humilde servidor poseyese aún la plata, buscaría a una mujer, se compraría una concubina y engendraría algunos hijos. Al cabo de algunos años, los hijos se casarían a su vez y engendrarían nietos. Y así, de generación en generación, nacería una cantidad incalculable de personas. Pero habiéndole robado la plata a vuestro servidor, se ha acabado la historia. Vuestro humilde servidor es pobre. Forzosamente ha de morir de hambre y han de extinguirse sus gérmenes. ¿No es, pues, un homicida de incontables personas?» Viéndole mentir tan descaradamente, el jefe del distrito quería imponerle un castigo.

No había contado con Chung-Kuei que, al oírlo, salió, colérico, de detrás del biombo. Alzó el brazo, dejó caer la espada y, alcanzando con el tajo al demonio Embustero, lo descabezó.

Entonces el jefe del distrito ordenó que se presentase el demonio Ratero y le preguntó: «¿De qué manera le habéis robado? Decid la verdad toda si queréis evitar el castigo.» El demonio Ratero dijo: «Vuestro humilde servidor no ha hecho más que hurtarle en secreto algunas cosillas. Pero él llegó un día y dijo que le había robado su caudal.» No había terminado de hablar, cuando aparecieron *Coge el Viento* y *Atrapa Sombras*, que atestiguaron: «Todavía tiene en su poder cosas robadas.» Y, en efecto, dada la orden de registrarle, aparecieron muchas cosas. Colérico dijo el jefe del distrito: «Aquí tenemos la prueba de vuestros latrocinios. ¿Qué tenéis que decir a esto?» Volviéndose a Chung-Kuei preguntó: «¿Cómo hemos de proceder con este demonio?» Chung-Kuei dijo: «La culpa de los hurtos y de los robos la tienen las dos manos. Por eso a los ladrones es lo mejor cortarles las manos, para que no puedan volver a hurtar ni robar.» El jefe del distrito dijo: «No me parece desacertada la decisión del alto señor.» E inmediatamente le cortaron las manos al demonio Ratero.

El jefe del distrito mandó entonces llamar al demonio Ladrón y le dijo: «¿Cómo habéis hecho

el robo?» El demonio Ladrón dijo: «Yo no le he negado nunca a nadie lo que es suyo. Lo único que he hecho ha sido gastar algunos lot de plata, y me he obligado solamente a devolvérselos. La obligación se ha hecho por escrito y contiene tres plazos. Pero él no quiso aceptar lo que le proponía.» El demonio Ladrón entregó las cédulas al jefe del distrito, que las abrió y las leyó. El texto era éste:

«Primer plazo:

Nuestra Alta Señora, la inmortal Wang-Mu, tiene que volver a nacer en figura de hombre. Si el nacimiento no se verifica, se entiende prorrogado este plazo hasta el segundo plazo.

Segundo plazo:

Pagaré cuando deje de verse en el cielo la estrella brillante. Si se viera, se entiende prorrogado este plazo hasta el tercer plazo.

Tercer plazo:

Pagaré cuando se cambien en golondrinas los peces del río. Hecha la transformación, es menester que no aparezcan en todo un año.»

Cuando el jefe del distrito hubo leído esto, dió un puñetazo sobre la mesa y dijo furioso: «¡Vil esclavo! ¡Y decías que no le habías tomado nada! La lengua de este hombre es excelente para retorcersela. En verdad, su lengua no habla más que para engañar. ¿Cómo no habíamos de cortársela?» Terminada la sesión, todos los presentes extre-

maron su gratitud a Chung-Kuei. En su honor fundaron un templo, para atestiguarle la gratitud del distrito.

Durante varios días Chung-Kuei siguió vi- viendo ocioso en la morada del jefe del distrito. Pero un día se arrodilló ante él el demonio Co- rredor y le dijo suplicante: «Vuestro humilde servidor ha averiguado que en Occidente hay un ogro dañino por todos conceptos. No habrá ne- cesidad de arcos tensos ni de flechas. Ruego al alto señor que vaya a restablecer la paz.» Al oír esto, Chung-Kuei comenzó a despedirse y se dis- puso a emprender el viaje. El jefe del distrito le detuvo insistentemente. Chung-Kuei dijo: «Vues- tra gran amabilidad me obliga a una gratitud in- finita. Pero ¿qué puedo hacer? Tang, el Hijo del Cielo, me ha ordenado que vaya por todas partes a prender y matar a los demonios perversos. Si continuase por más tiempo en vuestra morada, en primer lugar faltaría a la orden del Hijo del Cielo, y en segundo lugar me sería penoso el sen- timiento del deber incumplido.» El jefe del dis- trito dijo: «Este demonio no es un enemigo fuer- te y poderoso. Se trata únicamente de restablecer la paz. ¿No sería mejor que emprendiese el viaje el mariscal y que el alto señor aguardase aquí entre tanto?» Entonces, dijo Han-Yuan: «Confu- cio ha dicho: para una gallina no hace falta un cuchillo de carnicero. ¿Para qué ha de ir el señor

personalmente? Bastará con que acuda yo con algunos hombres.» Dijo, y se fué alegremente.

Chung-Kuei vió en esto al murciélago que levantaba el vuelo hacia Oriente y dijo: «Creo que en la dirección de Oriente hay también malos demonios.» El jefe del distrito dijo: «¿Por qué medios lo ha averiguado el alto señor?» Chung-Kuei dijo: «Este murciélago es mi oficial explorador. En seguida sabe dónde hay demonios y, como ahora vuela hacia Oriente, seguramente habrá demonios en la dirección de Oriente. No me queda más remedio que avanzar y salir a su encuentro.» El jefe del distrito dijo: «Y si el alto señor no está aquí cuando el mariscal regrese, ¿adónde ha de ir éste a buscarle? La opinión de este ínfimo funcionario es que bastaría con que por de pronto fuese allá Fu, el jefe de la vanguardia. Si no se trata más que de un par de malos demonios sin importancia, fácilmente acabará con ellos Fu; y si se tratase de algún agitador peligroso, de algún adversario difícil, siempre sería tiempo de que el alto señor fuese allá.» Chung-Kuei comprendió que lo dicho era acertado y le dijo a Fu-Chu: «Yo me quedaré aquí por ahora. Avanzad vos, pero sed prudente y no obréis de ligero.» Fu-Chu recibió la orden y, a la cabeza de los soldados infernales, se puso en marcha en la dirección indicada por el murciélago. En la narración siguiente se hablará de esta expedición.

SEPTIMA NARRACION

ANTE OLOROSAS TAZAS DE VINO, DOS HOMBRES SE ENTRETienen A LA LUZ DE LA LUNA. OFRECIÉNDOLE UN VINO DELICIOSO, CINCO DEMONIOS SE APODERAN DE
CHUNG-KUEI

El demonio Insensato poseía un entendimiento natural muy certero y una concepción rápida de las cosas. Pero su conducta era la de un hombre osado y caprichoso. Cantaba canciones y hacía versos. Aunque no era capaz de improvisar una poesía, en el tiempo que se tarda en dar siete pasos, como el famoso poeta Sao-Chí, tampoco necesitaba rascarse la oreja para que le viniera la inspiración. Era, además, un original extraordinario, que no se preocupaba de detalles. Su nombre era por eso muy conocido en todo el Imperio. El demonio Astuto, habiendo oído elogiar sus cualidades, fué a ofrecérsele. Desde el primer momento los dos demonios se sintieron como antiguos amigos y a poco convinieron en llamarse

hermanos. Un día—era justamente hacia la mitad del otoño—charlaban tranquilos, cuando de pronto vieron que del Océano Oriental, del Gran Mar, salía el disco de la luna con resplandores claros y amables. El demonio Insensato dijo: «Esta noche será la luna clara. ¿No te parece que debiéramos invitar al demonio Afectado, para gozar con él del claro de luna?» El demonio Astuto dijo: «Sin duda es hermoso gozar del claro de luna, pero el demonio Afectado no me parece hombre capaz de sentir este placer. Temo que para él sea un resplandor perdido.» El demonio Insensato dijo: «No parece que estemos muy alegres. Invitémosle para burlarnos de él y tendremos motivo de risa. ¿Por qué no habríamos de hacerlo así?» Apenas hubo dicho estas palabras, el demonio Astuto envió en seguida a un muchacho para invitar al Afectado. El muchacho partió y estuvo ausente un buen rato. Regresó y con él venía el invitado.

El demonio Afectado entró en la estancia. Una reverencia profunda, muy profunda. Luego dijo al demonio Insensato: «Yo, humilde hermano menor, leía justamente un libro, cuando vuestro servidor llegó a invitarme. He venido, pues, sin aguardar a que enganchasen el carro. ¿Qué es lo que tiene que decirme mi hermano mayor?» El demonio Insensato dijo: «Habiendo visto vuestro humilde hermano menor cuán linda era la luna,

os ha invitado para que os entretengáis con nosotros.» El demonio Afectado dijo: «Mi hermano mayor se equivoca. Los antiguos se servían de los gusanos de luz y de la luz de la nieve para leer los libros. No utilizar esta hermosa luna para leer el libro de los poemas, es entretener el tiempo en frívola ociosidad. Por otra parte, la luna representa el ser femenino originario. ¿Qué hay en ella que pueda regocijar? Y suponiendo que el claro de luna fuese adecuado para la diversión, también cabría utilizar del mismo modo el sol rojo. ¿Por qué mi hermano mayor no saca, frente al sol rojo, un jarro de vino para su solaz y diversión? Hasta los miserables procuran aprovechar el tiempo. Con mayor motivo debiéramos hacerlo nosotros, que no tenemos aun categoría y hemos pasado la primera juventud.» Todo este discurso molestó al demonio Insensato, que lo oyó muy a disgusto. Habló así: «Hermano mayor, hace varios días que no os había visto. ¿Por qué os habéis hecho más pedante todavía? Un hombre que vive en el mundo no debe pasar de largo ante las flores de la mañana y la luna de la noche. Los antiguos han usado cirios para solazarse por las noches. ¿No ha oído decir el hermano mayor que el Emperador Tang-Ming-Huang, el décimoquinto día del primer mes, entró por la noche en el palacio de la luna, siguiendo a Lo-Kung-Yuan a pie? ¿No ha visto por sí mismo a la inmortal Ngo y

a las hadas sencillas bailar a la luz de la luna? Aunque nosotros no podemos ser como Tang-Ming-Huang, no debemos despreciar la bella representación de una luna deliciosa.» El demonio Afectado contestó a este discurso con estruendosa risa: «Ese discurso no puede ser más monstruoso ni desatentado. La doctrina del justo medio enseña: sol, luna, estrellas y constelaciones, ¿cómo estarán sujetas? La luna es como una bola de cristal. ¿Cómo ha de estar en ella la inmortal Ngo ni las hadas? Sólo los escritores, que juegan con su pincel, le han prestado una existencia artificial. ¿Y no dice Meng-Se: si hubiera de creerse por entero al libro, sería preferible no leer libro alguno? Esto es lo que acontece.» El demonio Insensato dijo: «Según lo dicho por el hermano mayor, la luna se encuentra sujeta en el espacio vacío. ¿Acaso está sujeta con una maroma de cáñamo? ¿O con una cadena de hierro? ¿Y adónde puede estar amarrada la maroma? ¿Y quién es el encargado de tirar de ella? Explíqueme todo esto con detalle.» El demonio Afectado dijo: «¿Cómo es posible que no entendáis esto? Si no hubiese en el cielo un lugar adonde se pudiesen atar cuerdas, ¿cómo se las hubiera arreglado Nu-Kua para reparar la bóveda celeste? De donde resulta que seguramente hay hombres en el cielo, y contamos con pruebas de ello. Por consiguiente, ¿por qué no ha de ser posible atar y sujetar?» El de-

monio Insensato, harto de oírle hablar afectadamente y en tono doctrinal, se disponía a seguir discutiendo. Pero el demonio Astuto le hizo una señal para que callase. El demonio Insensato comprendió su intención y no dijo ya ni una palabra más. Viendo el demonio Afectado que el Insensato no hablaba, bebió de mal humor unas tazas de vino y regresó a su casa indignado. Al cabo de unos días le salió en la cabeza un gran tumor. Pus y sangre mezclados brotaban de él. Cuando el tumor quedó vacío, apareció un agujero profundo. Llamó el demonio Afectado a un médico de enfermedades externas, para que lo viese. El médico de enfermedades externas dijo que los malos humores habían penetrado en la cabeza y que ya no había cura posible. Y, en efecto, poco después, ¡oh dolor!, el demonio Afectado había muerto.

Después que se hubo ido el demonio Afectado, dijo el Insensato al Astuto: «¡Qué repugnante tipo! Su presencia nos ha echado a perder la noche. Pero ya que se ha ido demos un paseo a pie, para disfrutar de la belleza de la luna. ¿No te parece bien?» El demonio Astuto dijo: «Me parece muy bien.» Los dos salieron, pues, y echaron a andar por calles y caminos. Al cabo de un rato vieron un muro blanco, a uno de cuyos lados había una puerta medio cerrada y medio abierta. Entraron ambos para ver lo que había dentro. Se encontraron en un jardín florido, umbroso y mag-

nífico, sin que se apercibiese [huella alguna de hombre. Lo visto excitó su curiosidad y se atrevieron a seguir cautelosamente. A la sombra de unos verdes sauces vieron un claro arroyo serpen-



teante, y sobre el arroyo un puentecito de madera. Los dos demonios atravesaron el puente y se encontraron en un bosquecillo, en el que había rosas amarillas, peonias blancas, árboles de incienso y peonias rojas. Un lugar de densa sombra verde. También se encontraba allí un bloque de piedra de la cantera del Gran Lago. Los dos demonios se sentaron sobre la piedra. Desde allí contemplaron el jardín, lleno de sombras juguetonas y de ramas floridas. En el fondo sombrío había un elevado edificio. Mientras se solazaban en esta

vista oyóse de pronto un ruido estridente. Ambos levantaron la cabeza para ver de qué se trataba. Dentro de un segundo muro había un edificio elevado. En el piso superior, en el que estaba abierta una ventana, pudieron ver a una muchacha bellísima. El adagio dice: «A la luz de la luna es más fresca la belleza de una hermosa. Lo negro se hace más negro y más blanco lo blanco.» La muchacha era semejante a Chang-Ngo, la luna inmortal. Una mano sostenía la mejilla olorosa, mientras los ojos contemplaban la luna brillante. Poco después los demonios oyeron un largo suspiro, como si la joven quisiera decir palabras y no las encontrase, o como si quisiera llorar su dolor, un dolor incomprendido. Apenas la hubo visto el demonio Insensato, su alma alocada le abandonó y voló al piso superior. El demonio Astuto dijo: «A juzgar por tu apasionada actitud, parece dominarte el ansia amorosa. Hermano mío mayor, ya que posees tan altos dones ¿por qué no cantas una canción, a ver cómo la recibe?» El demonio Insensato dijo: «Tienes razón.» Improvisando cantó una delicada canción, que decía así:

Una racha de viento limpió de nubes la luna brillante en el cielo.
Desde lo alto de esta piedra miro a lo lejos, entregado a mis sueños.
Espero que Chang-Ngo tenga compasión de la soledad y el silencio,
Y aguardará el momento de deslizarse fuera del frío palacio blanco.

A oír la bella que un hombre cantaba versos, inclinó la cabeza para ver quién era y contempló el rostro, las vestiduras y la apostura gallarda del demonio Insensato. Viéndole, sintió que podría amarle. Y cuando oyó que los versos de su poesía eran claros y nuevos, y que cada frase contenía un doble sentido, sintió el deseo de desposarse con aquel hombre. Le estorbaba, sin embargo, la presencia del demonio Astuto. No era posible darle las gracias al cantor. Sólo se atrevió a insinuar una leve sonrisa. Cerró la ventana y desapareció. Al ver el demonio Insensato que la bella había desaparecido, lamentó que no le pudiesen nacer en el cuerpo dos alas para volar al piso superior y estrecharla entre sus brazos. El demonio Astuto dijo: «Volvámonos en seguida. Si viniese gente, la cosa podría traer graves consecuencias.» El demonio Insensato se vió forzado a seguirle. .

Cuando estuvo de regreso en su casa, ¿cómo iba a dormir? Se puso en seguida a hacer versos, y compuso esta poesía:

En el patio solitario caen sombras densas,
Que vienen de la terraza de los olivos del otro patio.
En la noche profunda el viento ha interrumpido el sueño.
La luz de la luna, limpia de nubes, juguetea con las sombras de las
El alma vuela a la lejana montaña de Wu. [flores.
El amante sigue la marcha del tiempo en el reloj de agua.
¿Cómo ha de soportar el grito del ganso silvestre solitario?

Cuando al día siguiente se iluminó el cielo, apoderóse de él la enfermedad de la nostalgia, acompañada de frío, humedad y calor. El demonio Astuto entró a verle. Lleno de espanto, dijo: «Hermano mío mayor, ¿a qué se debe el aspecto de tu cara? Creo que es por haberte expuesto ayer noche al viento. ¿Por qué no tomas alguna medicina, que eche fuera tu mal, provocando el sudor?» El demonio Insensato dijo: «Mi enfermedad no se cura con medicinas. Para que me ponga bueno es imprescindible que la bella apague el fuego de mi deseo.» El demonio Astuto dijo: «A juzgar por este discurso, mi hermano mayor está atacado de la enfermedad de la nostalgia.» El demonio Insensato dijo: «Con una belleza semejante, ¿cómo es posible no enfermar?» El demonio Astuto dijo: «Temo que mi hermano mayor haya enfermado en vano de ese mal. No conocemos el nombre ni el apellido de la bella, ni sabemos nada de su familia y posición. Por hondos que sean los sentimientos que ella haya inspirado a mi hermano mayor, ¿cómo va a enterarse de todo eso?» El demonio Insensato dijo: «También yo sé que mi dolor es inútil; pero mi corazón está inquieto. Nunca podré librarme de esta obsesión. Si no consigo alcanzar el amor de esa bella, el hermano mayor no debe contar conmigo.» Dijo y suspiró profundamente. Parecía que iba a romper a llorar. El demonio Astuto reflexionó y se dijo: «¿No sería

pagarle bien la amistad que me ha demostrado, el procurarle la realización de este casamiento?» Caviló un rato y luego dijo: «¿Por qué no escribe el hermano mayor una carta, exponiendo su tormento amoroso, y luego espera hasta que el hermano menor vaya y se la entregue? Quizá al leerla la bella sienta deseos de unirse al hermano mayor.» Pero el demonio Insensato dijo sonriéndose: «Todo el mundo te llama Astuto. ¿Cómo vas a exponer tu fama de esta manera? Piensa que no tenemos ningún parentesco ni relación con ella. ¿Cómo conseguirás entregarle la carta? Y en el caso de que se la entregues, si sus padres la viesen creerán que se trataba de un juego criminal con la hija de una familia honrada y no lo consentirán.» El demonio Astuto dijo: «Hermano mío mayor, hay cosas que tú no conoces. Para que la carta llegue a su poder es necesario hacer esto y lo de más allá. También procuraremos que no sepan nuestros nombres ni se enteren de que hemos enviado una carta. Sólo la bella ha de saberlo. Entonces veremos si la respuesta es favorable o no. Obrando de esta manera, ¿cómo ha de acontecernos desgracia, ni cómo ha de tener malas consecuencias nuestra conducta?» Al oír esto el demonio Insensato dijo jubiloso: «Mi hermano mayor es realmente astuto. En verdad, tiene bien merecida su fama.» Cogió papel de cartas, adornado con flores, mojó el pincel y escribió una

carta sin necesidad de borrador, con el mayor cuidado. La carta decía así:

«Anoche paseaba yo a la luz de la luna por el jardín, movido al principio tan sólo por los nobles sentimientos que agitaban mi pecho. ¿Cómo hubiera osado esperar ver el rostro de Chang-Ngo en el amplio palacio frío? Inesperadamente, la bella ha tenido compasión de mí. Primero me honró con una mirada de sus ojos claros, y luego con una sonrisa. ¿Qué virtud, qué poder me regala semejante honor supremo? ¿Lo debo al cielo o a los hombres? ¿O acaso a los designios insondables del destino? Desde que mi corazón se ha sentido herido ha palidecido mi rostro, se acumulan en mi pecho los temores, y la preocupación frunce mis cejas. No tengo humor para leer historia, ni para estudiar los clásicos. No puedo hacer más que cantar al viento y pasear a la luz de la luna. Así como se amontonan negras nubes en el cielo, así se acumula la opresión en mi corazón. El aliento de mi boca se trueca en largo suspiro, como sopro de viento. Es verdad que ayer la bella me trató con compasión. Pero hoy, al romper el día, me encuentro herido. ¡Así es por desdicha! En la terraza del cielo es bella la flor. Pero Yuan-Lang no pudo realizar su propósito. ¡Qué tristeza la mía! De rodillas os suplico que penséis en mi pequeñez, que salvéis a un hombre la vida. Quisiera que me hicieseis feliz, conce-

diéndome una mínima participación en vuestro amor. Atento aguardo vuestra respuesta, que me consuele, encadenado como estoy. La poesía de ayer va incluida en la carta. Espero palabras jubilosas que acuerden con las mías.»

Cuando el demonio Insensato terminó de escribir la carta, se la entregó al demonio Astuto. El demonio Astuto compró una gran cantidad de flores azules de metal delgado, se vistió a la manera de los vendedores y se proveyó de uno de esos tambores con que se llama a las mujeres distinguidas. Andando por los mismos caminos que la noche anterior, llegó a la puerta del jardín. Entró, y sus propósitos se vieron favorecidos por las circunstancias. Quiso la fortuna que la bella apareciese en el piso superior. Al ver al vendedor, envió a Perfume de Flor de Ciruelo, para decirle que quería comprar flores azules. El demonio Astuto recibió la nueva jubiloso. Perfume de Flor de Ciruelo dijo: «Nuestra hermana mayor quiere un par de ramos de flores azules. Tienen que ser muy hermosos.» El demonio Astuto dijo: «Ahí están.» Y aprovechó la ocasión, poniendo en el ramo la carta. Perfume de Flor de Ciruelo no notó, naturalmente, que hubiese en el ramo una carta de amor. Subió al piso superior y entregó el ramo a la hermana mayor. Al verlo ésta, hizo como que examinaba cuidadosamente el ramo y leyó la carta. Se dió cuenta de que

procedía del caballero de la noche anterior, y comprendió perfectamente el sentido íntimo de la carta. Cada letra era un emblema de amor, cada frase destilaba lágrimas. ¿Cómo no había de conmoverse su corazón? Para alejarla ordenó a Perfume de Flor de Ciruelo que trajese té, buscó apresuradamente un pliego de papel y escribió la respuesta; luego, unos versos con la misma rima que los de la noche anterior. La carta recibida, la guardó, escondió en el ramo la respuesta y envió a Perfume de Flor de Ciruelo con el encargo de que dijese: «El ramo no le gusta, traedlo más hermoso otra vez, si volvéis por aquí.» El demonio Astuto vió que había cambiado la envoltura de papel y se dió cuenta de que era la contestación. Con el corazón lleno de júbilo, respondió: «El ramo no era hermoso. Cuando tenga otros más hermosos, volveré a traérselos a la hermana mayor». Dijo; y, muy contento, regresó a casa.

Desde la puerta, gritó: «¡Enhorabuena respetuosa a mi hermano mayor!» El demonio Insensato esperaba, triste y melancólico. Apenas oyó decir enhorabuena respetuosa, mejoró su estado de ánimo. Preguntó en seguida, impaciente: «¿Es posible que nuestro propósito se haya logrado?» El demonio Astuto cogió la respuesta y se la entregó. Los dos hombres la leyeron con la mayor atención. La respuesta era, realmente, favorable. La carta decía así:

«Vuestra servidora está severamente reclusa en las habitaciones de las mujeres. Año tras año pasa, sin que nadie se fije en la belleza de la primavera. Mucho tiempo he estado sin ver los ojos que buscan flores. Inesperadamente se abrieron las puertas de la terraza del cielo y penetró por ellas mi amado. Sólo con una dulce sonrisa he podido expresar los sentimientos que albergo en mi pecho. ¿Es posible que con ello se hayan abierto posibilidades de enlace? Por vuestra honrosa embajada he sabido que el señor piensa en vuestra servidora. Veo que también el resplandor de la luna ansía penetrar por la ventana. ¿Quién podría impedirlo? La nube flotante no desea abandonar la montaña; pero el viento la expulsa de ella. Ya que se me hace una proposición de matrimonio por amor, la acepto y prometo una fidelidad inmensa como el mar y firme como la montaña. Mi temor es que la familia tiene un señor severo. ¿Cómo sería posible que tolerase la satisfacción secreta de nuestras mutuas ansias? Temo el abismo que nos separa. ¿Qué medio habría para cegarlos por entero?

»El señor de la casa estima mucho a las personas de talento. Si el novio se condujera con cautela y habilidad, podría introducirse en la familia y penetrar en las habitaciones de la costura. Desde la biblioteca puede comunicarse con mi tocador. Confío en que no diréis:

«Las puertas de la casa deben estar bien cerradas,
Porque hay dentro una muchacha.. ¿Cómo podría entrarse?»

»He aquí lo que me honro en contestaros. Para terminar, como prueba, ahí van unos versos en el mismo metro. Son toscos y vulgares; os ruego que los corriáis:

«Sentimientos ociosos, deseos florecientes, son infecundos.
Mirando al jardín sin atención, concibo planes vanos.
Que el poder del cielo despeje la niebla tenue
Para que salga Chang-Ngo del amplio palacio frío.»

Los dos hombres habían leído. Según las indicaciones de la carta era absolutamente necesario conquistar el aprecio del padre. Trasladándose al jardín era fácil y cómodo establecer el trato mutuo, que insinuaba la carta. El demonio Insensato volvió a suspirar y dijo: «Es verdad que poseo el consentimiento de la hermana mayor. Pero no conozco ni el nombre ni el apellido del viejo. ¿Cómo podré conquistar sus simpatías?» El demonio Astuto dijo: «Descuide el hermano mayor. Deje que el hermano menor haga sus averiguaciones. En la carta se dice que el padre ama los talentos brillantes. Seguramente no se trata de un solitario, como el demonio Afectado. Naturalmente es un hombre que ama los placeres, la sociedad y el juego; es un hombre de mun-

do. Esperemos a que salga y nos será fácil entablar relaciones con él.» El demonio Insensato dijo: «Sin duda tienes razón.» Pasados unos días, volvió el demonio Astuto y dijo así: «El hermano menor ya ha averiguado quién es el viejo. Se llama Chun y su apellido es Chin. Ha sido alcalde del lugar. Justamente en estos días florecen magníficos crisantemos en el jardín oriental. He oído decir que se dispone hoy a ir allá para solemnizar la aparición de los crisantemos. ¿Por qué no había de ir mi hermano mayor disfrazado de sabio joven? Yo haré el papel de secretario suyo y llevaré pincel y tinta. Bajo el pretexto de leer un libro nos instalamos allí y encontraremos alguna ocasión de trabar amistad con el viejo.» Al oír el demonio Insensato estas nuevas cogió una caja con unos libros y los dos hombres se encaminaron al jardín oriental. Allí estuvieron sentados un rato.

A poco vieron llegar a un anciano, de gran dignidad, montado en un asno negro. Le seguía un muchacho cargado de vino y comida. Al entrar el viejo en el jardín, vió al demonio Insensato, cuyo aspecto dejaba adivinar inmediatamente a un hombre de talento. A la primera ojeada sintió afecto y estimación por él. Alzó la mano y dijo: «El hermano mayor se dedica a leer libros, al parecer. Pero este lugar no es apropiado para semejante recogimiento.» El demonio Insensato dijo:

«No he venido aquí con la intención de leer libros. Me proponía simplemente retirarme un poco del ajetreo del mundo.» Mientras hablaban, el viejo, aunque sentado aparte, había examinado al demonio Insensato, sin perderle de vista. El demonio Astuto se dió cuenta de que estaban consiguiendo su objeto. Por eso dijo con intención: «Vuestro humilde servidor tiene un abanico. Me permito rogar al señor que me pinte algo en él.» El demonio Insensato dijo: «¿Qué voy a pintar?» El demonio Astuto dijo: «Copiad las flores de crisantemos que tenemos a la vista. Sería lo más oportuno.» El demonio Insensato cogió el pincel y en un instante hubo terminado de pintar. Al verlo, el viejo sintió alegría y regocijo. Pidió el abanico para examinarlo. El demonio Insensato dijo: «Ha resultado horriblemente mal.» Pero cuando el viejo examinó el abanico y vió que estaba pintado a la manera antigua, con pinceladas sobrias, formó una opinión favorable y halagadora del joven. Muy satisfecho dijo: «Tenéis mucho talento, joven. Pero puesto que lo habéis pintado, ¿por qué no explicar el objeto en una estrofa?» El demonio Insensato, sin confusión ni prisa, confiado en su capacidad, escribió de un tirón los versos al otro lado del abanico. El viejo le vió trazar los signos con ímpetu fluvente, sin forzar los pensamientos. Cogió el escrito y recitó en voz alta:

«¡Ramillete oloroso, al que envidian las más maravillosas flores!
Cree uno hallarse en el cenáculo de aquella sociedad de sabios
Que pintaban, hacían versos y se gozaban
En contemplar con admiración los brotes dorados.»

Cuando terminó de leer, aplaudió con las manos y dijo altamente satisfecho: «En las poesías de Wang Mo-Kao había pintura y en sus cuadros había poesía. Antiguos y modernos le consideran admirable. ¿Quién pensara que en el día de hoy iba a encontrar a un Wang-Wei? Yo poseo un jardín. Comparado con éste es bastante limpio y elegante. Si el hermano mayor quisiera trasladarse a él mañana, este anciano podría recibir enseñanza tarde y noche.» El demonio Insensato, viendo que se presentaba la ocasión favorable, dijo en seguida inclinándose: «Injustamente la generación posterior goza de la benevolencia de la anterior. Sólo temo que mi ida ocasione molestias.» El viejo dijo: «¿Qué habláis? Vos y yo formamos en adelante una familia. ¿Por qué no hemos de considerarnos como amigos?» A continuación le invitó a beber con él y se dijeron sus nombres y apellidos. El viejo no cesaba de preguntar sobre asuntos antiguos y modernos. El demonio Insensato le respondía rápido como una corriente impetuosa. Poco después el sol se ponía detrás de los montes. Los amigos regresaron a sus casas por caminos diferentes.

A la mañana siguiente, el demonio Insensato se levantó temprano y se puso ropa limpia. Escribió en un papel: «El joven venera al anciano.» Finalmente entró en el jardín. El anciano lo recibió con gran júbilo. Para que descansase, le condujo a una casita de tres estancias, que se utilizaba como biblioteca. Pero ¿cómo iba a encontrar placer en la lectura el demonio Insensato? Todos los días, después de tomar el arroz, salía a pasear junto al segundo murc. Un día, al poner el pie en la roca del Gran Lago, recogió del suelo un pañuelo sobre el cual estaban escritos los siguientes versos:

«Las penas enflaquecen los cuerpos.

La solitaria y abandonada desea consolarse con la vista del hombre.
Esta noche, a la luz de la luna, será posible.

No permitas que el río melancólico de otoño arrastre el puente azul
[que lleva al cielo del amor.

Cuando el demonio Insensato hubo leído los versos escritos en el pañuelo, escondió éste apresuradamente en su manga, como si se tratase de una joya preciosa. Esperó a que el sol se ocultase por Occidente y a que saliese por Oriente la luna. Mientras llegaba el crepúsculo amarillo, aguardó sentado en la roca del Gran Lago. Al cabo de dos horas, comenzaron a volar los pájaros. Lucían en la oscuridad las ramas floridas y suavemente apa-

reció también la hermosa. El demonio Insensato, perdido el tino de alegría, avanzó hacia ella e iba a doblar la rodilla para saludarla. No había contado con que la dicha, muchas veces, se deshace en vapor sutil. De pronto vió a un alguacil, que penetraba corriendo en el jardín, venía hacia él y decía: «Aquí está el señor a quien busco. El alto señor tiene que hablaros de cosas importantes. Venid en seguida a verle.» La hermosa, al ver entrar a un hombre, había desaparecido hacia dentro. El demonio Insensato, conteniendo su disgusto, no encontraba manera de justificar una negativa. Alegó como pretexto: «No me siento hoy bien, iré mañana.» El alguacil dijo: «Hace un instante el señor estaba alegre y contento. ¿Como dice que no se siente bien? El alto señor os está aguardando y no debéis retrasaros.» El demonio Insensato no pudo excusarse y tuvo que seguirle al edificio del distrito.

El jefe del distrito dijo: «El noble señor Chung ha visto hace unos días una copia de vuestros versos. Le han agradado mucho y quiere conocerlos. Os ruego que me sigáis al jardín.» El demonio Insensato se inclinó y fué al jardín. Saludó a Chung-Kuei. Éste no sintió ninguna simpatía por el joven de aire exaltado y maneras atrevidas y resueltas. El jefe del distrito dijo: «Sentaos un momento y aguardadme. Este humilde funcionario tiene que resolver algunos asuntos. Cuando

vuelva, se honrará mucho en vuestra compañía.» Se despidió y salió, dejando solo a los dos hombres. Poco después trajeron vino y comida. Chung-Kuei dijo: «Tenéis excelentes dotes y vuestras ideas son buenas. Pero hay en vuestros versos un matiz de ligereza y violencia. Esa no es la manera sincera, levantada y pacífica del poeta.» Entretanto, el alma entera del demonio Insensato estaba con la hermosa. ¿Cómo iba a oír las explicaciones? Chung-Kuei siguió diciendo: «Mi hermano mayor da muestras muy joven de gran talento. Me permito pedirle una poesía, aunque no sé si estará dispuesto a enseñarla a los demás.» El demonio Insensato dijo: «¿Qué asunto queréis que elija?» Chung-Kuei pensó un momento y, alzando la barba y el bigote, dijo, riéndose: «Pues bien, elegid mi barba y mi bigote.» El demonio Insensato, que a duras penas podía contener la rabia, aprovechó la ocasión que se le ofrecía para desahogarla y, sin pensarlo, tal como se le vino a la boca, dijo:

«¿Por qué tiene ese aire extraño vuestra noble barba?
Si no es a un viejo macho cabrío, ¿a quién podéis pareceros?
Cuando llueve, dijérase que vuestro pecho se llena de rocío.
El viento os azota la cara como rama de árbol.
También el respetable cabello de la cabeza es excesivo.
En cuanto a las cejas, son tan largas y espesas
Que no puede llegar a la mejilla el puño enemigo.»

Al oír esto, Chung-Kuei dijo, colérico: «¡Miserable raleal! ¿Cómo te atreves a burlarte de mí?» Comenzó a blandir la preciosa espada para cortarle la cabeza inmediatamente. El demonio Insensato echó a correr. Chung-Kuei se lanzó en su persecución. Le siguió hasta un magnífico rosal de rosas rojas. Pero de pronto, el Insensato desapareció de la vista. Chung-Kuei, asombrado, llamó a hombres para que cavasen y sacasen tierra. Al cabo de un rato apareció un ataúd de madera. Era el ataúd del famoso poeta erótico Wei-Yang-Cheng. Chung-Kuei dijo: «No es, pues, extraño, que persistiese en su criminal locura. Seguramente el alma del famoso poeta había encarnado en él.» Dijo y suspiró profundamente. De esto no se refiere nada más.

Cuando el demonio Astuto supo que el demonio Insensato había perecido, lloró amargamente durante algún tiempo, y luego dijo: «En días pasados he visto que el demonio de la Mirada pasmada era incapaz, y que el demonio de la Cara dura no sabía defenderse. Últimamente he vivido en íntima amistad con este demonio. Estaba satisfecho, porque pensaba haber encontrado el hombre adecuado. No contaba con que también Chung-Kuei le empujaría a la muerte. No es posible que deje de vengarme de este enemigo.» Desde este momento se dedicó a reunir gente. No habían transcurrido muchos días cuando ya ha-

bía logrado juntar a cuatro duendes perversos. Uno se llamaba el demonio Lígero. Desde su infancia, su comportamiento había sido ligero e insensato. No había en sus discursos la menor verdad. Su mayor placer era burlar a las gentes y engañarlas. Otro se llamaba el demonio Ágil. Corría por encima de los muros, trepaba por las paredes, brincaba a los árboles. Otro se llamaba el demonio Cobarde y otro el demonio Temerario. También estos dos demonios eran de los dominados por la arrogancia y la presunción. Un día dijeron todos los demonios: «Nuestro hermano mayor ha contraído amistad con nosotros. Pero no sabemos cuál es el objeto que le mueve.» El demonio Astuto dijo: «¿Sabéis por qué han muerto el demonio de las Garras y el Embustero?» Los demonios contestaron: «Sólo porque uno desgarraba y el otro mentía. Por eso los mató Chung-Kuei.» El demonio Astuto movió la cabeza negativamente: «Nada de eso. Únicamente porque en su nombre está contenida la palabra «demonio». Únicamente por eso les ha castigado Chung-Kuei. Desgraciadamente, en mi nombre y en el vuestro está contenida también la palabra «demonio». Por consiguiente, está Chung-Kuei obligado asimismo a matarnos.» Al oír esto, el demonio Cobarde dijo muy asustado: «Si eso es así, ¿por qué no huír?» El demonio Astuto dijo: «No nos serviría de nada. He sabido que Han y

Fu, los dos jefes de su ejército, están fuera. El jefe del distrito se encuentra en casa de Chun, para darle el pésame. Si nos disfrazamos de alguaciles, podemos burlarle. ¿Por qué no habíamos de hacerlo?» El demonio Ágil dijo: «¿Cómo es que el jefe del distrito ha ido a dar el pésame a casa de Chun?» El demonio Astuto dijo: «¿No lo sabéis? Mi pobre amigo, el demonio Insensato, estaba prometido con la hija de Chun. La hermana mayor, al saber que ha muerto mi amigo, ha perecido de tristeza y de dolor. Por eso ha ido hoy el jefe del distrito en visita de pésame.» Al oír esto, los demonios dijeron: «Si las cosas son como decís, ¿por qué no matamos hoy a Chung-Kuei? Tomaremos así venganza de vuestro amigo y al mismo tiempo evitaremos para nosotros consecuencias fatales.» El demonio Astuto dijo: «También es mi idea matarle. Pero tenemos que contar con el regreso de Fu, el jefe de la vanguardia. Fu no dejará la cosa sin venganza. Por eso es mejor inducirle a que se emborrache. Uno le robará la espada, otro le quitará las botas y entre todos le dejaremos de manera que no pueda ni andar ni matar. Así queda a merced de nuestro odio.» Los demonios dijeron: «Nos parece bien urdido.» En seguida compraron un jarro de vino de crisantemo y se disfrazaron de alguaciles. Así disfrazados, entraron en el edificio del distrito. Mientras esto sucedía, Chung-Kuei

se encontraba ocioso, debajo del gran pino, porque el jefe del distrito le había dejado y sus dos lugartenientes habían salido a decapitar demonios.

De pronto vió que venían hacia él varios alguaciles. Chung-Kuei dijo: «¿Qué deseáis?» Los demonios dijeron: «Nosotros, humildes servidores, viendo que nuestro señor está ausente, nos hemos procurado una taza de vino para disipar la melancolía del gran señor.» Chung-Kuei dijo: «Os agradezco la molestia que por mí os habéis tomado.» En un instante se escanció el vino en tazas del tamaño de hojas de loto. Los alguaciles cantaron, bailaron e imitaron a los monos. También hicieron diversos ejercicios gimnásticos. En poco tiempo se las arreglaron de manera que Chung-Kuei cogió una gran borrachera. El demonio Astuto le dijo: «El alto abuelo se ha acalorado bebiendo. ¿No queréis que os quitemos las botas?» Chung-Kuei alargó las piernas. El demonio Cobarde y el demonio Astuto le sacaron una bota cada uno. El demonio Temerario le sacó la preciosa espada. El demonio Ligero, la tablita de marfil. El demonio Ágil trepó a un árbol y, asido a una rama, dejó colgar las piernas y con ellas le quitó el sombrero de gasa. Chung-Kuei se encontraba en un estado lamentable. Sin sombrero y descalzo, hallábase en una situación ridícula. De aquí la antigua leyenda, que ha dura-

do hasta hoy, de los cinco demonios que acometieron a Chung-Kuei.

Pero pronto cambió la suerte para los demonios. En el momento preciso, regresó Fu, el jefe de la vanguardia. Cuando el demonio Cobarde y el demonio Astuto salían con las botas de Chung-Kuei, llegaba Fu, que les vió. Atemorizado, el demonio Cobarde quería huír inmediatamente. Pero el demonio Astuto fué más ingenioso. Sin emoción ni prisa, siguió caminando frente a Fu. Fu se dió cuenta de que eran las botas gastadas y dobladas por el uso de Chung-Kuei. Con grandes voces exclamó: «¡Miserables ladrones! ¿Adónde váis?» El demonio Astuto le dijo: «En agradecimiento de que el gran Chung ha castigado al demonio de las garras, como al Embustero y a otros demonios, por lo cual el pueblo disfruta ahora de paz y tranquilidad, las humildes gentes del distrito han edificado un templo en su honor. Y temerosos nosotros de que el Gran Señor quisiera marcharse, hemos venido a quitarle las botas, para que las gentes humildes tengan, al menos, una pequeñez como recuerdo y memoria suya. Fu oyó este discurso y creyéndolo a medias y a medias dudando, encadenó a los dos demonios y los entró en el jardín. Apenas entraron, vió al demonio Temerario que, habiéndose apoderado de la espada preciosa, daba con ella tajos a diestro y siniestro. Pero cuando Fu, el jefe de la

vanguardia, le llamó en voz alta, dejó caer la espada y salió huyendo. Fu^o corrió tras él, y habiéndole alcanzado, le cortó la cabeza de un tajo. El demonio Ligero, al ver decapitado al Temerario,



levantó en sus manos la tablilla de marfil. Con la cara en el suelo, suplicó que le perdonasen la vida. Fu le miró colérico, alzó el brazo, dejó caer la espada y le abrió en dos pedazos. Finalmente, llegó adonde se encontraba Chung-Kuei. Allí vió a Chung-Kuei completamente ebrio, perdido el sentido, descubierto y descalzo. Indignado y

furioso, Fu, el jefe de la vanguardia, rechinó los dientes. Cogió al demonio Cobarde y le partió en dos pedazos. Al demonio Astuto le sacó el corazón y el hígado. Hecho esto, puso las botas a Chung-Kuei y le abrochó el lujoso cinturón. Lo único que no encontraba era el sombrero de blandas alas. Buscó un rato, pero sin lograr hallarlo. Fueron llegando todos los soldados del infierno, que buscaron también en todas las direcciones sin encontrar nada. En esto acudió, por fortuna, el mariscal Han. Preguntó qué pasaba, y Fu, el jefe de la vanguardia, se lo contó con todo detalle. El mariscal Han miró alrededor, levantó la cabeza y vió el pino. Señalando al árbol, dijo: «Si queréis encontrar el sombrero, tenéis que buscarle en ese árbol.»

Al coger el sombrero, el demonio Ágil primeramente había querido bajar y echar a correr. Pero atalayando desde el árbol, vió venir a los soldados infernales. Entonces se escondió entre las ramas espesas del pino. Por esta razón no le habían visto. Pero cuando oyó decir al mariscal que había que buscar el sombrero en el árbol, empezó a temblar de miedo y las ramas, sacudidas por el temblor, hicieron ruido. Todos los hombres miraron en aquella dirección y vieron al demonio Ágil, con el sombrero en la cabeza, temblando de miedo. El jefe de la vanguardia, Fu, alzó la manga de su vestido, puso en tensión el

arco y una flecha bien dirigida abatió al demonio Ágil. Fu cogió el sombrero de Chung-Kuei y se lo puso en la cabeza. Cuando ya estaba muerto el demonio Ágil y mientras todos los hombres le contemplaban, volvió en sí Chung-Kuei. Vió a sus tropas y a los dos espíritus y comprendió que el trance era penoso. El que no sepa cuáles fueron los demonios que más tarde perecieron, prosiga la lectura; la narración siguiente se lo dirá todo.

OCTAVA NARRACIÓN

EN EL CONVENTO LLAMADO «PREPARACIÓN PARA LA NADA» ES CASTIGADO UN DEMONIO DE OJOS NEGROS. EN LA CASA DE PLACER ES EVOCADO CON SACRIFICIOS Y PLEGARIAS UN DIOS DE CEJAS BLANCAS

Poco después de terminada la escena anterior, luego que los dos espíritus hubieron matado a los demonios y salvado y despertado a Chung-Kuei, apareció el jefe del distrito. Ya le habían contado la cosa con todo detalle. Dispuso que se organizase un banquete en honor de los espíritus y sus tropas. Mientras comían, les preguntó: «Contadnos con qué clase de demonios y ogros habéis tenido que habéroslos.» Han-Yuan dijo: «Honrado con la orden del Señor, llegué a la comarca Occidental y me encontré allí con el demonio Caviloso. Este demonio estaba inquieto, hasta el punto de que su corazón no podía soportar tal desasosiego, porque había subido a la cumbre Occidental de la montaña Chua, había visto

los acantilados que llegan hasta las nubes y había contemplado allá abajo la ciudad y el templo de Chua-Yin. Su temor era que la montaña se desplomase, sepultando a los habitantes y al templo. Con esta preocupación comenzó a cavilar temeroso. Cada día estaba más triste, y ya apenas levantaba los párpados. Su cara ostentaba las huellas de la preocupación. Veíase que la enfermedad le había penetrado hasta la medula de los huesos. No quise darle las medicinas usuales. Sólo le di una única píldora, para dilatar su corazón. Sanó en seguida.» Chung-Kuei dijo: «Pero ese es un demonio solo. ¿Cómo, entonces, habéis estado fuera tantos días?» Han dijo: «Una vez que hube salvado al demonio Caviloso, me dispuse a regresar. Pero inesperadamente me encontré con un demonio, digno en verdad de compasión, que vivía en una reducida cabaña de paja. Sobre la cabeza tenía una gorra, del tamaño de una flor, que no le protegía del viento ni le podía librar del sol. Su vestido estaba completamente desgarrado. En su despensa no había ni siquiera un grano de mijo, que hubiese sobrado de la noche anterior. Su ajuar se reducía a una botella vacía. En el hogar no ardía ni una chispa. Naturalmente, faltaba el humo del desayuno. Pero todo esto podía, en último término, tolerarse. Lo peor era que cuando visitaba una casa, ésta se empobrecía inmediatamente, y cuando llegaba a

un lugar, el lugar se arruinaba. Por estas razones le odiaba todo el mundo, y nadie se interesaba por él. Le llamaban el demonio Pobre.» Chung-Kuei dijo: «A un hombre que de esa manera causa la desgracia de la gente, debíais haberlo castigado.» Han-Yuan dijo: «A pesar de que parece tan mezquino, no sólo no es digno de castigo, sino que posee grandes excelencias. El día en que fui a buscarle, encontré en su casa a Po-I, Chu-Chi, Yen-Ze, Fan-Tan, Yuan-Sien, Yuan-An. Todos ellos se llamaban amigos y correligionarios suyos. El único que se le mostraba esquivo era el Dios del dinero, que no se dignaba nunca mirarle a la cara. Por esta razón, ha compuesto una plegaria dirigida al dinero. Me he procurado una copia de ella y ruego al señor que la lea.» Dijo; y le entregó el papel a Chung-Kuei, que lo desdobló y leyó atentamente. Lo que contenía eran estos versos:

¡Oh dolor! ¡Dinero! ¡Ay de mí!

¡Oh príncipe! ¿Por qué estás encolerizado conmigo?

¿Por qué no he visto tu rostro en todo el año?

¡Oh príncipe! ¿Es que acaso me temes?

¿Por qué apenas te columbro, huyes de mí?

¡Oh dolor! ¡Ay de mí! Ya lo sé.

Piensa que mi ánimo es callado y suave,

Que mi vida transcurre solitaria y honrada,

Que mi corazón no es de lobo ni contiene veneno,

Que mis pies no corren impacientes de acá para allá,

Que mi cara no adula traidora al mundo,

Que no urdo intrigas para engañar a los hombres,
Que, por lo que a mí toca, no tienes motivo
De negarme tu trato, de huír de mí,
Sino al contrario.
Tu figura es en verdad redonda,
Pero eres duro por naturaleza.
Tu corazón es cuadrado,
Pero tu séquito es numeroso.
¿Por qué has de mirarme temeroso?
¿Por qué no satisfaces mis deseos
Y me haces bajar la cabeza y humillar el corazón?
¡Oh dolor! ¡Dinero! ¡Ay de mí!
Le das vestido al que tiene frío,
Alimento al que tiene hambre,
A los amigos y familiares les permites viajar para reunirse.
A los deudores les das para tapar al agujero.
En cambio te niegas a todo trato conmigo.
¿Cómo no he de vivir temeroso,
Con la cabeza baja y humillado el corazón?
¿Cómo no he de llamarte en mi auxilio?
Yo sé, príncipe, que te gusta el vino dulce,
Que te agrada comer huevos de gallina.
El mundo está lleno de copas de vino y fuentes de huevos.
Fervoroso te dirijo esta plegaria.
Tú solo ¡oh dinero! eres mi Dios.
Cuadrado por dentro, redondo por fuera,
Tu figura es como el cielo y la tierra.
Llevas impresos los nombres venerados de emperadores y reyes.
No visitas a los que no son ricos ni distinguidos.
Tampoco te logra el que no es trabajador ni ahorrativo.
Bajo Wen-Huang era auténtico el metal
Y muy apreciado, conforme a la tradición.
Bajo Wu-Ti era pura apariencia,
Por fuera prosperidad y derroche.
Te aman porque eres milagroso,

Mueves a dioses y a demonios.
Tus favoritos poseen el poder,
Porque alcanzan rango y ganancia.
Los más arrogantes te adulan
Y te esperan ansiosos sobre las puntas de los pies.
¿Quién llegaría sin tí a su objetivo?
En cambio se engrandecen los que cuentan contigo.
En cuanto a mí, estoy encadenado.
Públicamente declaro la verdad:
No miro el respeto que se te debe
Con los ojos desdeñosos de Yuan-Chi.
A diferencia de Chi-Kang, el orgulloso,
No me encolerizo de ver al príncipe.
Quisiera guardarte bien encerrado en casa
Y conservarte allí durante miles y miles de años.
Al usarte, te evaporas.
Espero que nos volveremos a encontrar algún día;
Ansío siempre, siempre, volverte a ver;
Deseo que corras para mí como la fuente,
No atiendas más que a este día de hoy, tan lleno de actividad,
No me echés en cara mi negligencia pasada.
Ahora te haré el sacrificio.»

Cuando Chung-Kuei terminó de leer, preguntó: «¿De qué manera habéis tratado a este demonio?» Han-Yuan dijo: «Yo, humilde servidor, hubiera deseado enviarle un buen médico para que le curase del todo. Pero son demasiados los médicos medianos. En vista de esto, observé las influencias que le habían puesto enfermo y examiné si eran leves o graves. Le di un cocimiento de barras de plata, para que lo tomase en dos ve-

ces. Desde aquel momento dejó de ser pobre.» Muy satisfecho, Chung-Kuei dijo: «Noble amigo, sois digno de tener la fama que tuvieron los grandes médicos antiguos Lu-I y Pien-Chiao.»

Dicho esto, preguntó a Fu-Chu: «¿Y quiénes eran los demonios a quienes habéis cortado la cabeza?» Fu-Chu dijo: «El demonio a quien he matado no se parecía a aquellos de quienes hablaba el mariscal. Se llamaba el demonio Pendenciero.» Algo sorprendido, dijo Chung-Kuei: «El nombre y la índole son, efectivamente, extraños. Pero seguid contando en qué consistían sus artes.» Fu-Chu dijo: «Iba yo avanzando al frente de los soldados. Sin aguardar a que nos instalásemos en un campamento, el demonio Pendenciero inició la lucha. Apenas tuve tiempo de sacar la espada para enfrentarme con él. Luchamos todo el día, sin que se viese quién iba a vencer o sucumbir. A media noche, el demonio Pendenciero ya no tenía yelmo en la cabeza. Sin embargo, continuó luchando a la luz de las antorchas. Peleaba, impetuoso, como Chang-Fei contra Ma-Chao. La lucha continuó durante largo tiempo, hasta que, al ver que no lograba vencerme, le entró tal furia, que dió con la cabeza contra un muro y quedó muerto.» Chung-Kuei dijo: «Si tal era su apetito de lucha, con razón le llamaban el demonio Pendenciero.» Fu-Chu dijo: «No es éste, sin embargo, un caso muy extraño.

Más extraño es todavía el modo de ser de otro demonio, a quien he conocido. He visto a muchos hombres, pero jamás vi ojos tan negros y escalofriantes. Además de estos ojos negros, lleva consigo a dos compañeros. Uno se llamaba el Inútil y el otro el Implacable. Todos tienen igualmente ojos negros.» Chung-Kuei dijo: «Deben de ser entonces los demonios de los Ojos negros.» Fu-Chu dijo: «Al ver lo siniestros que eran sus ojos negros, vuestro humilde servidor no sintió deseos de castigarlos. Ordenó a los soldados que retrocediesen y tornamos aquí.» Al oír esto, Chung-Kui cambió de color y dijo: «No habéis obrado adecuadamente. Recordad que en tiempos pasados Sun-Chu-Ao, al ver la serpiente de dos cabezas, la mató y enterró por temor a que hiciese daño a los hombres. Con mayor razón había que aniquilar a esos demonios de ojos negros, que inspiran repugnancia y horror a todo el mundo. ¿Cómo habéis podido proceder así?» Este discurso hizo enrojecer a Fu, jefe de la vanguardia. Chung-Kuei dijo: «Pero puesto que es así, tengo que ir mañana allá.» Al día siguiente se levantó y pasó revista a sus soldados. El jefe del distrito le instó vivamente a que se quedase, pero no consiguió retenerle. Acompañado del pueblo entero fué dándole escolta hasta más de cien *li*, y sólo entonces retrocedió.

Chung-Kuei emprendió la marcha hacia el

Este y, después de mucho andar, llegó al fin. Banderas y estandartes oscurecían el sol. El afán de la lucha llegaba al cielo. Atalayando, divisó allá muy lejos un convento pequeño. Chung-Kuei dijo: «¿Qué es aquéllo que se ve allá?» Fu-Chu respondió: «Es el convento llamado Preparación para la nada.» Chung-Kuei dijo: «¿Cómo se explica el nombre de ese convento?» Han-Yuan dijo: «Probablemente estará elegido en el sentido de la máxima budista: «Este mundo es nada.» Llegados al convento, Chung-Kuei se apeó de Pai-Se y entró por la puerta para contemplarlo. Era, sin duda, un hermoso convento, como atestiguan los siguientes versos:

«El polvo de este mundo no penetra hasta aquí,
Lo espiritual se halla mezclado con lo sensual.
Sobre el viejo árbol de Wu posa una grulla roja.
En la enredadera espesa cuelgan las calabazas.
Ladridos de perro anuncian la llegada del forastero.
Al arribo del huésped graznan los papagayos.
Un camino en revueltas lleva a un lugar umbroso.
En la casa de los bonzos reina mucha licencia.

En efecto, el superior de los bonzos, que moraban en aquel convento, era el demonio Lascivo. Sus habilidades eran numerosas. Sabía saltar los muros, deslizarse por los agujeros y divertirse con las cantantes. Le agradaban también los muchachos. Viajaba en coche y en barco. El anverso y el re-

verso eran igual para él y no hacía distinción entre el Sur y el Norte. Apenas Chung-Kuei traspasó el umbral, vió su conducta ligera y sus descompuestos ademanes y comprendió que se hallaba ante un bonzo desviado del buen camino. Pero su intención era habérselas con el demonio de los Ojos negros; por lo cual se sintió inducido a dejar en paz de momento al bonzo.

A la mañana siguiente mandó que se preparasen soldados y caballos y dispuso en orden de batalla a su ejército. Poco después apareció delante de las filas el demonio de los Ojos negros. Llevaba en la cabeza un yelmo pintado de negro. Su cuerpo estaba protegido por una armadura negra también, y en la mano llevaba una potente maza. Montaba sobre un tigre domesticado. A la izquierda tenía al Inútil y a la derecha al Implacable. Chung-Kuei, al verle, volvióse hacia Fu-Chu y dijo: «No me extraña que dijeseis que tenían ojos siniestros. Comprendo que no os urgiese matarle. Estos demonios deben infundir repugnancia a todo el mundo. Tampoco yo siento vivos deseos de atacarles. ¿Qué hacer?» Fu dijo: «Aguardad un poco, dejad obrar a este humilde espíritu.» Con la espada desenvainada, salió entonces de la fila y se encaminó hacia el enemigo. Del otro lado salió a su encuentro el Implacable. Ambos hombres combatieron largo tiempo. Finalmente, Fu no aguardó el final de la lucha,

sino que haciendo volver grupa a su caballo, galopó hacia sus filas. Creyendo el Implacable que había vencido al jefe de la vanguardia, salió en su persecución. Viendo Fu que el Implacable se acercaba más y más, guardó la espada y sacó el arco. Hacia atrás lanzó una flecha que traspasó al demonio el cuello. El Implacable cayó muerto del caballo. Viendo el demonio de los Ojos negros que habían matado al Implacable, quiso salir inmediatamente a combatir. Pero el Inútil dijo: «¡Señor! Retroceded y dejadme a mí el cuidado de matarle.» Cogiendo una maza y sin tomarse siquiera el trabajo de montar a caballo, salió a combatir. Lleno de cólera, Chung-Kuei alzó la espada y fué a su encuentro. Aun antes de que se produjera el choque, un tajo de Chung-Kuei le había abierto la cabeza. El Inútil cayó tendido al suelo.

Al ver Chung-Kuei que había matado al Inútil, disponíase a volver a las filas, cuando oyó gritar: «¡El demonio de los Ojos negros sale a combatir!» Chung-Kuei volvió la cabeza en aquella dirección, y vió cuán siniestros eran los ojos negros de aquel demonio. Primeramente, Chung-Kuei no quería castigarle. Pero ¿qué había de hacer? Su deber era decapitar demonios. Además, cuando se dió cuenta, ya se había efectuado el choque. Pero de mala gana aceptó el duelo. Combatieron durante un rato. Viendo el demonio de

los Ojos negros que no podía vencer a Chung-Kuei, se empequeñeció transformándose en un guisante. Su intención era brincar a los ojos de Chung y taladrárselos. Chung-Kuei, empero, cerró apresuradamente los ojos y retrocedió vencido a las filas. Viéndose en seguridad pasó medio día reponiéndose. Al fin dijo: «¿Cómo ha de acabar bien lo que tan mal ha comenzado? Mariscal, vos que habéis elaborado tantos planes admirables, ¿cómo no encontráis un medio para vencerle?» Han-Yuan, después de meditar un rato, dijo: «De antiguo el arte de la guerra no consiste más que en tres cosas: en circunstancias favorables, dispuestas por el cielo, en ventajas del terreno y en cooperación de las fuerzas humanas. Para el plan que quiero desarrollar sobran la cooperación de los hombres y las ventajas del terreno. No nos son absolutamente necesarias. Sólo me ocuparé, pues, de los designios celestiales.» Chung-Kuei dijo: «Pero ¿cómo pueden conocerse los designios del cielo?» Han-Yuan respondió: «Los designios del cielo rigen en horas y días y se determinan según la doctrina de los influjos que los troncos y las ramas ejercen, fortaleciéndose o anulándose mutuamente. Ahora bien, nuestro enemigo se llama el demonio de los Ojos negros. Por ser negro, le venceremos con ayuda de lo blanco. Es también ojo, y le venceremos, por tanto, con ayuda de las cejas. Es de-

monio, y le venceremos con ayuda de una divinidad. En virtud de esto, he llegado a la siguiente conclusión: que sólo un dios de cejas blancas puede vencerle. Lo que no sé es si podremos encontrar semejante divinidad.» Dijo e inmediatamente envió a un hombre a una librería con el encargo de que comprase un tomo titulado: *Repertorio de los dioses*. Fué luego repasando uno tras otro todos los nombres de dioses y no se encontró ningún dios de cejas blancas. Entonces mandó comprar el tomo: *Repertorio de duendes curiosos del infierno y otros semejantes*. Lo hojeó cuidadosamente, pero sin encontrar la menor indicación. Chung-Kuei dijo: «En la narración de los tres ricos se refiere que en la tribu de Ma, de los cinco hermanos Chang, el más valeroso era el de las cejas blancas. ¿No te parece que pueda ser Ma-Liang?» Han-Yuan dijo: «No tenemos seguridad de que así sea.» En vista de esto, publicó un bando en el que anunciaba y ordenaba a todos los soldados del infierno, que todo aquel que supiese de alguien con cejas blancas viniera en seguida a comunicarlo. Para el que trajese buenas nuevas habría una gran recompensa.

El demonio Rastrero había sido condenado por Chung-Kuei a chupar y lamer a los soldados los granos malignos. Desde entonces su vida era insoportable. Un día un soldado se notó un gra-

no maligno y pidió que el demonio Rastrero viniera a lamérselo. El pobre demonio no pudo negarse y hubo de hacerlo durante largo tiempo. Cuando al fin hubo extraído del grano maligno la sangre y el pus, el soldado se sintió algo aliviado y, charlando amigablemente con el demonio Rastrero, le dijo: «Ayer han combatido el demonio de los Ojos negros y el gran señor Chung. El demonio quiso perforar en forma de guisante los ojos de Chung. El gran señor Chung no encuentra medio de vencerle y ha ordenado al mariscal Han que estudie un plan de combate. El mariscal dice que sólo un dios de cejas blancas puede vencer al demonio de los Ojos negros. Aunque ha estudiado los libros que tratan de los dioses, duendes y espíritus, no encuentra a ningún dios de cejas blancas. Por eso ha fijado un bando en el que ofrece una gran recompensa al que conozca a un dios de cejas blancas.» El demonio Rastrero dijo: «Yo conozco la morada de esa divinidad.» Vivamente preguntó el soldado: «¿Cómo tenéis noticia de eso?» El demonio Rastrero dijo: «Estando un día con un cierto demonio Mendigo en casa de la madre Sauce de Oro, vi que había allí un dios de cejas blancas. Pregunté qué clase de dios era, y me respondieron que era un antepasado y sabio: el dios de las Cejas blancas.»

El soldado oyó con gran contento esta noticia

y llevó inmediatamente al convento al demonio Rastrero para que se la repitiese a Chung-Kuei. Chung-Kuei preguntó: «¿De qué lugar procede el dios de las Cejas blancas?» El demonio Rastrero dijo: «Yo no sé más que su nombre, e ignoro su procedencia.» Chung-Kuei dijo: «Guiad, pues, inmediatamente al mariscal a casa de Sauce de Oro para que invite a ese dios a venir. Si acepta la invitación, se os dispensará el castigo en razón del servicio prestado.» Al oír esto, el demonio Rastrero sintió gran alegría. Acompañado de Han y diez soldados, llegó apresuradamente hasta la valla de la Casa de Placer. Todo esto acontecía a comienzos del invierno. La flor amarilla había aparecido y los nobles ciruelos comenzaban a florecer.

Durante la expedición comenzó súbitamente a caer nieve fina como harina. Para resistir al frío, el mariscal pidió una taza de té caliente. Pero no pudo obtenerla. No se veía por parte alguna señales de casa, pueblo o convento. En vista de esto, siguieron en marcha durante largo tiempo, hasta que, al fin, tropezaron con un templo. Los soldados se adelantaron y llamaron a la puerta. Salió a abrir un taoísta, que les preguntó: «¿Por qué llamáis a la puerta?» Los soldados dijeron: «Somos gente que va de camino, y como nieva y hace frío, venimos a pedirnos una taza de té.» El taoísta abrió mucho sus ojos redondos y extra-

ños. Furioso, dijo: «Andáis por los caminos sin pupilas en los ojos. Esta mi casa no es un despacho de té ni una taberna. Yo soy señor y no esclavo o criado. ¿Cómo os atrevéis a venir pidiendo té? ¿Pensabais acaso que he de tener té siempre dispuesto para vosotros?» El mariscal Han, que era un hombre educado, le oyó gritar. Esto le produjo una impresión poco agradable. Sin embargo, dijo: «Si no hay té, no hablemos más. ¿Para qué tanto ruido?» Pero al ver el taoísta que los hombres no le hacían caso, su cólera fué subiendo de tono más y más. Comenzó a dar brinacos convulsos y a gritar descompuesto. Pronto se encontró rodeado de gentes que le preguntaban qué había pasado. Estos hombres dijeron a Han: «El noble señor no sabe qué bazo y qué estómago tiene este sujeto. Le llaman el demonio Harapiento. No sabe lo ligero que es el papel y lo pesada que es la piedra de molino. Si los altos señores le golpean, se tornará muy manso.» Al oír esto, Han-Yuan montó en cólera y ordenó a los soldados que cogieran al taoísta y lo atasen a un árbol. Los soldados comenzaron a darle puntapiés y puñetazos. Y en efecto, aconteció lo que anunciaban los hombres. El taoísta comenzó a decir humildemente: «¡Alto señor! Perdonad a vuestro humilde servidor. No sólo té, si lo deseáis, sino también comida tengo a vuestra disposición, si la queréis. Y si el servicio no es suficien-

te, siempre podréis hacer uso de vuestros puños.» Han-Yuan dijo, riéndose: «Eres realmente un demonio harapiento.» Y mandó a los soldados que le desataran y le pusieran en libertad. Vióse entonces al demonio Harapiento, emocionado y obsequioso, dar con mil reverencias las gracias e invitar a todos a entrar. Primeramente les sirvió té, sazonado con flores olorosas. Luego siguieron manjares de ayuno traídos y servidos por él mismo. Era imposible ser más obsequioso y diligente. Hasta que toda la compañía hubo comido a su satisfacción, no emprendieron la marcha. El demonio Harapiento les acompañó durante diez *li* por el camino y luego se despidió de ellos. Desde entonces supo perfectamente lo que era ligero y lo que era pesado. A esto llamaba Han-Yuan «enseñar a uno las buenas maneras». Pero dejemos esto.

Entretanto, la madre Sauce de Oro había dado albergue en su casa al joven señor Falso, suponiéndole un manirroto. No sabía que, por el contrario, era extraordinariamente tacaño y avaro. Más de medio mes permaneció este joven en la casa y sólo le dió dos piezas de seda de mala calidad y tres *lot* de plata. No se apartaba de la mente de Sauce de Oro el recuerdo del demonio Mendigo y del demonio Jugador. Sólo cuando supo que se habían arruinado, dejó de pensar en ellos. Un día, estando mirando ociosa por la

puerta de su casa, hacia el camino, vió venir al demonio Rastrero. Asombrada, preguntó la madre Sauce de Oro: «¿Dónde habéis estado metido tanto tiempo?» El demonio Rastrero dijo: «¡No quiero hablar de eso! El día en que el demonio Mendigo mató al Quebrado, me entró un gran pánico y, para salvar mi vida, huí. Inesperadamente caí en manos de Chung-Kuei, quien, en castigo, me mandó chupar los granos malignos de los soldados infernales. Esta obligación era espantosa. Pero sucedió que, en aquellos días, Chung-Kuei tropezó con el demonio de los Ojos negros. Incapaz de castigarle y matarle, quiere llamar al dios de las Cejas blancas, que tenéis en vuestra casa, y me ha ordenado que venga a decíroslo. Yo me he adelantado. El mariscal Han me sigue. Dentro de poco se encontrará aquí. Tenéis que servirle con el mayor esmero.» Apenas hubo terminado su discurso, cuando aparecieron los soldados del infierno y el mariscal a su frente. Entró y se sentó en el centro del patio.

La madre Sauce de Oro salió a saludarle y le hizo una profunda reverencia. Han-Yuan dijo: «He oído decir que en vuestra casa sacrificáis a un dios de las cejas blancas, que se encuentra en ella. ¿De qué período y de qué estirpe procede? ¿Cuáles son su nombre y apellidos? ¿Cuánto tiempo hace que ha sido elevado a la categoría de dios?» La madre Sauce de Oro dijo: «Recuer-

do que el viejo decía que había sido al final de la dinastía Chu, en el tiempo de los imperios en lucha y del famoso Liu-Tao-Chi. Por esta razón es tradición entre nosotras hacerle sacrificios como a un antepasado.» Han-Yuan dijo: «Siendo así, podemos llamarle sin dificultad.» Primeramente ordenó que aderezasen un cerdo y una oveja y luego comenzó a redactar una oración de sacrificio. Al día siguiente por la mañana, dispuso ordenadamente los objetos dedicados al sacrificio y leyó la oración, que decía así:

Oh divino héroe valeroso de la época de Chun-Chiu,
Campeón viril de la casta de Chu.
Tú fuiste el que robó con violencia la joya de Lin-Tung.
Al escuchar tu hazaña, los príncipes te temieron,
Y los valientes que la presenciaron estremeciéronse.
Eres divino desde hace miles de años.
Desde que naciste te repugnó el descanso, caro a los débiles.
Después de muerto disfrutas de inagotables placeres.
Ves a diario cabezas perfumadas y caras pintadas;
A diario contemplas blusas bordadas y faldas rojas.
Te deslumbra el juego abigarrado de los rufianes diestros;
Penetran en tu corazón las canciones de las mujercitas pintadas.
Te alimentas de suculentos manjares
Y escuchas la melodía de las flautas, las arpas y las cítaras.
Hoy vengo a tí a comunicarte un hecho que va contra la justicia.
Espero que me atiendas y escuches con benevolencia.
El demonio de los Ojos negros, desaforado y fiero, es indomable,
Y yo acudo a la sabiduría del dios de las Cejas blancas,
Para suplicarle rendido que me preste su apoyo.
Te ruego que abandones un momento este lugar de delicias.

Si aceptas mis dones y atiendes a mis ruegos,
Ven conmigo y disfruta los perfumes del sacrificio.

Terminado el sacrificio, el dios de las Cejas blancas descendió de un brinco de su sitial, y dijo: «El mariscal me ha llamado. ¿Qué es lo que desea de mí?» Han-Yuan dijo: «No pido más que lo siguiente: Anda por el mundo un demonio de Ojos negros, extremadamente violento y cruel, difícil de domar y someter. Os pido de hinojos que le matéis.» El dios de las Cejas blancas dijo: «Estamos aquí en un lugar de ilimitados placeres. ¿Cómo he de abandonar de buen grado el excelente trato, que me dispensan, para volver a recogerme las mangas y descender de mi carro?» Al oír esto, Han-Yuan alzó los ojos al cielo y se echó a reír en voz alta. Luego, volviendo la espalda al dios, se dispuso a salir de la habitación. El dios de las Cejas blancas le retuvo, y dijo: «¿Qué es lo que habéis oído para determinaros a venir, y qué es lo que habéis visto que os determina a partir? Os ruego que me lo expliquéis claramente.» Han-Yuan dijo: «Había oído pronunciar el nombre de un capitán, que hace temblar los ámbitos como el fragor de un trueno. Y ahora veo al capitán y encuentro que no es sino un morador más de la Casa del Placer, de la orgía y de la licencia. Nada puede emprenderse con vuestra divinidad. Por eso me voy.» El dios

de las Cejas blancas no pudo soportar esta provocación. Indignóse, dió un brinco, y, con voz de trueno, dijo: «¿No me creéis capaz de aniquilar al demonio de los Ojos negros?» Han-Yuan dijo: «Lo que creo es que no queréis, no que no seáis capaz de hacerlo.» El dios de las Cejas blancas se colocó el yelmo y la armadura, montó a caballo con Han-Yuan y ambos emprendieron la marcha.

Cuando hubieron llegado al convento llamado «Preparación para la nada», fueron llevados a la presencia de Chung-Kuei. Chung-Kuei bajó los escalones al encuentro del dios, y dijo: «Lamento que a causa de ese bribón hayáis tenido que molestaros.» Una vez terminada la pugna de cortesía entre los dos, el dios de las Cejas blancas preguntó a Chung-Kuei: «¿Cómo es ese demonio de los Ojos negros? ¿Qué aspecto y maneras tiene? ¿Cuál será el mejor modo de apoderarnos de él?» Chung-Kuei condujo al dios de las Cejas blancas hasta el lugar donde estaban los soldados formados y dispuestos ya para el combate. Ordenó a los soldados que lanzasen gritos de reto, y, al cabo de poco tiempo, se presentó el demonio de los Ojos negros, montado en el tigre domesticado. El dios de las Cejas blancas dijo, al verle: «En efecto, no es más que lo que yo me figuraba.» Chung-Kuei dijo: «¿Es que consideraréis como cosa corriente unos ojos negros como esos?» El

dios de las Cejas blancas dijo: «Hay algo que no sabéis. En la casa de la madre Sauce de Oro he visto rufianes de estos y he conocido sus costumbres. Esta gente sabe pintarse la cara y con diversas artes ocultan muchos de ellos su fealdad natural. He conocido a muchos rufianes de ojos negros. ¿Cómo queréis que me asombre ese pobre demonio?» Al oír esto Chung-Kuei, dijo: «Ya que poseéis el don de no asustaros de sus ojos negros, os será fácil aniquilarlo.»

Inmediatamente el dios de las Cejas blancas salió al encuentro de su adversario con la espada en alto. El de los Ojos negros le esperó blandiendo su maza. Los dos lucharon varias veces. Viendo el demonio de los Ojos negros que no podía vencer a su enemigo, arrojó la maza, se apeó del tigre domesticado y brincó al ojo del dios de las Cejas blancas, con intención de perforarlo, convertido en guisante. Pero todos sus esfuerzos fueron inútiles. Por último cayó al suelo y fué a buscar entonces al tigre. Pero el jefe de la vanguardia, Fu, lo había matado ya. Al ver que el tigre había desaparecido, el de los Ojos negros quedó confuso. Apenas pudo volver a coger la maza y desapareció en la cueva Sin Rostro. Chung-Kuei dijo: «¿Qué hemos de hacer ahora?» El dios de las Cejas blancas dijo: «¿Qué dificultades encontráis?» Ordenó a los soldados infernales que encendieran fuego delante de la boca

de la cueva. El humo fué penetrando en ésta, y el demonio de los Ojos negros salió corriendo. Todos los testigos presenciales pudieron ver cómo se había transformado en el demonio de los Ojos rojos. El dios de las Cejas blancas dijo en alta voz, dirigiéndose a él: «¿A qué aguardáis para someteros?» El demonio de los Ojos negros no tuvo más remedio que someterse y entregarse. El dios de las Cejas blancas lo cogió por el cuello y lo ató con una cuerda de cáñamo. Ordenó a los soldados infernales que lo vigilaran cuidadosamente. Hecho esto regresó a las filas.

Al verle, Chung-Kuei se alegró mucho. Cogidos de la mano se dirigieron al convento de la «Preparación para la nada» y entraron. En el convento estaba ya dispuesto un banquete. En el asiento más alto se sentó el dios de las Cejas blancas. Chung-Kuei se colocó enfrente, mientras los dos espíritus se encargaban de servir de beber. Durante el banquete Chung-Kuei preguntó al dios de las Cejas blancas: «¿Por qué no habéis matado al demonio de los Ojos negros? ¿Qué objeto tiene dejarle la vida?» El dios de las Cejas blancas dijo: «La venerada deidad no conoce las razones que me mueven a obrar así. En primer lugar es repugnante por sus ojos negros. Difícilmente será tolerado en ninguna parte. Por eso lo mejor es llevarle a la Casa del Placer, para que las muchachas se las entiendan con él. A és-

tas no se las espanta fácilmente. En segundo lugar, yo debo agradecimiento a esa casa, que me hace tantos sacrificios, sin recompensa alguna por mi parte. Llevándoles a este bribón, demuestro a las chicas mi agradecimiento por su piadosa conducta. En tercer lugar, aunque sus ojos negros exciten terror, no es él un traidor ni un gran malhechor de esos que infringen preceptos legales, para los cuales no hay gracia posible. Por eso no seré demasiado severo con él.» Chung-Kuei dijo: «Quizá vuestra decisión sea justa. Sin embargo, veo cierto decaimiento en que un héroe, como sois vos, vuelva voluntariamente a esa casa. ¿Por qué no emprender una nueva vida y seguir el camino recto? ¿Por qué no preocuparse de los que han de venir después de nosotros? ¿Por qué no crear para el bien de nuestros hijos y nietos una fundación, que se mantenga durante diez mil generaciones?» El dios de las Cejas blancas dijo: «¿No ha oído decir la venerada divinidad que los bonzos no tienen descendencia y, sin embargo, cuentan con muchos hijos para tributarles los sacrificios de los antepasados? Este rufián será, pues, mi hijo y las mozas de la casa serán mis hijas. Diariamente recibo sus dones y gozo de los sacrificios que me ofrecen. Mi corazón vive tranquilo y satisfecho; mi humor es alegre y no tengo preocupación. ¿Por qué voy a afanarme y bregar para hijos y nietos y ser para ellos como un buey

o un caballo? Chung-Kuei dijo: «Según esto—y no tome a mal la venerada divinidad una expresión atrevida—podría decirse de Vos: los hijos, ladrones, y las hijas, prostitutas.» El dios de las Cejas blancas mudó el color y dijo: «¡Oh, qué palabra más feal!»

Después de esta exclamación, se puso en pie y desapareció, sin despedirse. Luego se le vió furioso buscar al demonio de los Ojos negros y llevárselo consigo a la Casa del Placer. El que quiera saber lo que más tarde aconteció, escuche la narración siguiente.

NOVENA NARRACIÓN

UN DEMONIO, ANSIOSO DE PLACERES, VA SECRETAMENTE A TRES LUGARES. UN AFICIONADO AL VINO SIEMBRA CONFUSIÓN EN LOS ESPÍRITUS

El dios de las Cejas blancas se marchó, pues, rabioso, llevándose al demonio de los Ojos negros. Chung-Kuei, a su vez, lamentó la inconveniencia de sus palabras. Entretanto, el murciélago no se movía. Pasaba el tiempo y la tropa continuaba acampada en el convento. Para entretenerse, Chung-Kuei leía con el mariscal libros acerca de las seis artes del general y de los tres ardidés de la guerra. Fu, el jefe de la vanguardia, se ejercitaba en el caballo y en el arco, en el venablo y en la espada.

Un día Chung-Kuei vagaba sin objeto por el convento. Su atención se fijó en una puertecita cerrada con una cerradura pequeña. Estando junto a la puerta, pensó Chung-Kuei: «Nadie ha traspasado esta puerta. ¿Por qué no he de ver yo

lo que hay detrás de ella?» E inmediatamente comenzó a abrir la cerradura con la mano. Nadie hubiera creído que Chung-Kuei tuviese tanta fuerza. La cerradura cedió a la presión de la mano y cayó al suelo. En seguida se abrió la puerta y Chung-Kuei comenzó a andar por un pasillo muy sinuoso. Anduvo durante un rato, hasta que fué a parar a un patio pequeño. En el patio se hallaba la «Casa de la meditación callada», compuesta de tres habitaciones. Todo era allí limpio y de buen gusto. Chung-Kuei alzó la cortina y entró en la casa. En la pared de enfrente había una mesa de laca con incrustaciones de oro. Sobre la mesa un brasero de cobre, en el que ardía incienso. Detrás había un cuadro enrollable, que representaba un paisaje nevado. De pronto este cuadro comenzó a enrollarse y desenrollarse. Chung-Kuei, asombrado, se fijó más y vió que detrás del cuadro había una puertecita. Por ella se asomó una cabeza de mujer con la cara pintada. Al ver a Chung-Kuei, desapareció y se escondió. Chung-Kuei entonces levantó el viejo cuadro y mirando dentro encontró a más de diez bellezas. En alta voz gritó Chung-Kuei: «¿A qué esperáis para salir?» Cuando las mujeres vieron a Chung-Kuei colérico e imperativo, se estremecieron de miedo. Una tras otra fueron saliendo en silencio. Al salir se arrodillaban y le pedían clemencia. Chung-Kuei dijo: «¿Qué ha-

céis en este sitio? Si contestáis la verdad os haré gracia de la vida.» Las mujeres, muy asustadas, respondieron: «No hemos venido todas del mismo modo. Hay mujeres de los colonos; en apariencia están casadas con campesinos; pero en realidad entregadas al bonzo. Las hay que que- man incienso y hacen limosnas; aparentemente se dedican a la beneficencia; pero en realidad buscan placeres y diversiones. Las hay también que han sido obligadas a venir aquí por hambre y frío. Otras han abandonado su hogar para escapar a la miseria y han sido traídas aquí a la fuerza por los bonzos. Como son muchos los días y los meses, la colección es numerosa. Ésta es la pura verdad. Esperamos del noble señor compasión y perdón.» Las mujeres siguieron suplicando dolientes. Chung-Kuei dijo: «¿Adónde ha ido ese bandido calvo?» Las mujeres respondieron: «Nos tiene aquí guardadas bajo llave. Sin hacer diferencia entre la noche y el día, nos utiliza para sus placeres. Ahora duerme y está cansado de nosotras. Pero fuera seduce con sus artes a muchachas y muchachos. Va a sus placeres y nos abandona. Nuestra desdicha no tiene nombre. Si el Gran Señor le ve, procure hablar a su conciencia.» Al oír esto, Chung-Kuei dijo: «¡Miserables mujeres! ¿Qué utilidad podéis prestar en el mundo?» Sacó la espada y las mató a todas.

Después de haber matado a las mujeres, Chung-

Kuei se sentó en la «Sala de la meditación callada». Poseído de ciega furia, dijo: «Es menester que mate a ese bandido para desahogar el odio que llena mi corazón. Pero no sé dónde podré encontrarle.» Justamente en este momento apareció el demonio Corredor, que dijo: «El rostro del noble señor no denuncia alegría. ¿Se puede saber la causa?» Chung-Kuei dijo: «Ved lo que yace ahí en el suelo.» El demonio Corredor vió los cadáveres de las mujeres y, espantado, dijo: «Estas mujeres habrán sido sin duda concubinas del bandido calvo. Ya de antiguo se dice: Los bonzos son demonios lascivos. De aquí se deduce sin duda alguna que el bonzo es un demonio lascivo.» Chung-Kuei dijo: «Este bandido calvo no se sacia nunca. Ha salido en busca de nuevos placeres. Quisiera cortarle la cabeza. Pero no sé dónde encontrarle. Id a ver si averiguáis por dónde anda, para que pueda castigarle.» El demonio Corredor no se atrevió a desobedecer. Salió y recorrió algunas calles y callejas. Mientras andaba, iba pensando: «¿Cómo podré averiguar si está por el Este o por el Oeste?» Cuando murmuraba para sí estas palabras, vió a un lado del camino a un bonzo joven, que estaba sentado a la puerta de una casa y pronunciaba incesantemente el nombre de Buda. Cuando el demonio Corredor estuvo cerca y pudo oír las palabras que recitaba, vió que no eran los habituales versículos repeti-

dos de memoria. Lo que decía era: «Amado maestro», y otras cosas semejantes. El demonio Corredor pensó: «Esto significa algo.» Dirigiéndose al bonzo, preguntó: «Sabio maestro, ¿qué es lo que pedís?» Pero el bonzo no le hizo el menor caso. El demonio Corredor recapacitó: «Sin duda el demonio Lascivo está dentro y éste se halla aquí vigilando.» Aguardó un rato. Al fin, el demonio Vigilante se levantó un momento. El demonio Corredor aprovechó el instante para deslizarse por la entrada. En la casa se oía estrépito de risas y conversación. El demonio Corredor se acercó a una ventana para oír mejor. ¿Qué es lo que oyó?

No hablaban de las perdurables montañas.

Ni de la eternidad del mar.

Uno de ellos decía esta plegaria:

¡Librame, oh Kuan-Yin, del dolor y la desgracia!

Una mujer se oprimía con las manos las mejillas

Y decía en voz baja: ¡Amado mío, corazón mío!

El demonio Lascivo se entregaba con aquella mujer al juego del amor. Pronto se despejaron las nubes y cesó la lluvia. La mujer dijo: «¿Volveréis esta noche al convento?» El demonio Lascivo dijo: «En el convento se ha instalado ahora Chung-Kuei. No es posible ir. Me quedaré aquí esta noche.» Luego bebieron unas copas de buen vino, y a continuación se durmieron. Cuando el

demonio Corredor se convenció de que el demonio Lascivo estaba realmente allí dentro, desapareció apresuradamente. El día estaba ya muy oscuro, y el bonzo no le vió. El Corredor se fué corriendo a darle la noticia a Chung-Kuei. Oídas estas nuevas, Chung-Kuei no quiso llevar soldados ni jefes para que le acompañasen en la empresa. Cogió la preciada espada y, sin más acompañamiento, siguió al demonio Corredor. Fueron derechos a la casa de la mujer. Llegados a la puerta, Chung-Kuei quiso entrar inmediatamente; pero el bonzo que vigilaba no quería dejarle paso. Colérico, Chung-Kuei ordenó al demonio Corredor: «Coged al bonzo, atadle bien y llevadle al convento. Aguardad hasta que yo vuelva para interrogarle minuciosamente.» El demonio Corredor obedeció, y se llevó al bonzo arrastrando. Chung-Kuei se fué solo hacia la puerta, y gritó en alta voz: «¡Bandido calvo! ¿Dónde estás?» La mujer, asustada y completamente desnuda, se arrojó al suelo y empezó a pedir perdón. Chung-Kuei no veía más que a la mujer y no al bonzo. Asombrado, preguntó: «¿Dónde está el bandido calvo?» La mujer dijo: «Acaba de marcharse a otro lugar. Creo que vendrá en seguida.» Chung-Kuei, colérico, levantó el brazo, dejó caer la espada y la mujer quedó abierta en dos pedazos. Chung-Kuei comenzó a pensar: «Este bandido calvo volverá de seguro. Tendré que esperarle en

este lugar.» Esperó largo tiempo. Al fin oyó que el demonio Lascivo llamaba desde afuera: «Amada mía, ¿estás ya dormida? Yo estoy despierto y alegre. ¿Qué te parece si jugásemos juntos un



rato?» Al oír esto, Chung-Kuei salió despacio, levantó la espada y lanzó un tajo para abrirle la cabeza. El demonio Lascivo, asustado, tuvo tiempo de echar a correr. Chung-Kuei le seguía muy de cerca y hubo un momento en que creyó tenerle

a su merced. Ya había levantado la espada e iba a asestar el golpe cuando, de pronto, tropezó y cayó.

Había tropezado con el cuerpo del demonio Borracho, que yacía tumbado en el suelo. Chung-Kuei, con la velocidad de la carrera, no le vió. Entretanto el demonio Lascivo tuvo tiempo para escapar a la persecución. Chung-Kuei se levantó y vió al Borracho. Procuró enderezarse y se dispuso a continuar la persecución del demonio Lascivo. Pero el demonio Borracho le detuvo. Murmurando y tartamudeando, le dijo: «¿Quién sois vos para atreveros a pisar a tan alto señor como yo?» Chung-Kuei iba a matarle, pero al ver que estaba borracho no tuvo más remedio que contestarle y dijo: «Me llamo Chung-Kuei. ¿Qué queréis?» El demonio Borracho dijo: «No sé si seréis un Chung grande o un Chung pequeño. Pero yo os digo la verdad: no temo a los Chungs ni grandes ni pequeños.» Chung-Kuei dijo: «Soltadme en seguida, que necesito matar a uno.» El demonio Borracho dijo: «¿Por qué no queréis jugar a los dados? Vamos, en seguida.» Chung-Kuei perdió la paciencia, montó en cólera, alzó el puño y lo dejó caer sobre el Borracho. Pero éste siguió diciendo: «¿Por qué no queréis jugar a los dados? ¿Es que queréis jugar a contar los dedos con el puño?» Y en seguida comenzó a decir a grandes voces: «¡Tres, cinco!...» Y así siguió diciendo números incesantemente y lanzando gritos e impre-

caciones de todo género. A Chung-Kuei tan pronto le producía cólera como le movía a risa. Al fin se desprendió violentamente y se fué camino del convento.

Dió orden al demonio Corredor de que le trajese al bonzo que había estado vigilando la puerta de la casa, para someterle a un interrogatorio. Le preguntó dónde se hallaba el demonio Lascivo. El bonzo respondió: «Este humilde sacerdote no lo sabe. Yo he estado sometido anteriormente al Gran Señor de la Mirada pasmada. Éste escuchaba mis palabras y seguía mis consejos; por eso nos llevábamos muy bien. Desgraciadamente en estos últimos días apareció el demonio Bisajo, que congeniaba admirablemente con el demonio de la Mirada pasmada. En cambio a mí me odiaba, considerándome infiel. Al oírme llamar demonio Infiel sentí en mi corazón que se me trataba injustamente. Cuando supe que venía el noble señor, pensé entregarme, para que, con sus soldados, se apoderase del señor del Monte Ceniza. Al llegar anteayer no pensaba que el noble señor combatiría con el demonio de los Ojos negros, y al ver que éste quería traspasaros los ojos, temí que no fueseis bastante fuerte para resistirle. Entonces cambié de opinión. Luego me encontré con el demonio Lascivo, que me acogió de buen grado a su servicio. En primer lugar pensaba obtener de él algún caudal, y, en segundo lugar, me

gustaba su mujer. Entré, pues, como novicio a su servicio. Esta es la verdad pura. Por eso no conozco su paradero.» Chung-Kuei dijo: «Puesto que os habíais entregado a un hombre, debíais de haberos mantenido fiel hasta el último instante. ¿Por qué le abandonasteis para servir a otro hombre? Este fué vuestro primer pecado. Pero cuando luego vinisteis a ofrecerme a mí, cambiasteis una vez más, decidiéndoos por el espionaje y el acecho. Este fué el segundo pecado. Después el gran bandido os aceptó como novicio y en pago queréis desposeerle de su caudal y seducir a su mujer. Este es el tercer pecado. Sois, pues, un hombre infiel y peligroso, que no hace más que daño. No servís para nada bueno.» De un tajo cortó la cabeza al demonio Infiel.

De pronto oyóse fuera ruido de voces y gran estrépito como de soldados y caballos. Chung-Kuei envió a un hombre a ver lo que pasaba, y éste volvió diciendo que se trataba de una banda de borrachos. Incontables en número, tenían sitiada la puerta del convento. El que había inducido a aquella gente a venir era el demonio Borracho, que quería jugarle una mala partida a Chung-Kuei. Al oír esto, Chung-Kuei deliberó con Han-Yuan y dijo: «Estos están ahitos de vino. Hacen el mal sin darse cuenta. Si les decapitase, no sentirían dolor. Tampoco con otras penas se les puede castigar bastante. Id, pues, a de-

cirles buenas palabras y a amonestarles. En otra ocasión acabaremos con ellos.» Han-Yuan salió a la puerta del convento y llamó al demonio Borracho para parlamentar. El demonio Borracho, dando tumbos de Oriente a Occidente, habló así: «¿Qué queréis de nosotros, nobles señores?» Han-Yuan dijo: «¡Ved qué aspecto tenéis! Vuestros vestidos están destrozados. Habéis perdido la razón y la vergüenza en la embriaguez. Ahogáis en el vino todas vuestras preocupaciones. ¿Qué insensatez es esa? Recordad que cuando una extranjera de la tribu de Ti, hizo vino, el gran emperador Yu lo bebió, lo halló agradable y predijo que una raza futura aniquilaría su imperio por el uso del vino. Y si el uso del vino aniquila los imperios, ¿no ha de aniquilar los cuerpos?» El demonio Borracho se echó a reír a carcajadas y dijo: «¿Decís que no está bien que bebamos vino? Pues yo he oído afirmar que el cielo tiene la estrella de vino y la tierra, la fuente de vino y que a los hombres les ha sido concedido el uso del vino. Vino bebían en abundancia el emperador Yau y Kung-Tsé, una divinidad y un santo. ¿Cómo podríais probar que no han bebido vino? Pues por lo que toca a los siete sabios del bosquecillo de bambú, ni uno sólo dejaba de beber vino. En nuestros tiempos, tenemos a Li Tai-Po, a Ho Chi-Chang y a sus compañeros, a quienes se deben las ocho maneras de beber vino. Si el

beber vino no fuese bueno, los hombres deberían maldecirlo. ¿Por qué, al contrario, lo han elogiado siempre hasta hoy?» Terminado este discurso cayó al suelo. Sus compañeros se alegraban con la mayor algazara. Unos cantaban en alta voz, otros lanzaban insultos, otros hacían preguntas sin fin.

Han-Yuan volvió al convento y dijo a Chung-Kuei: «Es difícil hacer entrar en razón a esos borrachos. A mi sólo se me ocurre un plan. Decid al jefe del distrito que publique un bando prohibiendo la matanza y la venta de vino. Dice el adagio: tres días sin víveres bastan para que los guerreros se disuelvan. Cuando lleven tres días sin beber vino, se diseminarán ellos solos.» Chung-Kuei dijo: «Así lo haré.» Se acomodó el sombrero, se puso el cinturón y montó en *Pai-Se*. Llegado al edificio del distrito, fué recibido por el jefe en la gran sala. Terminadas las cortesías mutuas, el jefe preguntó: «El noble señor ha descendido del carro imperial para acercarse a mí. ¿Cuáles son sus órdenes?» Chung-Kuei dijo: «Si no me obligase un asunto, no me hubiera atrevido a presentarme a vos. Porque en vuestro distrito abundan mucho en los últimos tiempos los demonios borrachos, querría cortarles la cabeza. Pero me apena el hacerlo. Si no les corto la cabeza, hay que buscar un medio para poner fin a esta agitación de embriaguez. Con ese objeto, ruego al

alto señor que publique un bando prohibiendo la matanza y la venta de vino. Mi intención es apagar el fuego para que cese el hervor.» El jefe del distrito dijo: «La prohibición de la matanza y de la venta de vino es una proposición acertada. Ruego al noble señor que regrese tranquilo y este humilde funcionario publicará en el acto el bando.»

Chung-Kuei regresó al convento y el jefe del distrito prohibió, efectivamente, la matanza y la venta de vino. A los pocos días no había vino que beber. La banda de borrachos iba disolviéndose. Uno tras otro fueron dejando solo al demonio Borracho. Al fin, éste era ya el único que quedaba. Su cuerpo estaba tan hecho al vino que, aun sin beber, seguía borracho. Al verle Chung-Kuei solo y abandonado de los demás, quiso matarlo. Pero el mariscal dijo: «Si hasta las tres potencias originarias respetan al borracho con mayor razón debemos hacerlo nosotros.» Dijo, y ayudó al Borracho a ponerse en pie. Éste, tropezando a cada paso, se fué andando hacia el pueblo de la Gran Borrachera.

Al llegar al pueblo, el demonio Borracho encontró allí a varios camaradas, que eran espíritus. Unos tocaban el laúd, tumbados en los pinares o jugaban al ajedrez en el bosquecillo de bambú. Otros, con las manos entrecruzadas sobre las rodillas, canturreaban canciones o contemplaban ociosos la infinitud del cielo. Otros miraban envidiosos

a los peces, sentados a la orilla del arroyo. Otros, apoyados en las rocas, se distraían con el vuelo de los pájaros. En esto, vieron venir hacia ellos al demonio Borracho. Los espíritus dijeron: «¿Quién sois? ¿A qué venís?» El demonio Borracho dijo: «Yo, hombre humilde, tengo gran aptitud para beber vino. Chung-Kuei ha tropezado conmigo y quiere cortarme la cabeza. Por eso he venido para salvar mi vida.» Los espíritus se dijeron unos a otros: «Si este hombre bebe copiosamente, se sale de lo vulgar.» Luego dijeron al demonio Borracho: «¿Por qué no le habéis explicado las excelencias de la embriaguez? Su corazón la hubiera deseado y hubiera aprendido a estimarla, y entonces os hubiera mirado con otros ojos.» El demonio Borracho respondió: «Mejor hubiera sido no explicarle nada. Cuando hubo oído mis explicaciones, convenció al jefe del distrito para que prohibiese la matanza y la venta de vino. ¡En qué trances me vil! Mi estómago pedía alimento y mi boca estaba sedienta. No sé cómo pude resistir. Por lo demás, es un hombre con quien no se puede tratar. De temperamento violento, a cada instante blande la espada. Al fin, quería matarme. Yo estaba solo; ¿cómo hubiera afrontado la lucha?» Al oír esto, los espíritus dijeron, coléricos: «Semejante conducta es odiosa. ¿Por qué no hemos de retarle a una polémica para convencerle de que debe apreciar el gusto refinado

de nuestro vino?» Toda la compañía dijo, a una voz: «Hagámoslo.»

Dicho esto, abandonaron el pueblo y se encaminaron hacia el convento «Preparación para la nada.» Al verlos, Chung-Kuei les preguntó: «¿A qué venís aquí, respetables señores?» Los espíritus respondieron: «Hemos oído decir que vuestra Venerada Divinidad nos ha injuriado gravemente. Venimos con el objeto de entablar una polémica.» Chung-Kuei dijo: «Esta humilde deidad tiene el deseo sincero de aprender. Ruego a los señores que se expliquen claramente.» Li Ching-Lien dijo: «El cielo y la tierra son la habitación de las diez mil cosas. La claridad y las tinieblas son sólo huéspedes fugitivos en las cien generaciones. La vida flota como un sueño. ¡Cuán corta es la alegría! Por eso el hombre debe embriagarse cuando tiene vino. No puede entrar ni una gota en la sepultura. Por esa razón debemos beber vino en las mañanas floridas y en las noches de luna, no dejando para el día siguiente las alegrías presentes. Habríaís de ser una deidad vulgar, si no experimentáseis los goces del vino.» Chung-Kuei dijo: «¿Amáis el vino, señor? Es sin duda un gusto digno de aprecio. Mas cuando en otro tiempo os encontrásteis con la rebelión de Lu-Chan, ¿por qué no la ahogásteis en vino? Pero antes al contrario, fuisteis encadenado por Yung Wang-Lin. Sin la ayuda

de Kuo Ze-I y de Li Kuang-Pi, hubierais muerto miserablemente en prisiones. Nada hubieseis logrado para la situación del imperio y nada hubieseis salvado para vos y vuestra casa. ¿Dónde está, pues, tan alta gloria?» Li Ching-Lien se avergonzó y tuvo que retirarse. Entonces se adelantó Pi-Li-Pu y dijo: «¿Creéis, pues, que lo que causó la desgracia de Chin-Lien fué la bebida? Sin embargo, en sus tiempos extrajo del vino cien poesías, que gozan de gran fama entre el pueblo, como las tres composiciones: ching, ping y tiao. ¿No han salido estos poemas de la embriaguez? La Venerada Deidad no bebe; y, sin embargo, ¿es capaz de hacer mejores poesías que Li Ching-Lien?» Chung-Kuei dijo: «¡Señor! ¿No sois el hombre que robó el vino y la prensa de malta, siendo funcionario de la Corte? Sois el que derribasteis el lagar, obedeciendo a los apetitos de vuestra boca y vientre. Tal conducta es digna de un perro o de un malhechor. ¿Y os atrevéis, no obstante, a levantar los ojos, a escupir iracundo y a retarme a polémica?» La vergüenza cubrió de rubor el rostro de Pi Li-Pu, que no se atrevió a articular ni un sonido. Entonces tomaron la palabra Sui Ching-Chi y Ho Gi-Chang: «Que el señor Pi haya robado vino, no importa; es algo que sienta bien al sabio. Vos consideráis el acto como digno de perros o de malhechores. ¿Cómo ha de entenderse eso?» Chung-Kuei dijo: «No cum-

plir sus deberes en cosas pequeñas menoscaba la alta virtud. Si se considera decoroso robar vino, lo será también robar gallinas o perros.» Ho y Sui no pudieron replicar palabra. Chan-Tao y los demás dijeron a grandes voces: «Habéis dicho que beber vino daña a la virtud. Si así fuera, lo hubieran prohibido de antiguo los emperadores y los reyes. ¿Por qué no se suprime el vino en la fiesta de la adolescencia, en las bodas y en los sacrificios funerarios?» Chung-Kuei dijo: «En esas fiestas no se hace uso inmoderado del vino. Según la antigua costumbre, no se pueden beber más de tres copas. ¡Qué diferencia entre eso y lo que hacéis vosotros bebiendo todo el día y corrompiendo las buenas costumbres del pueblo! El señor Chan no ha cometido grandes pecados, por lo cual es acreedor a la benevolencia. Pero por lo que hace a los otros señores, bebéis cuando estáis de duelo, bebéis cargados ya con vuestra lápida funeraria, bebéis aunque aniquiléis vuestro cuerpo, bebéis aunque para engañar a las gentes y salvar vuestro prestigio recurráis a toda clase de artificios. De todo lo cual se deduce que conforme a la moral verdadera y por todos acatada, sois culpables.» Los espíritus vieron que Chung-Kuei había argumentado con acierto y no había sido vencido en la polémica. Silenciosos regresaron al pueblo.

El demonio Borracho quiso acompañarles; pero

los espíritus dijeron muy incomodados: «Por vuestra culpa nos hemos metido en un mal asunto y hemos estado a punto de vernos convertidos en demonios del vino. ¡Marchaos aprisa! ¡No os hagáis la ilusión de que nosotros, espíritus, vamos a mezclarnos con gente ordinaria!» El demonio Borracho era digno de lástima. No veía camino alguno que le llevase al cielo, ni puerta que se le abriese en la tierra. Abandonado y solitario, se puso en marcha. Largo tiempo anduvo a la ventura. Afortunadamente fué a parar a la frontera del país, donde se alzaba el campamento del demonio de la Mirada pasmada. Pronto le dió en la nariz olor a vino. Por todas partes se veían banderas anunciando la venta del vino. Acosado por la sed, el demonio Borracho apretó el paso, guiado por el olor. Preguntaréis: ¿cómo es posible que estando prohibida la venta del vino se vendiese vino en ese pueblo? Pues porque su señor, el demonio de la Mirada pasmada, no acataba la orden del jefe del distrito. El demonio Borracho llevaba muchos días sin catar el vino. A poco se encontró ante una taberna. Y como si en su cuerpo se hubiera encendido nueva vida, entró alegre y regocijado. Tomó asiento y gritó al tabernero que le trajese vino en seguida. El tabernero se limitó a asentir con un gruñido, y le sirvió vino. Al entrar, el demonio Borracho no se había fijado en si había o no gente. Permane-

ció con la cabeza baja, sin mirar en derredor, absorto en la idea de que iba a beber vino. Únicamente cuando hubo bebido tres copas, puso en orden los espíritus vitales de las cinco entrañas y paseó la mirada en torno. En un rincón estaba sentado un bonzo, que le miraba sin quitarle ojo. El demonio Borracho dijo para sí: «¿Por qué me mirará de ese modo? No le haré caso. Seguiré bebiendo vino.» Mientras bebía, murmuraba estas palabras: «Chung-Kuei (el cielo lo aniquile) me ha tenido medio mes penando. Hoy al fin he bebido vino. Un día me las veré con él, y aunque sea como Chin-Kang, le cortaré a pedazos la sucia pelleja.» Y se echó a reír a carcajadas. Luego prosiguió: «Por más que, en verdad, no debiera estar incomodado con él. Si no hubiera prohibido el vino, ¿cómo habría venido yo aquí a beber este vino tan delicioso?» Pero luego, cambiando de tono, dijo furibundo: «Me has amonestado para que deje la bebida. ¿Es que acaso bebo tu vino? ¡Semejante proceder es repugnante! Si fueras capaz de percibir el buen gusto del vino, estallarías en ganas de beberlo.» Dijo y comenzó a canturrerar esta canción:

¡Vino! ¡Vino! Amo el ímpetu entusiasta que comunicas.
Regalas al hombre canciones, que son como brocados y encajes.
Te amo porque derramas fuerza y virilidad en el corazón.
De tal manera que el valor asciende a las estrellas.
Te amo porque nos libras de la pena y del dolor,

Y porque ahuyentas las preocupaciones.
Animado por ti, desprecio riquezas y honores.
Orgulloso miro a los soberanos y a los príncipes.
¡Chung-Kuei! ¡Chung-Kuei!
¿Cómo te atreves a despreciar el vino!

El bonzo, que le había oído murmurar muchas veces el nombre de Chung-Kuei, le preguntó: «Mi hermano mayor, ¿guarda rencor a Chung-Kuei, verdad?» El demonio Borracho miró al bonzo con ojos turbios y dijo: «Sabio padre, ¿no sabéis lo que me ha ocurrido? Hace unos días me había dormido borracho en el camino. Descansaba tranquilo, cuando vino corriendo y tropezó conmigo. ¿Qué culpa tuve yo de que tropezase? Me dijo que quería matar a uno y, por esta razón, convoqué a algunos amigos y le tuve encerrado en el convento de la «Preparación para la nada». Le prediqué que fuese razonable. Pero es un irresponsable. Repitió que no estaba bien que yo bebiese vino. Ante esta obstinación, me sentí lleno de cólera y busqué a algunos espíritus del vino para que sostuviesen con él una polémica. Pero contra lo que era de esperar, se mantuvo en su ceguera y no fué posible ilustrarle. No creyó en las buenas cualidades del vino. Finalmente consiguió que los divinos espíritus del vino se pusieran en contra mía. Por eso me encuentro aquí y canto y bebo solo. ¿Por qué me preguntáis? Sospecho que queréis apostar conmigo algunas

jarras.» Después de oír esto, el bonzo dijo: «Habéis sido mi salvador. Lo que acabáis de contar lo confirma.» El demonio Borracho dijo: «Yo no entiendo más que de beber vino. No creo haber hecho nunca un favor a nadie. ¿Cómo decís que he sido vuestro salvador?» El bonzo dijo: «El hermano mayor estaba borracho aquellos días y no sabe los detalles. Aquel día me perseguía Chung-Kuei con la espada en alto. Sin duda alguna estaba a punto de atraparme. Si no le hubierais hecho caer, sería yo a estas horas un demonio descabezado. Si pues me habéis salvado el alma y la vida, ¿cómo no habéis de ser mi salvador?» El demonio Borracho dijo: «¿Qué razones tenía Chung-Kuei para querer mataros? Decid la verdad.» El bonzo no quería explicarse claramente y buscaba pretextos y dilaciones. Irritado, dijo el demonio Borracho: «Si queréis hablar, hablad pronto. Vos y yo somos como dos hojas arrastradas por la misma corriente. Nos une el hilo invisible del destino. ¿Por qué no queréis descubrirnos a mí?» El bonzo dijo: «Yo, sacerdote humilde, llevo desde mi nacimiento la carga de un corazón lascivo. Todas las mujeres que veo me parecen más amables que la vida. Por eso las gentes me llaman el demonio Lascivo. Aquel día estaba yo entregado al pecado, en un rincón escondido, donde moraba una mujer. No sé de qué manera averiguó Chung-Kuei mi paradero. Cuando llegó

para matarme, había yo salido a jugar con un muchacho. Cuando volví, Chung-Kuei había matado a la mujer y me esperaba. Al verle, huí y eché a correr. Pero él salió detrás de mí persiguiéndome. Si mi hermano mayor no le hubiera hecho tropezar y caer, habría perdido la vida.» El demonio Borracho exclamó: «¡Matarle! ¡Hay que matarle! Pero vos, monje, hombre apartado del mundo, ¿no leéis los libros Sutra? ¿Por qué gastáis vuestro tiempo con mujeres licenciosas? En ese trato os acechan todas suertes de enfermedades, y si engendráis hijos, serán rufianes, y si engendráis hijas, serán casquivanas. Os amonesto para que os corriáis en seguida.» El bonzo dijo, riendo: «Mi hermano mayor ha pronunciado palabras de borracho. Los antiguos han dicho: «Fácil es cambiar el sitio y curso de las montañas y de los ríos; pero es difícil mudar el sentido.» ¿Queréis que corrija mi lascivia? ¿Por qué no habéis corregido vuestra afición a la embriaguez?» El demonio Borracho dijo: «Tenéis razón. Corregirse es difícil. Pues bien. Procuremos corregirnos a medias. Vos me comunicaréis parte de vuestra lascivia y yo parte de mi afición al vino. Ya que las disposiciones naturales mandan, seamos perfectos hermanos gemelos.» Dichas estas palabras se sintieron unánimes. Pidieron una mesa común, copas nuevas y siguieron bebiendo.

Después que Chung-Kuei hubo vencido en la polémica a los espíritus del vino y luego que el demonio Borracho se hubo retirado, regresó al convento. Deliberando con Han y Fu, les dijo: «Puesto que desconocemos el paradero del demonio Lascivo, ¿por qué no nos ponemos en marcha para aniquilar al gran señor de la Mirada pasmada? Con esto ahorraremos tiempo.» Los dos espíritus dijeron: «Vuestra propuesta es acertada.» Y dicho esto, mandaron preparar el equipaje y prendieron fuego al convento de la «Preparación para la nada». Los soldados del infierno se pusieron en marcha, en dirección al Monte Ceniza y hacia el campamento del demonio de la Mirada pasmada.

Por aquel tiempo se celebraban los sacrificios de invierno y el retorno de la primavera. Era, justamente, la hermosa fiesta de Año Nuevo. En las casas aparecían inscripciones de Año Nuevo y las familias cambiaban cédulas de felicitación.

Justamente a mitad del camino vió Chung-Kuei una bandera que anunciaba venta de vino. Chung-Kuei dijo: «Hoy es Año Nuevo, la amable fiesta. No tendría inconveniente en beber tres copas de vino como augurio feliz. ¿Qué os parece?» Han y Fu, los dos espíritus, dijeron: «No vemos inconveniente en ello.» Entraron en la taberna y quiso la fortuna que encontrasen allí sentados y bebiendo vino al demonio Lascivo y al

demonio Borracho. Al verles, Chung-Kuei dijo, colérico: «Creí que habíais desaparecido de esta comarca y os encuentro todavía en el mismo lugar.» Levantó el brazo, dejó caer la espada y cortó la cabeza al demonio Lascivo. El demonio Borracho, viendo que las cosas tomaban mal cariz, quiso escapar, pero Fu le retuvo. Mientras Han empezaba a amonestarle de nuevo, la espada de Fu le traspasó. El vino salió a torrentes de su cuerpo. Quien no sepa cómo el gran señor de la Mirada pasmada fué vencido, pase a escuchar la siguiente narración.

DÉCIMA NARRACIÓN

LA TIERRA QUEDA LIMPIA DE DUENDES PERVERSOS. EL DEMONIO DE LA MIRADA PASMADA VUELVE A LOS INFIERNOS. SE REALIZAN GRANDES HAZAÑAS. CHUNG ASCIENDE A LA TERRAZA DEL CIELO

El gran señor de la Mirada pasmada era, por su nacimiento, hombre de voluntad terca, entendimiento oscuro y maneras descuidadas. Aunque gozaba de prestigio y dignidad y era poco menos que divino, su naturaleza estaba como tallada en madera o modelada en barro. Un día, estando sentado ocioso en el Monte Ceniza, llegaron unos duendecillos con estas noticias: «Gran Señor, ha acontecido una desgracia. Anda por ahí cierto Chung-Kuei, que viene hacia acá para acometernos y aniquilarnos. El Gran Señor tiene que prepararse para combatirlo.» El gran señor de la Mirada pasmada permaneció un rato en silencio. Perezosamente, abrió los ojos, y dijo: «¿Qué decís?» Los duendecillos repitieron, en tono supli-

cante: «Se acerca cierto Chung-Kuei, que quiere matar al Gran Señor. El Gran Señor tiene que preparar la defensa.» Oído esto el gran señor de la Mirada pasmada, gritó: «¡Demonio Bisojo, ven acá!» Se presentó el demonio Bisojo, diciendo: «¿Qué órdenes tiene que darme el Gran Señor?» El Gran Señor dijo: «Ve en seguida y averigua el paradero de Chung-Kuei. Vuelve apresuradamente y dímelo para que yo lo sepa.»

Recibida la orden, el demonio Bisojo bajó de la montaña, atravesó el campamento y se puso en camino, andando muy despacio. Llevaría media hora andando, cuando llegaron a sus oídos sonidos de instrumentos musicales. Hablando consigo mismo, se dijo: «No necesito preocuparme demasiado de esto. Voy a ver lo que pasa aquí dentro. No se me hará tarde para ponerme en camino.» Se dirigió allá, en efecto, y entró. Era una gran casa de labranza bien cuidada y abastecida, con sus diez partes uniformemente aderezadas. De la gran puerta principal pendían telas rojas bordadas. En la gran sala había muchos músicos. Ante los asientos de los huéspedes estaba una compañía de cómicos y otra de cómicas. Grandes lámparas alumbraban la estancia, de manera que parecía día claro. Contenía la casa montañas y mares de gente y el estrépito y la algazara que allí reinaba, no son para descritos. El demonio Bisojo se abrió paso hasta la mesa.

En el asiento de honor se hallaba el dueño de la casa, ricamente vestido de seda. A ambos lados se veían colgadas muchas vestiduras suntuosas. El demonio Bisojo preguntó a uno de los asistentes: «¿Quién es ese señor tan noble y distinguido?» Le contestaron: «Es un hombre sencillo, un sabio sin rango ni dignidad.» El demonio Bisojo dijo muy sorprendido: «¿Cómo es posible que un hombre sencillo dé una fiesta tan magnífica?» Le contestaron: «Hoy es su cumpleaños. Por lo que toca a la riqueza de su familia, es limitada. Este hombre vive al día y en la ostentación. Las gentes le llaman el demonio Ostentoso. Hoy veis aquí alimentos abundantes. Mañana no habrá para el arroz de medio día.» El demonio Bisojo dijo: «Merece entonces el nombre que lleva.» El demonio Bisojo siguió contemplando el espectáculo toda la noche. Se le olvidó en absoluto preguntar por Chung-Kuei. Allí permaneció hasta que terminó la fiesta y los invitados se marcharon. Entonces, volviendo a desandar lo andado, retornó al campamento.

Tan pronto como le vió, el gran señor de la Mirada pasmada dijo: «¿Estás ya de vuelta? ¿En qué lugar se halla Chung-Kuei?» El demonio Bisojo no hallaba palabras para contestarle. Aguardó perplejo un rato, hasta que al fin puso en movimiento su lengua y replicó: «Chung-Kuei no tiene importancia. El gran señor puede

vivir tranquilo.» El gran señor de la Mirada pasmada dijo muy alegre: «No hay, pues, motivo para asustarse.» E inmediatamente ordenó a los duendes que pidiesen la comida. Los duendes se la trajeron. Pero no había acabado aún de comer cuando llegó un duende, que se arrodilló y dijo suplicante: «Ha ocurrido una desgracia. ¡Chung-Kuei entra en nuestra caverna con gente armada!» El señor de la Mirada pasmada preguntó desdeñoso: «¿Ese Chung-Kuei es temible o no?» El duendecillo dijo: «Escuche el gran señor el informe:

«Blande en la mano una antigua espada de brillante acero.
Lleva en la cabeza un sombrero de gasa, de blandas alas.
Por todas partes mata demonios y duendes.
Ni uno sólo deja con vida.
Viene al frente de diez veces diez mil soldados infernales.
Le acompañan un mariscal y un jefe de la vanguardia.
En breve habrá destruido el campamento.
No teme la mirada pasmada del gran señor.»

Este relato espantó de tal manera al gran señor de la Mirada pasmada que, durante un buen rato, no pudo articular palabra. Después de una larga pausa, dijo: «Llamad al demonio Bisoyo y decidle que salga a combatir.» Los duendecillos dijeron: «Ya hace tiempo que se ha puesto en salvo.» El gran señor de la Mirada pasmada dijo entonces suspirando: «En los días en que tenía a

mi lado al demonio Infiel y al demonio Astuto, el Bisojo no hacía más que prevenirme en contra de ellos. Yo no acababa de tomar una resolución. Cuando, al fin, los despedí a los dos, estaba lejos de creer que el demonio Bisojo se conduciría tan mal en estos momentos. Su conducta es repugnante». Pero ya no era tiempo de recriminar. Tuvo que ponerse la armadura y el yelmo y salir al combate. Al verle, Fu, el jefe de la vanguardia, le gritó: «¿Sois vos el perverso soberano de los demonios?» Aunque parece increíble, el demonio de la Mirada pasmada poseía una habilidad singular. Soportaba, inmóvil, denuestos y golpes, mirando tranquilamente, con sus dos ojos blancos pasmados. No replicó palabra. Así es que cuando Fu-Chu, harto de hacer preguntas y más preguntas, comprendió que no obtendría respuesta, montó en cólera, alzó la espada y comenzó a dar tajos. Pero el enemigo no se conmovió ni poco ni mucho. Fu-Chu, desesperado, viendo la inutilidad de sus golpes, volvió riendas al caballo, y tornó a las filas. Refirió a Chung-Kuei lo sucedido. Chung-Kuei dijo: «Lo que decís es extraño.» Inmediatamente blandió la preciosa espada, salió al campo y se dirigió al lugar de la lucha. Tampoco quiso desperdiciar palabras y comenzó a dar tajos al demonio, para abrirle la cabeza. Pero el enemigo siguió tan inmóvil como antes. Chung-Kuei pensó: «A este hombre no se le puede ven-

cer por la fuerza.» Regresó, pues, a las filas y dijo en voz baja a Han y a Fu lo que había que hacer: «De esta manera lograremos acabar con él.» En seguida llamó al demonio Corredor y le dijo: «A la espalda del gran señor de la Mirada pasmada, cavarás una zanja profunda y la taparás con cañas y barro. Aguarda luego a que el gran señor haya caído en la zanja y ven a decírmelo.»

Tomadas estas disposiciones, Chung-Kuei dió orden de retroceder a los soldados infernales y se retiró. A lo lejos vió una casa de labradores grande y de buen aspecto. Chung-Kuei dijo: «Me parece acertado guardar allí mi caballo y esperar a que lleguen noticias del demonio Corredor.» Dicho esto, siguió andando y penetró en la casa. Pertenecía ésta al demonio Ostentoso. Habiendo pasado ya la fiesta del cumpleaños del demonio Ostentoso, no quedaba nada en la casa. Unos tras otros iban llegando, músicos y cómicos pidiendo dinero. El demonio Ostentoso se había visto obligado a empeñar y vender cuanto de empeñable y vendible había en la casa, y a pagar con ello. No quedaban más que unos cuantos vestidos de gasa mezquina, que nadie había querido. Cuando oyó decir que había llegado Chung-Kuei, tuvo que ponérselos para salir a recibirle.

Al ver Chung-Kuei vestido de esta guisa al demonio Ostentoso, le dijo, sin poder contenerse: «¿Cómo es que os vestís de gasa estando tan frío

el tiempo, a pesar de que llega la primavera?» El demonio Ostentoso, no sabiendo qué replicar, dijo: «Si mi familia posee lindas cosas de este género, ¿por qué no he de ponérmelas?» Chung-Kuei le preguntó, entonces: «Si es así, ¿por qué tembláis de temor?» El demonio Ostentoso, dijo: «Con este frío, ¿cómo no he de temblar?» Chung-Kuei entonces no pudo reprimir la risa. El demonio Ostentoso, al ver que se reía de él, montó en cólera. Sabed por qué. La verdad es que el demonio Ostentoso no poseía casa alguna. Esta espaciosa mansión la había alquilado por un mes, para celebrar la fiesta de su cumpleaños y atender en ella debidamente a sus invitados. El dueño le había dado, ya de madrugada, orden de marcharse. Como es natural, esto le había puesto de mal humor, que había ido en aumento según iban llegando músicos y cómicos pidiendo a gritos su dinero y llevándose lo último que poseía. También había contribuído a irritarle el verse obligado a vestirse de gasa para saludar a la gente. Al ver ahora que Chung-Kuei se reía en su cara, mudáronse en cólera todas sus vergüenzas. Con la mayor violencia gritó: «¿Quién sois vos? ¿Y cómo os atrevéis a entrar por las puertas injuriando a la gente?» Y le embistió con la cabeza. Pero Chung-Kuei tuvo tiempo de apartarse y el demonio Ostentoso fué a dar contra el muro. Cuando cayó estaba muerto.

Justamente en ese momento de susto y de duda, entró un soldado del infierno anunciando a Chung-Kuei: «Hemos cogido a un espía, que se había deslizado entre nosotros.» Chung-Kuei ordenó que se lo trajesen encadenado. Aparecieron poco después unos soldados empujando al demonio Bisojo, que cayó de rodillas ante Chung-Kuei. Éste dijo: «¿Quién sois y qué venís a buscar aquí?» El demonio Bisojo dijo: «Vengo del Monte Ceniza y del campamento. Mi señor de la Mirada pasmada me envió ayer para averiguar el paradero de Chung-Kuei. Me encontré con una fiesta que se celebraba en esta casa y olvidé la comisión. Hoy la he recordado de nuevo. Aprovechando que mi señor se iba a comer, me he venido hacia aquí. No sé dónde se encuentra Chung-Kuei. Tampoco sé si es negro o blanco. Si el alto señor le conoce, le agradecería mucho que me diese alguna indicación acerca de él. De otra manera, cuando vuelva a casa de mi señor, éste me dirá otra vez que no sirvo para nada.» Oyendo esto, los soldados del infierno no pudieron reprimir su risa. El demonio Bisojo dijo: «¡No sé a qué viene esa risa estúpida! Cuanto he dicho es la verdad.» Entonces todos los soldados del infierno le gritaron: «¡Sin duda eres ciego, bandido! ¿No ves a Chung-Kuei, el alto señor, ante tus ojos? ¿Adónde quieres ir a hacer averiguaciones?» Al oír el demonio Bisojo que aquél era Chung-

Kuei, se puso en pie dispuesto a marcharse. Pero el jefe de la vanguardia dió un grito y de un tajo le cortó la cabeza.

Entretanto el demonio de la Mirada pasmada vió retirarse a Chung-Kuei y a sus soldados, sin ocurrírsele volver a su cueva. Seguía en pie en el mismo sitio. El demonio Corredor aguardó un buen rato urdiendo su plan. Al cabo, fingiéndose duende, se le acercó y le dijo suplicante: «El gran señor debe tener sin duda apetito. Ruego al gran señor que se venga a la mesa.» El gran señor de la Mirada pasmada dijo: «¿No volverá ese Chung-Kuei?» El demonio Corredor respondió: «No volverá.» El gran señor de la Mirada asintió con la cabeza y dijo: «Lo que dices es cierto.» Dió media vuelta y empezó a caminar. A los pocos pasos gritó: «Tropezamos y caemos.» Antes de que terminase de decirlo caía efectivamente en la zanja profunda. El demonio Corredor, lleno de júbilo, corrió apresuradamente a comunicarle a Chung-Kuei la buena nueva. Chung-Kuei vino con todos sus hombres a contemplar el espectáculo. Los ojos pasmados del gran señor miraban hacia arriba. Veíasele inmóvil en el fondo de la zanja. El demonio Corredor, viendo su propósito logrado, cogió un venablo, se echó atrás y se dispuso a clavarlo. Nadie pensara que el gran señor de la Mirada pasmada encontrase tiempo para otra cosa que para mirar estúpidamente. Sin

embargo, asió el venablo por el mango, y de un recio tirón arrastró de cabeza, en la zanja, al demonio Corredor. Cuando los soldados infernales quisieron salvarle era ya tarde. El demonio de la Mirada pasmada se había sentado sobre él, aplastándole bajo su cuerpo. Colérico Chung-Kuei ordenó a los soldados que echasen tierra en la zanja, y así liquidó sus culpas el demonio de la Mirada pasmada, que no había hecho en toda su vida otra cosa que mirar estúpidamente.

Después de esto, Chung-Kuei dijo a sus lugartenientes Han-Yuan y Fu-Chu: «Recuerdo que al salir del palacio del Infierno, el príncipe Yen me dió una lista de demonios, al final de la cual figuraba cierto gran señor de la Mirada pasmada. ¿Por qué no hemos de examinar la lista para ver con cuántos demonios y ogros hemos acabado?» Han-Yuan dijo: «Tenéis razón.» En seguida trajeron la lista. Fueron leyendo uno por uno los nombres que figuraban en ella, y encontraron que todos habían sido ejecutados o castigados. Chung-Kuei dijo, muy satisfecho: «Queda así demostrado que hemos terminado nuestra misión. Debemos regresar al Infierno con el ejército.»

Dicho y hecho, la tropa se formó en orden de marcha. Los soldados, en fila imponente y magnífica, cantando cantos de victoria, se encaminaron a los palacios subterráneos.

Sin darse cuenta, atravesaron el puente del río Nai y penetraron en la ciudad de los injustamente muertos. El guardián de la puerta, Pan-Kuan, reconoció a Chung-Kuei, y se apresuró a comunicarle que justamente en aquel momento se hallaban reunidos los diez príncipes infernales divinos, para deliberar sobre ciertos asuntos. Al saber que Chung-Kuei había llegado, salieron apresuradamente a recibirle y a darle la bienvenida. Cuando Chung-Kuei vió que se acercaban los príncipes Yen, se apeó de *Pai-Se*, dejó a un lado la preciada espada, puso en orden sus vestidos y se adelantó a ofrecerles sus homenajes. El príncipe Yen dijo, riendo: «Justamente ha transcurrido un año y han desaparecido todos los demonios y ogros. ¿Cómo la venerada deidad ha podido lograr tan meritorios resultados en tan poco tiempo?» Chung-Kuei se inclinó, y dijo: «Entregándome confiado a los mandatos del Gran Príncipe, y con el apoyo de los dos espíritus, establecíanse, dondequiera que llegaba, la paz y el sosiego, y se acababan los trabajos y las miserias. Los méritos de esta humilde divinidad son bien escasos.» Seguidamente, invitados por los príncipes, fueron todos a palacio, donde cambiaron mutuas cortesías. En adelante el príncipe Yen miró con otros ojos a los dos espíritus, estimándolos incomparablemente más que antes. Luego se celebró un gran banquete. Chung-Kuei

ocupaba el asiento más elevado, teniendo a sus lados a Han-Yuan y a Fu-Chu. El príncipe Yen, como señor de la fiesta, les hacía compañía. Después de haber bebido varias rondas, el príncipe Yen dijo: «Ruego a la venerada divinidad que nos informe acerca de los meritorios hechos realizados para el castigo de los perversos. Luego daré conocimiento, con el debido respeto, a la corte celestial, solicitando que os conceda el rango elevado que os corresponde.» Chung-Kuei comenzó a narrar los sucesos anteriores, contando cómo había castigado y matado a tales demonios, cómo había sometido por las buenas a otros, sin olvidar ningún detalle. «Entre ellos—dijo—había algunos que no figuraban en la lista. Pero al verles comprendí que merecían el mismo castigo.» El príncipe Yen dijo: «¿Qué demonios eran esos?» Chung-Kuei dijo: «Entre otros, el Inútil y el Implacable, así como una serie de mujeres seducidas por el demonio Lascivo.» El príncipe Yen dijo: «Hay algo que ignora la venerada deidad. El Inútil fué originariamente una metamorfosis de Lu-Fu. En castigo de haber poseído poca firmeza, a pesar de haber sido atrevido y valiente, fué condenado a renacer en la figura del Inútil. Habéis tenido razón en matarlo y de esta manera ha expiado la culpa que contrajo en su vida anterior, cuando mató al Ting Chien-Yang. Por lo que toca al Implacable, es una reencarnación de Chan

Liu-Lang. Éste, durante su existencia anterior, siendo hombre de hermosa presencia y querido de todos, llevó una vida licenciosa y depravada, y por eso se le castigó a reencarnar en el Implacable. Los que en esta existencia le odiaban fueron justamente los que le habían amado en la anterior. Tampoco habéis cometido ningún error castigándole.» Chung-Kuei dijo: «Y ¿qué me decís de aquellas mujeres a quienes maté con mi espada?» El príncipe Yen dijo: «Son mujeres que por haber llevado una vida licenciosa, en su existencia anterior, fueron castigadas de esa manera, a padecer hambre, frío y miseria y corregirse. Pero contra lo que era de esperar, han sido tan desvergonzadas como antes. Ni siquiera ha bastado el castigo que les habéis impuesto para curar su ánimo pecaminoso. Las cambiaré, pues, en cerdas, perras, ovejas, burras y otros seres semejantes.» Chung-Kuei dijo: «Me parece que Vuestra Alteza procede injustamente imponiendo nuevos castigos severos a esta raza, cuyos pecados no han pasado de una vida licenciosa. Anteriormente eran gentes como Wang-Mang, Sao-Sao, Liang-I, Tung-Cho y otros semejantes. Pero en nuestra época hemos tenido a los Yang-Kuo-Chun, An-Lu-Chan y Lu-Chi. ¿De qué manera habéis castigado a estos últimos?» El príncipe Yen dijo: «Wang-Mang, Sao-Sao y los demás están ya en A-Pi, el encierro más escondido de la tierra, y

allí sufren tormentos indecibles. Durante infinitas generaciones no podrán reencarnar en hombres. Finalmente, por lo que toca a Yan-Kuo-Chun y An-Lu-Chan, el uno ha reencarnado varias veces en un toro y el otro se ha transformado varias veces en un cerdo. Desde su nacimiento han padecido incontables tormentos y al morir, un cuchillo de carnicero les despelleja y corta los huesos.» Los dos espíritus lugartenientes, al saber la sentencia dictada contra Yang-Kuo-Chung y An-Lu-Chan, dijeron a una voz: «¡Justa sentencia! De esta manera queda saciado nuestro odio.» Chung-Kuei dijo: «¿Y qué castigo se le ha impuesto a Lu-Chi?» El príncipe Yen dijo: «Lu-Chi ha llegado ayer y aún no ha sido interrogado oficialmente.» Chung-Kuei dijo: «¿Por qué no traerle aquí para que yo le haga una pregunta?» El príncipe Yen dió orden de que lo trajeran.

A poco aparecieron diez monstruosos y horribles demonios, que traían arrastrando a Lu-Chi. Al verle, Chung-Kuei dijo, colérico: «Lu-Chi, ¿ya no me conocéis?» Lu-Chi alzó la cabeza y le miró. Al reconocer a Chung-Kuei, llenóse de espanto. Poseído de terror se tiró al suelo y dijo: «Al Hijo del Cielo no agradó vuestra fealdad. No fué mía la culpa.» Al oír esto, Chung-Kuei se encolerizó más aún, sacó la espada y quiso decapitarle en el acto. El príncipe Yen dijo son-

riendo: «Sería una suerte para Lu-Chi que la venerada deidad le cortase la cabeza. Ved el tormento que le tenemos preparado.» E inmediatamente mandó que cogiesen a Lu-Chi y lo sumergiesen en la caldera del aceite. En un instante se separaron la piel, los huesos y la carne. Chung-Kuei dijo satisfecho: «Ahí están los soldados que me han seguido durante todo este tiempo. ¿Por qué no les regaláis esa carne como recompensa por los trabajos de un año?» El príncipe Yen accedió y ordenó que la carne se repartiese entre los soldados.

El príncipe Yen dijo: «Queda, pues, extirpado todo el mal. Ahora la venerada divinidad tiene que ayunar y bañarse, para presentarse conmigo dentro de seis días ante el Señor del Cielo.» Tras estas palabras disemináronse todos los espíritus, entregándose a ejercicios piadosos. Separadamente aguardaban el momento de subir al cielo.

Refiérese después que el emperador de la nefrita, el Señor Supremo, celebraba aquel día gran recepción. Las solemnidades del cielo exceden en magnificencia a cuantas celebran los hombres. Sentado en su trono se hallaba el emperador de la nefrita. Todos los dioses celestiales le habían tributado ya sus homenajes. El emperador de la nefrita dijo: «En este momento reina la claridad en el cielo y en la tierra y la paz en el infierno. Me parece que viene a la corte un héroe fiel.»

Antes de que los dioses celestiales pudieran replicar, cayó Tai Pai-Li, la estrella de oro, sobre las áureas graderías y dijo suplicante: «Ante la puerta meridional del cielo se encuentran los diez



príncipes divinos Yen, que vienen a la corte a recibir las preciadas órdenes de nuestro emperador.» El Soberano Supremo Yu dió orden de que entrasen.

Los diez príncipes divinos Yen penetraron, recibida la orden, en el palacio. Después de hacer profundas reverencias dijeron: «Nosotros, humil-

des servidores, administramos en vuestro nombre el infierno. Allí se juzga en justicia a cuantos han cometido alguna mala acción. Sólo en la parte meridional de la tierra, en el gran Imperio de Tang, había una raza de gentes que parecían demonios, pero no lo eran, que parecían hombres y tampoco lo eran. Todos ellos seguían el impulso de sus apetitos, vivían arbitrariamente sumidos en la corrupción. Con frecuencia se les suponía culpables de malas acciones, pero no se conseguía nunca probar su culpa. Por ello nada podían hacerles las leyes imperiales y se salvaban sin el merecido castigo. A consecuencia de esto, estaban en las tinieblas los altozanos y las hondonadas, y faltaba la claridad en el mundo. Cuando vuestros servidores cavilaban, preocupados sobre estas cosas, apareció por suerte Chung-Kuei, hombre de acerado temple e irreprochable fidelidad, excelentemente dotado para castigar demonios. Sólo el hecho de haber nacido feo movió al emperador Tang a no admitirle a su servicio. Ante esta afrenta, cortóse el cuello y murió. Entonces el emperador, lamentando profundamente la injusticia, le nombró divinidad encargada de extirpar demonios perversos, comisionándole para que recorriera el mundo y decapitase a los malos duendes. Vuestros servidores le hemos auxiliado, pres-tándole a Han-Yuan y a Fu-Chu, dos capitanes, y unos cientos de soldados del infierno. Han-Yuan

es excelente para urdir planes bajo la tienda de campaña y Fu-Chu ha triunfado cien veces en el campo de batalla. Hoy se han borrado las huellas de los demonios y los ogros y los cielos gozan de pureza y sosiego y el Imperio comprendido entre los cuatro mares queda libertado de la incertidumbre y la corrupción. El mérito de esta hazaña es de Chung-Kuei y sus dos lugartenientes. Vuestros servidores han oído decir que donde se halle el gran mérito debe sobrevenir la recompensa generosa. De rodillas os pedimos que le concedáis en pago de sus servicios el rango que le corresponde. Vuestros servidores incapaces aguardan vuestras órdenes, sumidos en ansiedad y preocupación.» Al oír este informe llenóse de júbilo el rostro celestial del emperador de la ne-frita, que ordenó que Chung-Kuei y sus ayudantes fuesen introducidos en palacio. Ya dentro, pudo contemplar la cara seria e imperiosa de Chung-Kuei, que infundía respeto y pavor, la expresión de sabiduría de Han-Yuan y el porte de Fu-Chu, cuerpo de oso y figura de tigre. El emperador dispuso que los diez príncipes regresasen a sus palacios y que Chung-Kuei y sus compañeros aguardasen su resolución. Los diez príncipes saludaron a Yu, se despidieron de Chung-Kuei y volvieron al infierno. Chunh-Kuei y sus compañeros estaban en las graderías bajas, con el rostro pegado al suelo, aguardando la resolu-

ción imperial. Al cabo de poco rato Tai-Pai, la estrella de oro, cogió con ambas manos el rojo papel imperial y leyó en voz alta, en el salón del palacio, la resolución del supremo señor Yu. Que decía así:

«Habiéndose separado los dos seres originarios, hemos dividido las tres potencias originarias. Cuando la fuerza milagrosa llegó al cielo, fué perfecto el Yang. Cuando la tierra consiguió engendrar, fué perfecto el Yin. El cielo y la tierra fueron atribuídos a los hombres. El aire pertenece a los cinco elementos.

»Inevitablemente son muy diversas las costumbres. La disposición natural adquiere color y desarrollo por la experiencia. Inmorales y perversos son los que ostentan un brillo superficial y carecen de sinceridad, siendo hueros y engañosos, o los que albergan en su corazón la avaricia y la codicia, o los que ceden, dilapidadores, a sus deseos, no respetando los bienes celestiales ni terrenales, o los que se entregan al vino y destrozan su vida, o los que aman los placeres y estragan su cuerpo. Son inmorales y su conducta produce la confusión en el cielo y en la tierra, impide que las leyes imperiales sean eficaces, y hacen inválida la expiación merecida.

»Por lo que se refiere a vos, Chung-Kuei, poseéis una virtud acerada y demostráis una grande y recta fidelidad. No carecen de peso vuestros ser-

vicios en la extirpación y castigo de los malos demonios. Podéis ser nombrado: Auxiliar de los Santos, Castigador de los malos, Trueno fragoroso, Ahuyentador de demonios y Príncipe divino.

»En cuanto a vos, Han-Yuan, poseéis la firmeza de Kung y de Meng. Vuestros méritos igualan a los de Sun y Wus. Podéis ser nombrado: Eje del cielo, Sabio venerado, Santo consejero, Príncipe efectivo.

»En cuanto a vos, Fu-Chu, os habéis apropiado la valentía de Peng y de Yu, y unís a ella las artes de Feng y de I. Podéis ser nombrado: Eje del cielo, Capitán ilustre, Santo auxiliador, Príncipe efectivo.

»¡Gritemos jubilosos! La revuelta de los duendes está totalmente extinguida. El sol ilumina el mundo. Un aire puro envuelve el anillo de la tierra. Todo esto es obra meritoria del héroe Chung. Las hazañas por él realizadas sobrepujan a todas las antiguas y modernas. Con justicia su rango entre los celestiales es elevado.»

Cuando Chung-Kuei y sus compañeros acabaron de dar muestras de su gratitud, el Señor Supremo se retiró. Han y Fu despidiéronse respetuosamente de Chung-Kuei y se fueron a desempeñar sus cargos en el eje del cielo. Chung-Kuei salió a la puerta meridional del cielo y

montó en *Pai-Se*. Delante de él flotaban las banderas del dragón y del tigre. Cabalgando llegó a un templo. Era el templo que había elevado en agradecimiento el pueblo, cuando murió el demonio de las Garras. Su magnificencia deslumbraba la vista. Tenía cinco puertas de gran tamaño y una inmensa nave. El templo era amplio y espacioso. Los dones que llegaban constantemente al templo eran inagotables. Hasta *Pai-Se* y el murciélago recibían excelente trato. La influencia del dios era constante. Todas las plegarias eran por él escuchadas. Nunca salían descontentos los que se acercaban al templo. El jefe del distrito lo comunicó a sus superiores, enviando un informe directo al emperador *De-Sung*. Lo leyó el emperador, y altamente satisfecho, ordenó a *Liu Kung-Chuan* que redactase una inscripción para una lápida. Comisionó luego al presidente del Departamento de los Usos, *Tu Huang-Chang* y al eunuco *Yo Chao-En*, para que fuesen al lugar y colocasen la lápida.

En aquel tiempo pusiéronse en movimiento los pueblos de la comarca, los mercados y tiendas, grandes y pequeños, los hombres y las mujeres. Todos vinieron a contemplar la lápida. Al llegar a la puerta oíase estruendosa música. Era una confusión jubilosa. Los dos ilustres enviados del cielo encendieron luz, quemaron incienso, levantaron la tela que cubría la lápida, y la colocaron

en el templo. Todos acudieron en tropel para contemplarla y leer la inscripción, que decía así:

«NADIE EN EL MUNDO HA REALIZADO MÁS ALTAS
HAZAÑAS.»

FIN

ÍNDICE

PRIMERA NARRACIÓN.—En el palacio del Carro Áureo se busca la gloria y se encuentra la desgracia. En la casa de Feng-Tu se castiga a los demonios y se ayuda a los hombres.....	13
SEGUNDA NARRACIÓN.—Dos espíritus cuentan su pasado lastimero. Dos demonios fanfarrones inventan descomunales hazañas.....	36
TERCERA NARRACIÓN.—Una ocurrencia del mariscal Han salva a Chan-Si-Chi. Fu lanza flechas contra el demonio de la Cara dura.....	63
CUARTA NARRACIÓN.—Por qué el demonio Sucio se avino a buscar a un hombre de gran capacidad. De cómo el Tacaño se enemistó con ambas partes	88
QUINTA NARRACIÓN.—No sólo olvidan la enemistad de los padres, sino que se hacen amigos íntimos. Quieren plazas de funcionarios y pierden su patrimonio.....	116
SEXTA NARRACIÓN.—El Engañador expía su culpa por obra del Ladrón con garras. El demonio Embustero es robado por un demonio Ratero.....	140
SÉPTIMA NARRACIÓN.—Ante olorosas tazas de vino, dos hombres se entretienen a la luz de la luna. Ofreciéndole un vino delicioso, cinco demonios se apoderan de Chung-Kuei.....	164
OCTAVA NARRACIÓN.—En el convento llamado «Preparación para la nada» es castigado un demonio de Ojos	

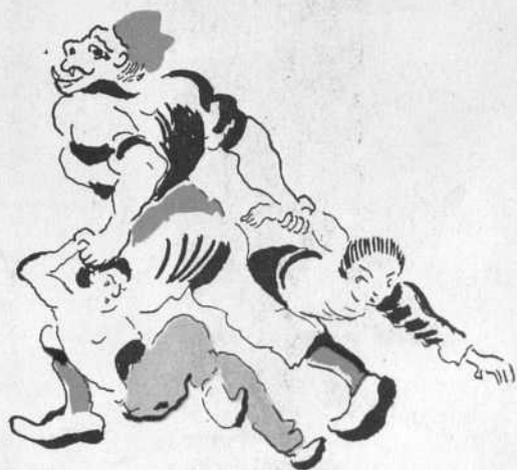
negros. En la Casa del Placer es evocado con sacrificios y plegarias un dios de Cejas blancas	195
NOVENA NARRACIÓN.—Un demonio, ansioso de placeres, va secretamente a tres lugares. Un aficionado al vino siembra confusión en los espíritus	217
DÉCIMA NARRACIÓN.—La tierra queda limpia de duendes perversos. El demonio de la Mirada pasmada vuelve a los infiernos. Se realizan grandes hazañas. Chung asciende a la terraza del cielo	241

ACABÓSE DE IMPRIMIR LA PRIMERA EDI-
CIÓN DE ESTE LIBRO EN LOS TALLERES
TIPOGRÁFICOS DE G. HERNÁN-
DEZ Y GALO SÁEZ, MESÓN
DE PAÑOS, 8, MADRID,
EL DÍA 20 DE
MARZO DE
1929

B.P. de Soria



61168696
DR 2176



Precio: 6 pesetas.

Musas
Lejanas

XIV

Chung
K. a. H.
—
—
—
—

Biblioteca

DR
2176

1929